

100

ORDA

LA GUERRA  
DE LOS  
LEONES

PT2440

.N8

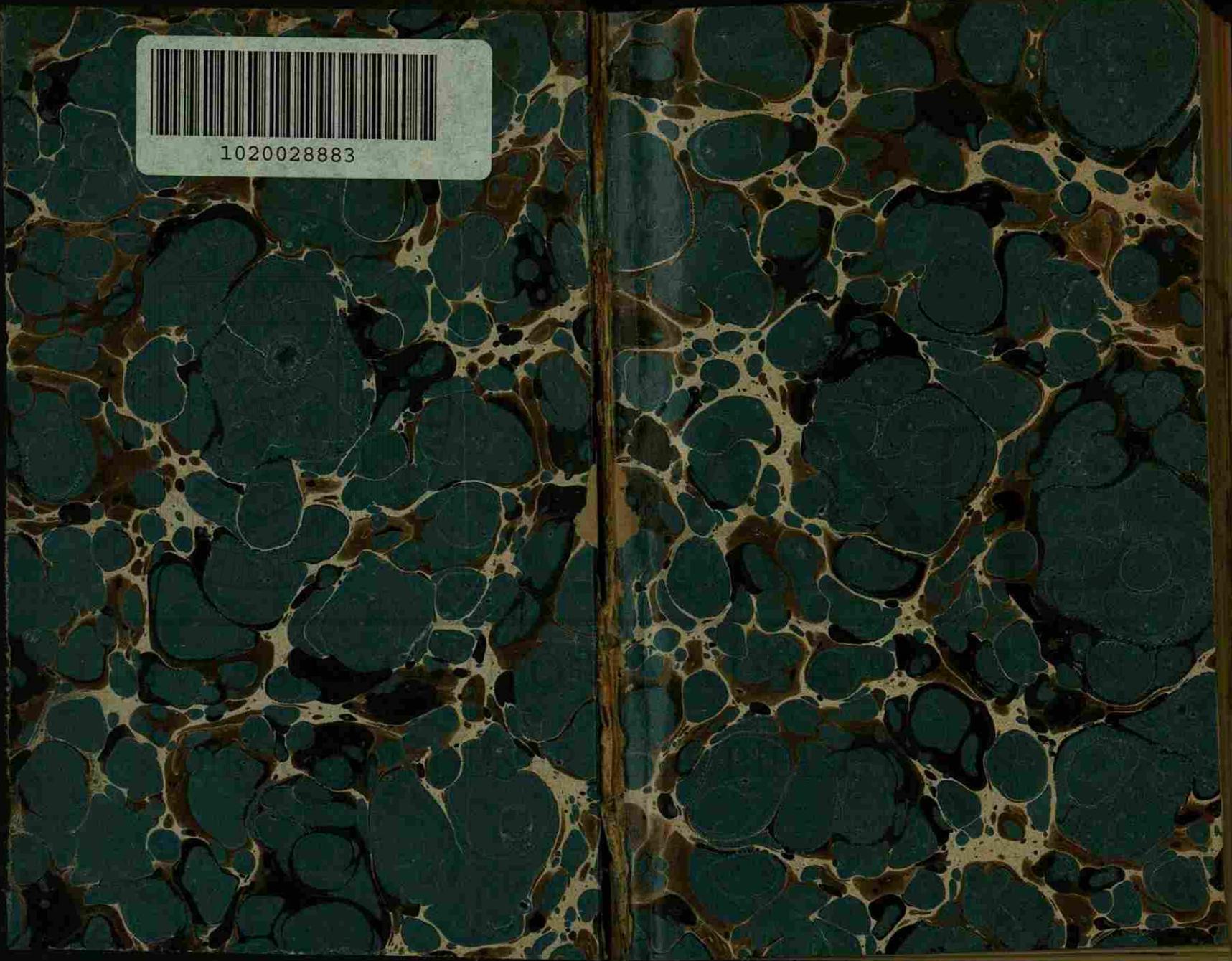
K78

1904

1072  
00



1020028883





LA GUERRA DE LOS MILLONES

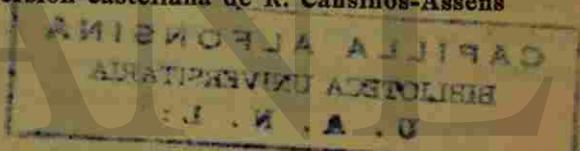
894 5112  
Núm. Clas. N 1289  
Núm. Aut. 29628  
Núm. Acc. - 8 -  
Procedencia  
Precio  
Fecha  
Clasificación  
Catálogo

MAX NORDAU

# LA GUERRA DE LOS MILLONES

(DRAMA EN CINCO ACTOS)

Versión-castellana de R. Cansinos-Assens



099886



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO X" <sup>®</sup>  
Apto. 1085 MONTECERREJÓN, MEXICO

PROMETEO

SOCIEDAD EDITORIAL

Germanías, 35.—VALENCIA

29628

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

*Las mentiras convencionales de la civilización.*—

Dos tomos.

*El mal del siglo.*—Dos tomos.

*Matrimonios morganáticos.*—Dos tomos.

*La comedia del sentimiento.*—Un tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PT 2440

. N8

K78

P904

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PROMETEO  
FACULTAD DE CIENCIAS  
Gobierno de Coahuila de Zaragoza

### Del prólogo de la primera edición

...Tenia la convicción de que el argumento de mi drama, la tiránica omnipotencia de los millones de rancio abolengo y la guerra de exterminio que hacen á todo conato de independencia de los rebeldes millones nuevos, merece conciliarse el interés de los espíritus serios, como elemento del problema social. Sucesos desarrollados la semana pasada, cuyo teatro ha sido la Bolsa de Paris, y que en el mundo todo han producido la mayor conmoción, han venido á probar que el argumento de mi obra es, cuando menos, moderno y de oportunidad, y acaso también que mis observaciones son exactas.

Paris, primavera de 1882.

### Prólogo á la segunda edición

LA GUERRA DE LOS MILLONES no se ha representado nunca en Alemania. Sin embargo, el camino de la escena le fué abierto, sin que el autor pusiera nada de su parte, á consecuencia simplemente de la

impresión que su lectura produjo en un empresario. Fué representada la obra en el «Nya Teatren» de Helsingfors, en Noviembre de 1885, durante varias noches, y si hemos de dar fe á la crítica finlandesa, con linsonjero éxito. Esto confirma al autor en su opinión de que LA GUERRA DE LOS MILLONES no es un drama para la lectura, sino que puede constituir la prueba de sus aptitudes para el teatro.

El recuerdo del buen éxito que tuvo la obra en Helsingfors, decidió al autor, tras de mucho pensarlo, á dar su consentimiento para la reedición de una obra escrita hace ya muchos años.

Paris, verano de 1904.

EL AUTOR

LA GUERRA DE LOS MILLONES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PERSONAJES

RODOLFO, BARÓN DE ALTENBERG.	EMBAJADOR DE LA ARGENTINA.
BARONESA DE ALTENBERG, su madre.	DOCTOR DE MAHRZNER, redactor del <i>Tagesboten</i> .
BERTA, su hermana.	ROEDER, agente de Rodolfo.
CARLOS HARTIG, prometido de Berta.	MESSNER.
CONDESA MARTA DE FREGENHEIM.	LIPPINI.
BARÓN NATANIEL DE LIEBERT.	DOCTOR FAHL, funcionario y consejero de administración.
BARONESA SARA, su esposa.	COMISARIO DE POLICIA.
DINORAH, su hija.	CUATRO CONSEJEROS DE ADMINISTRACIÓN.
BARÓN ADOLFO DIETREICH.	TRES OBREROS.
GUILLERMO, su hijo.	DOS AGENTES DE POLICIA.
CABALLERO DE KORTE.	CRIAO DE ALTENBERG.
CONDE DE EBERSBERG.	ORDENANZA DEL BANCO EUROPEO-AMERICANO.
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS.	CRIAO DE LIEBERT.
	INVITADOS.

Época: la actual. Lugar donde se desarrolla la acción: cualquier capital importante.

## ACTO PRIMERO

Salón de la baronesa de Altenberg. Sencillo, pero elegante. Puertas al fondo y á ambos lados. En uno de los testers un retrato de hombre con marco negro.

### ESCENA PRIMERA

La BARONESA y BERTA, las dos de luto

BARONESA (*sentada en un sillón junto á la chimenea*).—¿Un coche... á nuestra puerta?

BERTA (*yendo á la ventana y abriendo una de las hojas*).—No, mamá; ha pasado de largo.

BARONESA (*mirando el reloj que hay sobre la chimenea*).—La verdad es que ya hace cinco minutos que debía estar aquí Rodolfo.

BERTA.—¡Oh, qué tormento! (*Va de nuevo á la ventana y mira.*) ¡Si se hubiera retrasado el tren (*por lo bajo*) ó hubiera ocurrido una desgracia!

BARONESA.—No es de creer que el tren se haya retrasado. El telegrama está muy claro: (*Leyendo un papel que ha sacado del bolsillo.*) «Acabo de lle-

gar sin novedad en el vapor *Europa*. Escribo este telegrama en la estación. El tren sale dentro de un cuarto de hora. Mañana podrá abrazaros al fin vuestro Rodolfo.»

BERTA.—¿Pero por qué no está aquí ya?

BARONESA (*levantándose del asiento*).—¡Rodolfo!

ESCENA II

DICHAS. RODOLFO en traje de viaje

RODOLFO (*con los brazos abiertos*).—¡Mamá!  
¡Berta! (*Las abraza.*)

BARONESA.—¡Hijo mío! (*Se deja caer sollozando en el sillón.*)

BERTA (*conmovida*).—¡Querida mamá, no llores ahora, ahora que estamos todos juntos!

BARONESA.—Perdóname, hijo mío, que no te haga una acogida más alegre en la casa paterna. (*Sollozando.*) Pero ya lo ves, no puedo.

RODOLFO (*inclinándose ante la baronesa y besándole la mano*).—No reprima usted sus lágrimas, mamá; yo, que soy un hombre, tampoco puedo contenerlas. (*Oculto el rostro un momento en el pañuelo.*)

BERTA (*acercándose á él y poniéndole una mano en el hombro*).—Pero, Rodolfo, yo que esperaba que consolarías á mamá, y en vez de eso...

RODOLFO (*reponiéndose*).—Tienes razón. ¡Soy un ingrato! Sólo pienso en el que falta. No reparo en que me quedáis vosotras. (*Besa la mano á la baronesa mirando alrededor.*) Pero ¿dónde está tu Carlos? Esperaba encontrarlo aquí y me alegraba la idea de poderlo abrazar al mismo tiempo que á vosotras.

BARONESA.—Él también tiene vivos deseos de conocerte; pero temía que su presencia pudiera parecer importuna en nuestra primera entrevista.

BERTA.—No te apures, pronto lo tendrás aquí. Pero antes cuéntanos cómo te ha ido en estos tres años.

RODOLFO.—Mamá es la que debe hablar la primera. Ya tendréis tiempo de oír mis modestas aventuras; pero no puedo dominar mi inquietud por saber algo más de las desgracias que han venido sobre nuestra casa, y de las cuales no sé hasta ahora sino lo que me contasteis en vuestras lacónicas cartas.

BARONESA.—Lo que me queda que decirte es poco y triste. Desde el momento de tu partida empezó para nosotros una época de graves sinsabores. Tú no has conocido á tu padre mas que como un hombre fuerte, animoso, de buen humor...

RODOLFO (*volviéndose hacia el retrato*).—¡Sí, así es como te recuerdo, padre mío!

BARONESA.—Pues no bien te embarcaste para América, su carácter padeció un cambio completo. Se apoderó de él una profunda tristeza: evitaba

mirarnos y pasaba los días enteros sin despegar los labios.

RODOLFO.—Pero ¿cuál era la causa de este cambio?

BARONESA.—¿Lo sabíamos nosotras? Á todas mis preguntas contestaba con evasivas melancólicas. Negaba que tuviera ningún pesar secreto, y sin embargo, este pesar iba tornando blancos sus cabellos.

BERTA.—¡Ah! Concluyó por tener todo el pelo blanco como la nieve. ¡Y tan delgado! Una sombra. No le hubieras conocido.

RODOLFO.—¡Pobre padre! ¡Y no me decíais nada en vuestras cartas!

BARONESA.—¿A qué hubiera conducido el inquietarte con tan tristes noticias, cuando te encontrabas tan lejos de nosotras, trabajando para granjearte una posición, como si hubieses sido el hijo de un proletario y no el barón de Altenberg?

RODOLFO.—Sigue, mamá, sigue.

BARONESA.—Así transcurrieron un año, dos, al cabo de los cuales tu padre empezó á estar enfermo; no salía de casa apenas, y encerrado en su despacho, se pasaba las horas muertas mirando al vacío. Puedes figurarte cuál sería entonces el estado de nuestro ánimo. ¡Nos sentíamos tan tristes como si ya vistiésemos luto por un muerto! ¡Dejamos de hacer visitas y dejaron de visitarnos nuestras amistades!

BERTA.—Excepto Marta, mamá.

RODOLFO.—¿Quién es Marta?

BARONESA.—¿No te acuerdas de la rubia condesita Marta de Fregenheim, aquella muchachita tan linda que estaba siempre con nuestra Berta?

RODOLFO.—No me fijaba entonces en las amiguitas de mi hermana. ¡Pero esto no le hace: siga usted!

BARONESA.—Bueno. Pues á excepción de Marta, apenas si nadie visitaba nuestra casa, y la tristeza que nos causaba el estado de tu padre se aumentaba aún con la soledad en que nos encontrábamos. Así fueron las cosas hasta el mes de Enero del año pasado, en que, cediendo á las instancias de los Fregenheim, presenté á Berta por primera vez en sociedad, con ocasión de un baile benéfico. Allí conoció á Carlos Hartig.

BERTA.—Eso se lo escribimos á Rodolfo con todos sus detalles.

RODOLFO.—Es verdad: al principio, se sentía Carlos cohibido por tu posición; pero luego la voz del corazón triunfó de todas las consideraciones sociales. Se hizo presentar á vosotras, lo acogisteis amistosamente, concluyó por pedir la mano de Berta, y le fué concedida, por lo cual os felicito de todo corazón. Fué un día de gozo para mí aquel en que recibí vuestra carta con el retrato de Hartig. Desde entonces no pensaba sino en estar aquí de regreso para el día de tu boda. Pero apenas cuatro semanas después de esta fausta carta llegó el telegrama de luto. ¡Siga usted, mamá, siga usted!

BARONESA.—Esperábamos que los esponsales de Berta devolverían á tu padre el buen humor. Pero ocurrió todo lo contrario. Se tornó más sombrío, más preocupado. Llegamos á pensar si no sería opuesto á la elección de Berta: pero á cuantas preguntas le hacía sobre el particular, me contestaba negativamente, tributando á Carlos los elogios más calurosos. Para terminar: el 14 de Julio, unos dos meses después de haber pedido Carlos la mano de tu hermana, tuvo tu padre un síncope grave, que nos hizo temer por su vida. El médico decía que no era cosa de cuidado; pero tu padre pensaba de otro modo, pues aquel mismo día hizo que te telegrafiáramos para que apresurases tu regreso.

RODOLFO.—Vuestro telegrama fué para mí como una tronada imprevista cuando el cielo está claro. Apenas me tomé tiempo para poner en regla mis negocios más importantes. Dos días después de recibir vuestro telegrama, estaba á bordo del *Europa*. Durante la travesía, terriblemente larga, me imaginaba las cosas peores; pero no esperaba la triste noticia de la muerte de papá, que recibí en Hamburgo.

BARONESA.—Cuando recibimos tu telegrama anunciándonos tu regreso, pareció animarse tu padre y se puso mejor, y ya empezábamos á creer que el médico tenía razón. Verdad que nos extrañaba algo el que nos preguntase con indecible impaciencia cien veces al día cuándo estarías de vuelta.

RODOLFO.—¡Oh, si yo hubiese podido volar á su lado!

BARONESA.—Pero en esta enfermiza impaciencia no veíamos ningún indicio de su próxima muerte. Tampoco, cuando algunos días después de aquel malhadado 14 de Julio llamó á Carlos á su cuarto y le suplicó velase por nosotras si moría antes de tu llegada, vimos otra cosa que un pesimismo de enfermo, y Carlos compartió nuestra opinión. Pero nos engañábamos todos. Tu padre estuvo aquella noche escribiendo hasta tarde, y á la mañana siguiente, la mañana del 20 de Julio, quejóse de fatiga y cansancio. Le instamos para que se quedase en cama, y así lo hizo. Todo aquel día no hizo otra cosa que hablar de tu llegada. «¡Si estuviese ya aquí!» suspiraba, y estrechándome la mano me decía: «Rodolfo será para ti un firme sostén. Él lo arreglaría todo.» (*Sollozando, oculta el rostro en el pañuelo.*)

RODOLFO (*cogiéndole la mano*).—¡Querida mamá!

BARONESA (*con voz entrecortada, muy conmovida*).—Al mediodía, lanzó un grito ahogado y cayó con un síncope. Perdió el conocimiento y no volvió más á recobrarlo. Dos días después, el 22 de Julio, se efectuó el entierro. Esto es todo. (*Solloza.*)

RODOLFO (*se acerca lentamente hacia el retrato*).<sup>®</sup>

—¡Pobre padre! (*Pausa, durante la cual la baronesa y Berta se enjugan los ojos.*) (*Volviendo hacia ellas.*) Lo primero que debo hacer es poner en orden nuestros asuntos. ¿Ha dejado papá algunas disposiciones?

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTREY, MEXICO

BARONESA.—Si; la tarde antes de su muerte la pasó ocupado en redactar su testamento, y poco antes de perder el sentido me encareció mucho te entregase el documento sellado. Voy á buscarlo. *(Vase por la puerta de la derecha. Vuelve con una cajita negra en la mano y la coloca sobre la mesa.)* Aquí está. *(Abre la cajita, saca un paquete sellado y se lo entrega á Rodolfo.)* Esta es la última palabra del querido muerto para ti y quizá para nosotros.

RODOLFO *(tomando el documento y mirándolo, conmovido)*.—«Á mi hijo». Le temblaba la mano al escribir esto. *(Desenrolla el papel y lee.)* «Á mi hijo. Siento, lo sé, que sólo me quedan días, á lo sumo, semanas de vida, y no puedo dilatar por más tiempo el cumplimiento de un deber infinitamente doloroso pero sagrado, el deber de exponerte honradamente la situación en que has de encontrarte después de mi muerte. Y así, te confieso con el corazón desgarrado que soy un «mendigo». *(Pausa.)*

BARONESA.—¡He ahí el secreto de su tristeza! Sigue leyendo, Rodolfo. ¡Somos fuertes, podemos oírlo todo!

RODOLFO *(lee)*.—«No puedo dejar á mi querida esposa y á mis no menos queridos hijos más que un nombre histórico, que será para ellos una carga pesada, ya que no puedo dejarles al mismo tiempo los medios de llevarlo con dignidad. Á ti, mi querido Rodolfo, que serás pronto el jefe de la familia, te debo cuenta de cómo he administrado el honor y

la fortuna de nuestra casa, fortuna que no adquirí yo por mí mismo, sino que me fué legada por nuestros antepasados, y de la que sólo somos depositarios y usufructuarios, á título de sus descendientes. Ya mi padre, en vez de aumentar el caudal de nuestra casa, lo que hizo fué disminuirlo. Á su muerte encontré nuestros bienes gravados por deudas, cuyo pago se llevaba las tres cuartas partes de las rentas. Yo logré arreglar las cosas abandonando la capital y resignándome á vegetar como un hidalgo rural en nuestro antiguo castillo. No persistí en mi propósito mucho tiempo, y ese fué mi error. Pero tú me disculparás cuando te diga que si no pude resignarme á pasar toda la vida en aquel apartado retiro, fué porque allí no podía dar educación á mis hijos y porque tampoco tenía el derecho de condenar á mi querida esposa á ese destierro por toda la vida.»

BARONESA.—Á su lado, no me hubiera importado nada.

RODOLFO *(leyendo)*.—«En la capital tenía que vivir con arreglo á mi jerarquía y no podía pedir mi reposición en el ejército como oficial de caballería, que era antes de mi matrimonio. No podía aceptar un empleo modesto; pero para obtener uno importante hubiera necesitado poseer una habilidad que no tenía para la intriga. Empezamos, pues, á ir de mal en peor y me encontraba ya á dos dedos de la ruina, cuando se pusieron de moda las especulaciones financieras. Y entonces incurrí en mi

segunda falta grave, para la que no hay disculpa: me dejé arrastrar por el loco torbellino de la especulación, me hice especulador, consejero de administración.» (*Alzando la vista.*) Ese era el buen camino, pobre papá; sólo que hay que saber recorrerlo con tino.

BARONESA.—¿Lo crees así de veras?

RODOLFO.—Sí, mamá. Pero ya tendremos ocasión de hablar de esto más despacio. Sigamos leyendo. (*Lee.*) «Hubo un momento en que creí que iban á volver para nosotros los tiempos de esplendor. Gané mucho dinero, pagué muchas deudas, y me pareció á punto de llegar el día en que las rentas de mis propiedades vendrían de nuevo á parar á mis manos y no á las de mis acreedores, cuando estalló el diluvio financiero y tuve que sacrificar mi fortuna á la Compañía de cuyo Consejo de administración formaba parte, á fin de conservar mi honor limpio de toda mancha. Entonces llevé á cabo la acción más razonable de mi vida, la que acaso sirva de compensación á todas mis faltas: rompí con los prejuicios de casta y te dediqué á los estudios de banca, gracias á los cuales, dos años después, ya te habías conquistado una posición brillante.» Recibe mi gratitud en el sepulcro, padre mío. (*Lee.*) «Desde estos últimos cinco años no poseemos mas que los bienes de tu madre...»

BARONESA.—La fortuna de Berta...

RODOLFO.—«Y como sus rendimientos no bastaban ni remotamente para cubrir nuestras necesida-

des, recurrí de nuevo al crédito, y al año ya las deudas que gravaban los bienes superaban en mucho al valor de éstos. En los últimos meses me vi obligado á echarme en brazos de los usureros; dentro de catorce días cumple una letra importante, una letra de doce mil marcos, y Dios sabe lo que ocurrirá si no puedo pagarla.» (*A la baronesa.*) ¿Se ha presentado la letra, mamá?

BARONESA.—Yo no sé; á mí no me la han presentado. Pero ya te he dicho que desde la muerte de tu padre, Carlos se ha encargado de todos nuestros asuntos.

RODOLFO.—¡Ah! (*Lee.*) «Así están hoy las cosas, Rodolfo de mi corazón; soy un pobre y estoy cargado de deudas. De la dote de tu madre ya no queda nada; tú, tu madre y Berta no tenéis ni un marco, y si no estás en condiciones de sostener á los tuyos, que Dios tenga piedad de vosotros. Mi muerte está próxima y yo no puedo hacer ya nada para cambiar las cosas. Sólo puedo pedirte perdón por no haber acertado á administrar mejor la fortuna de mi familia; y mi único consuelo es el pensar que te he capacitado para que puedas mirar por ti mismo y por los tuyos, cosa que á mí no me enseñaron. Adjunto encontrarás una lista de mis deudas. Bendito seas, mi querido Rodolfo; abraza después de mi muerte, en mi nombre, á mi fiel esposa, y piensa sin enojo en tu desgraciado padre Demetrio de Altenberg.»

BARONESA (*por lo bajo*).—¡Berta sin dote!

BERTA.—¡No se preocupe usted de mí! Yo trabajaré.

RODOLFO (*con amargura*).—¡Trabajarás! ¡Se dice eso tan fácilmente! Sin embargo, veamos la lista de las deudas, (*Saca del sobre un segundo escrito y lo ojea rápidamente.*) «Valor de los bienes, 240.000 marcos; renta, 12.000 marcos; hipotecas, 280.000 marcos; renta y amortización de las mismas, 19.000 marcos; letras pendientes, 16.000 marcos.»

BARONESA.—¿Cuánto dices?

RODOLFO.—No se preocupe, mamá. Los números no son para las señoras. Ahora bien; lo confieso: por más que me figuraba cómo estarían las cosas, no podía pensar que estuviéramos tan alcanzados.

BARONESA.—Aún quedan mis joyas.

BERTA (*con viveza*).—Y también las mías. No hace mucho que me regaló mamá una cruz de brillantes, y conservo todavía el medallón con perlas y rubíes que me enviaste el año pasado desde Río Janeiro.

RODOLFO.—No os alarméis, queridas; olvidáis que estoy aquí yo y que he aprendido á vivir sin tener que contar con las joyas de las madres ni de las hermanas.

BARONESA.—¿Qué es lo que piensas hacer?

RODOLFO.—Ya lo sabréis.

### ESCENA III

DICHOS y MARTA DE FREGENHEIM

BERTA.—¡Oh! ¡Mirad quién está aquí! ¡Marta! (*Corre á la puerta; las dos jóvenes se abrazan. Adelantándose con ella, mientras Marta saluda á la baronesa.*) Ven, que te presente á mi hermano, que acaba de llegar: Rodolfo, la condesita Marta de Fregenheim.

MARTA.—Pero Berta, esta ceremonia está de más. (*Tendiendo la mano á Rodolfo.*) ¡Si somos antiguos conocidos!

BERTA.—No sabes en qué confusión pones á mi hermano.

RODOLFO.—Berta, no me delates.

BERTA.—No hay más remedio: hay que castigarte por tu poca memoria. Figúrate, Marta, que hace un cuarto de hora, hablando de ti...

MARTA.—¿No hablaría mal?...

BARONESA (*sonriendo*).—Al contrario, muy mal.

(*Marta besa la mano á la baronesa.*)

BERTA.—No acababa de acordarse de ti, y hasta llegó á afirmar que no te conocía.

RODOLFO.—Fué una distracción incomprensi-

ble. Hay momentos así. Ahora que la veo á usted recuerdo muy bien...

MARTA.—No se disculpe usted, barón Rodolfo; su delito no es tan grave.

RODOLFO.—Es gravísimo. Es imperdonable olvidarla á usted cuando se ha tenido la dicha de verla una vez.

MARTA.—Ahora quiere usted con esos cumplidos compensar su falta. Pero el primer impulso es el que vale. Se había olvidado usted de mí, y no tiene nada de extraño. La última vez que nos vimos era yo una mocosa de catorce ó quince años, que aún vestía su traje de colegiala, y tenía una carilla pálida, chupada, y llevaba los cabellos lisos, aplastados.

BARONESA (*golpeándole las mejillas*).—Por fortuna, has cambiado mucho desde entonces.

MARTA.—¡Gracias á Dios! Y usted era ya por aquel tiempo todo un caballero arrogante, que ya se atusaba el bigotillo, usaba monóculo y tenía á menos el fijarse en una chiquilla como yo. Me acuerdo muy bien de la última vez que nos vimos.

RODOLFO.—¡Qué vergüenza! ¡Lo he olvidado por completo! ¿Dónde fué y cuándo?

MARTA.—¿Cuándo? Pronto hará cuatro años, en otoño. ¿Dónde? En su posesión de Weidental. Era domingo. Mi familia había ido á visitarlos á ustedes, y Berta, Livia y yo paseábamos por el jardín que hay detrás del castillo. ¿No se acuerda usted tampoco de la baronesa Livia, Livia Lindner?

RODOLFO.—De su familia si me acuerdo; pero de ella, francamente, no.

MARTA.—Gracias, eso me consuela. Livia es hoy una de las bellezas más celebradas de la capital. Las tres nos paseábamos, como iba diciendo, por el jardín, y en nuestros paseos llegamos al ángulo opuesto, donde usted había colocado las redes para coger no sé qué raro pájaro del Norte, en su viaje anual hacia el Sur. En las redes habían caído ya algunos pájaros. Nosotras, de común acuerdo, resolvimos dar libertad á sus prisioneros. Berta trajo una silla vieja de la casa del guarda; yo, como la más resuelta, me subí en ella, alargué las manos para coger los pájaros, y en aquel momento...

RODOLFO.—¿Qué pasó en aquel momento?...

MARTA (*riendo*).—Apareció, con gran espanto nuestro, el severo señor barón Rodolfo de Altenberg, que salió como un fantasma de entre la maleza, me cogió por la cintura, me bajó de la silla y me dió un golpe en la mano.

RODOLFO.—¿Pero de veras lo hice así?

MARTA.—Así mismo. ¿No es verdad, Berta? Y fué un golpecito nada flojo, se lo aseguro á usted. Entonces ya me creía yo algo mujercita, y no se lo perdoné á usted. De nada sirvió para borrar el mal efecto de aquel desacato que usted, tan galante como resuelto, me ofreciese el brazo y me acompañase unos veinte pasos más allá del sitio prohibido. ¿De modo que ha olvidado usted todo esto?

RODOLFO.—De ese episodio me acuerdo ahora vagamente; pero no podía figurarme que hubiese sido usted su protagonista.

MARTA.—Es naturalísimo. De entonces acá usted ha viajado por países lejanos, donde ha visto cosas nuevas y extraordinarias, y no tiene nada de particular que se haya olvidado de mí. Pero Berta me hablaba de usted todos los días.

RODOLFO.—¿Es verdad, Berta?

BERTA.—¿Qué te sorprende? Marta es mi mejor amiga, y yo comparto con ella todos mis afectos...

MARTA.—Excepto el de Carlos, ¿no es verdad?

BERTA.—No seas mala. *(La besa.)*

BARONESA.—Lo que no te ha contado Berta es que Marta, desde hace años, es el ángel tutelar de nuestra casa.

MARTA.—¡No exagere usted, baronesa!

BARONESA.—Viene á vernos todos los días, y es nuestro consuelo, nuestro paño de lágrimas. Cuanto más tristes y preocupadas nos ve, tanto más se esfuerza por alegrarnos é infundirnos esperanza.

MARTA.—¡Esto no está bien, baronesa! Si quiere usted alabarme, aguarde por lo menos á que yo no esté delante. Ven, Berta, vámonos, no debemos oír esto. *(Se la lleva á la ventana, donde ambas conversan.)*

BARONESA.—Especialmente, en los tristes días que siguieron á la muerte de tu padre nos demostró un afecto incomparable. Venía á casa por la mañana y no se iba hasta por la noche, y mientras

estaba con nosotras apenas sentíamos nuestro abandono y nos parecía como si nuestra casa hubiera estado llena de sol y de felicidad.

RODOLFO *(acercándose á Marta y cogiéndole la mano, conmovido)*.—¡Cómo podremos pagarle á usted tanta bondad! *(Le besa la mano.)*

MARTA *(retira la mano, confusa)*.—¡Barón!...

#### ESCENA IV

DICHOS y un CRIADO; luego CARLOS HARTIG

CRIADO.—El señor Hartig desea, si puede, presentar sus respetos á los señores.

BARONESA.—¡Cómo no! ¡Que pase! *(Vase el criado.)* ¿Por qué le habrá dado ahora á Carlos por la etiqueta?

CARLOS *(entrando)*.—¿Por la etiqueta? Nada de eso. Pero no sabía si mi presencia podía ser oportuna. *(Saluda á todos.)*

RODOLFO *(va á él y le tiende la mano)*.—Yo soy Rodolfo. Ya lo habrá usted adivinado.

CARLOS *(inclinándose)*.—Señor barón, tanto gusto...

BARONESA.—Pero niños, ¿qué es eso? «Ya lo habrá usted adivinado...», «señor barón...» ¿Queréis dejar esos cumplidos?

BERTA.—Habéis de miraros como hermanos.

RODOLFO.—Tenéis razón: la culpa es mía. ¡Perdóname, Carlos! (*Le tiende la mano.*)

CARLOS (*estrechándosela con calor*).—¡De todo corazón! La verdad, es una situación algo difícil la de dos personas que se conocen desde hace ya mucho tiempo...

RODOLFO.—Se conocen y se quieren...

CARLOS.—Sin haberse visto nunca, y se encuentran frente á frente por primera vez. Es como si se encontrase uno en presencia de un antiguo amigo que al mismo tiempo fuera un desconocido.

RODOLFO.—Pero esa vacilación del primer momento pasa en seguida: á mí me parece ya como si nos hubiésemos criado juntos.

CARLOS.—Gracias, Rodolfo; que á mí me ocurra lo mismo es menos extraño, pues desde hace muchos meses no hacíamos otra cosa que hablar de ti.

RODOLFO.—Y ahora, vamos á hablar de cosas serias. ¿No es verdad, mamá, que nos permiten ustedes que nos retiremos un momento? Tenemos tanto de que hablar...

BARONESA.—No, quedaos aquí; yo bajaré con las niñas al jardín.

(*Rodolfo acompaña á la baronesa hasta la puerta y le besa la mano. La baronesa, Berta y Marta vanse por la puerta izquierda.*)

## ESCENA V

RODOLFO y CARLOS

RODOLFO (*se acerca á la mesa y saca el manuscrito de la carpeta*).—Sin rodeos, que entre hombres no son necesarios. Cuando llegaste acabábamos de abrir el testamento de papá. ¡Aquí está: léelo!

CARLOS (*ojeando el documento*).—¿Hay algo en él que se refiera á mí?

RODOLFO.—No, pero su contenido indirectamente ha de interesarte; por él verás que mi padre no nos ha dejado ni un marco, pero sí pesadas deudas; que todos nosotros, por lo que se refiere á la herencia paterna, somos unos pobres, más lamentables que los mendigos mismos.

CARLOS.—Lo siento por tu madre. En cuanto á ti, tengo la convicción de que, aun sin la herencia paterna, sabrás conquistarte una posición.

RODOLFO.—No se trata de mamá ni de mí. Pero Berta no tiene tampoco dote: es una pobre tan pobre como la última modistilla.

CARLOS.—Bueno, ¿y qué?

RODOLFO.—Es indudable que tengo el deber de poner en tu conocimiento estas cosas, para que veas claro y puedas con toda libertad tomar una resolución.

CARLOS (*poniéndose de pie*).—¡Tomar una resolución! ¡Ver claro! Rodolfo, empiezo á no entenderte. ¿Qué resoluciones tengo yo que tomar? ¿Qué tengo yo que ver? ¿Qué me importa á mí que Berta sea rica ó pobre? Berta es para mí como yo mismo, y nunca he oído que uno deba amarse menos á sí mismo cuando es pobre que cuando es rico.

RODOLFO (*poniéndose de pie y estrechando las manos de Carlos*).—¡Gracias, Carlos, gracias!

CARLOS (*excitado*).—Este apretón de manos te lo tomo á ofensa. ¿Hubieras tú, en mi caso, pensado y procedido de otro modo que yo? No. ¿Creerías tú merecer una gratitud especial por haber hecho lo que debías, lo único que puede hacer un hombre de honor? ¿Á qué esas gracias, á qué ese apretón de manos? Leo en tu alma, Rodolfo; tú te has dicho en silencio: «Yo, el noble, hubiera hecho lo que tú haces; pero de ti, plebeyo burgués, á quien yo tenía por un advenedizo egoísta y vulgar que hacía la corte á mi hermana convencido de que la señorita de Altenberg era un partido brillante, no podía esperarse sino una retirada discreta en cuanto supieses que la baronesa de Altenberg es una pobre. Ahora bien; como contra lo que yo pensaba, te portas como un hombre de honor, no puedo menos de experimentar una buena sorpresa, y te doy las gracias por la grata decepción que me has proporcionado». Confíesalo, Rodolfo; esto es lo que significa tu apretón de manos. Los mejores de entre vosotros no lográis vencer los prejuicios de casta.

RODOLFO.—Te lo confieso como un colegial y te pido perdón. Verdaderamente, merezco un castigo por haber dudado de tí.

CARLOS (*sentándose*).—Por lo demás, está tranquilo. Lo que á ti te ha revelado el testamento de tu padre lo sabía yo, lo sabe todo el mundo hace ya tiempo.

RODOLFO.—¡Cómo! ¿Será posible?

CARLOS.—Y ¿cómo no? Reflexiona un poco. Los pagarés de tu padre circulaban desde hace meses por las covachuelas de los usureros, y los intermediarios los ofrecían en la plaza muy por bajo de su valor. Esto no podía menos de saberse.

RODOLFO.—¡Terrible! ¡terrible! (*Después de una pausa*.) Esto nos conduce al último punto que hemos de tratar entre los dos. Desde la muerte de mi padre has sido tú quien ha dirigido los asuntos de la familia, ¿no es eso?

CARLOS.—No tuve más remedio que aceptar esa misión, ya que tú no estabas aquí.

RODOLFO.—Y aún tratas de disculparte, excelente amigo. (*Levantándose*.) Tú has sido ya nuestro bienhechor: nos vienes sosteniendo desde hace tiempo, pagando los pagarés vencidos, salvando nuestro honor, haciéndonos limosnas.

CARLOS.—No sigas hablando en ese tono, Rodolfo. ¿Por qué empleas ese lenguaje? ¿Por qué ponerte así? Yo no he hecho otra cosa que velar en tu ausencia por los intereses de dos mujeres solas; yo te he prestado un servicio de amigo; ahora que

estás aquí, tú te encargas de todo, y asunto concluido. No hay que tomar las cosas por lo trágico ni emplear ese patético lenguaje.

RODOLFO.—Está bien, Carlos. Dejemos lo pasado: olvidemos este enojoso incidente. Tú me has dicho ya cuanto tenías que decirme. Ahora me toca á mí hablar. Escúchame.

CARLOS.—Te escucho con el interés de un hermano.

RODOLFO.—Quizá te haya dicho Berta cuánto me ha costado á mi, joven de veintitrés años, licenciado en Derecho, ¿y por qué no confesarlo? noble, criado en los prejuicios de casta, convertirme de pronto en un empleado de una casa de banca.

CARLOS.—Me figuro tu repugnancia.

RODOLFO.—Pues bien; no duró mucho tiempo. La nueva profesión me agradó, y pronto le tomé cariño, ¡qué digo cariño! una verdadera pasión. Cuando se tiene cariño á un trabajo, siempre se adelanta en él. Mi carrera en América, en casa de Tom-Kins Hermanos, fué fabulosamente rápida. En un año ascendí de meritorio á procurador de la casa, que es una de las más importantes de Nueva York, y luego fui nombrado director de la sucursal de la casa en el Brasil, cargo que he desempeñado durante dos años; y en este tiempo he logrado ahorrar ciento veinte mil marcos, que traigo conmigo.

CARLOS.—¡Ciento veinte mil marcos! ¡Es un capital!

RODOLFO.—Eso no tiene importancia. Traigo

algo que vale infinitamente más: conocimientos, experiencia, crédito y encargos de mi antiguo jefe. Los señores Tom-Kins deseaban hace tiempo poner un pie en Europa, y mi venida les proporciona una ocasión que ni pintada para poner en práctica sus proyectos. Me han prometido apoyarme con todas sus fuerzas, si me pongo al frente de un establecimiento de crédito. Y es lo que pienso hacer.

CARLOS.—¡Cómo! ¿Tú también especulador?

RODOLFO.—Parece que no te agrada la palabra.

CARLOS.—Tu padre se perdió por ella.

RODOLFO.—¡Mi padre! Que me perdone si no evoco su nombre con el debido respeto, pero mi padre no era mas que un pobre hidalgo, un aristócrata que no tenía la menor noción de los negocios. No podía respirar á sus anchas en las cavernas donde se forja el oro. Pero yo... yo soy otra cosa. Yo he estado en esos antros y he aprendido á moverme en ellos con toda libertad. No en vano he sido por espacio de un año visitante obligado de todos los días de la Bolsa de Nueva York, no en balde he pasado dos años en el despacho del director de una casa que maneja centenares de millones. Ya sé cómo se hacen los millones.

CARLOS.—No puedo evitarlo, pero te lo confieso honradamente: no me gusta verte seguir ese camino que tú encuentras tan llano. Yo, por mi parte, sólo tengo confianza en el trabajo modesto, lento, honrado.

RODOLFO.—¡Trabajo honrado! ¡Trabajo hon-

rado! He aquí una de esas frases huera con que los pobres diablos prueban á hacer más llevadera su obscura y mezquina existencia. ¡Como si mi trabajo no fuera tan honrado como el del zapatero y el guantero! La única diferencia está en que ellos trabajan con las manos y yo con la cabeza, en que ellos con su trabajo se convierten en esclavos de los hombres, mientras que yo con el mío me erijo en amo y señor suyo. El trabajo que tú llamas honrado sólo da, á lo sumo, un mediano bienestar; pero la riqueza, los millones, sólo se consiguen con la especulación, con el trabajo de los demás y su explotación inteligente. Con tu trabajo honrado sólo se prospera con lentitud desesperante, y eso sólo es bueno para los que tienen tiempo para esperar pacientemente un siglo ó más, si hace falta, á que su familia se vaya elevando desde las honduras de la humanidad hasta la cumbre. Yo sé muy bien cómo se hacen las cosas. El padre es labrador y se pasa toda la vida á vueltas con la hoz y el arado. Su hijo emigra á la capital y es ya un artesano, que al morir lega á su hijo una regular fortunita, reunida marco á marco. El nieto es ya fabricante, y aquí termina tu famoso trabajo honrado y empieza la especulación. Gracias á ella, nuestro hombre llega á millonario, su hijo, el biznieto del labrador, es un gran propietario rural, y hétele ya aquí, después de cuatro generaciones de trabajo incesante, llegado á la cúspide de la sociedad. Este procedimiento me resulta á mí lentísimo. No puedo aguar-

dar cuatro generaciones; necesito, debo hacerme rico en seguida, al momento. Tengo el deber de devolver á mi nombre, hoy empañado, su antiguo esplendor; tengo que conservar á mi madre en la posición á que está acostumbrada, procurarle á mi hermana una dote digna de ella y de ti. No me digas nada en contra, Carlos, es inútil. Sé lo que quieres decirme. Pero así como tú tienes tu sensibilidad, yo tengo mi conciencia del deber. Mi ideal es muy moderno, y debo perseguirlo con medios modernos. Yo debo ser rico: debo y puedo; y eternamente le agradeceré á mi padre el haberme puesto en condiciones de aprenderlo. Y te digo más: al hacerme financiero, al especular, tengo la convicción de hacer algo grande y noble como mis antepasados, que en otro sentido, echaron los cimientos de la grandeza de mi familia. Aquellos arrogantes caballeros batallaron y lucharon por conquistar nuevos países con el filo de su espada, para hacerse también ricos y poderosos, según el concepto de aquel tiempo. Lo que entonces era una gran feudo, lo es hoy el millón. No, no hago mas que seguir las huellas de mis antepasados. Lucho por el millón, no con la espada, como ellos, sino con la inteligencia; pero en el fondo, el fin es el mismo.

CARLOS.—No haces sino hablar de millones. ¡Como si fuera tan fácil, tan seguro el conseguirlos!

RODOLFO.—Mucho más fácil, mucho más seguro de lo que tú crees. Claro que con tu trabajo hon-

rado, no. Pero cuando se tiene un crédito por valor de muchos millones, es un juego de niños hacerse millonario. Y tenlo presente, Carlos: los millones se atraen unos á otros, como nos enseña la física de los cuerpos celestes: en proporción al cuadrado de sus masas. Donde está uno, allá se lanzan todos. Y cuando ya se han reunido unos cuantos, para formar una sola masa, su fuerza de atracción sobre los millones aislados, que giran desparramados acá y allá, es enorme, irresistible.

CARLOS.—Los millones son redondos, Rodolfo; ruedan en todos sentidos. Se parecen á la rueda de la Fortuna.

RODOLFO.—Claro que ruedan: sólo que no ruedan cuesta arriba. Pero para el financiero hábil, sí.

CARLOS.—Te he oído tranquilamente, y te confieso que no me has convencido. Tú puedes cumplir con tu deber para con tu nombre, para con tu madre, en tu posición actual, como procurador de la casa Tom-Kins Hermanos. Para eso no se necesitan millones, como no se necesitan para ser dichoso.

RODOLFO.—Eso es distinto. La dicha, en último término, es satisfacción interior, y yo no puedo estar satisfecho mientras no lo estén mi orgullo y mi ambición. Yo quiero ser algo y hacer algo en el mundo, y no se puede hacer nada sin dinero, sin mucho dinero.

CARLOS.—¿Te atreverás á negar el valor del talento?

RODOLFO.—El talento es el cañón, pero el dinero es la pólvora y la granada. El talento unido al dinero es irresistible, pero solo no significa nada. Mira: si yo me desvivo por los millones, no lo hago por los placeres, por el bienestar, por el lujo que con ellos se obtiene. Estos son para mí los viles, los despreciables efectos secundarios de la riqueza. Lo principal es el poder que dan los millones. Los moralistas vulgares dicen: el poder de hacer lo malo. Yo digo: el poder de hacer las cosas grandes y buenas. Tú no sabes lo que quiere decir encontrarse como príncipe del dinero, al frente de innumerables millones. Todo está sometido á tu voluntad: jefes de Estado, pueblos, Parlamentos, plebe, Catones y libertinos, el vicio y la virtud. Eres un general que mandas sobre millares de resueltos guerreros. Los millones son tu ejército, obedecen á una seña tuya, luchan, vencen, conquistan á tus órdenes. Tu dinero es el trabajo ahorrado, condensado de millones de brazos humanos. Posee una inmensa fuerza de explosión. Si aplicas esta fuerza á un punto concreto, puedes llevar á cabo hazañas fabulosas. Esa fuerza perfora montañas, destroza continentes, deseca los mares, convierte regiones en que el hambre era endémica en mansión de placeres de millonarios, cultiva desiertos y los puebla de talleres y fábricas. Y tú, el amo de esta fuerza elemental, estás sentado en tu despacho, y de una plumada haces todas esas maravillas con la misma facilidad que si dispusieras de una varita mágica.

CARLOS.—Hablas con el entusiasmo de un poeta sobre lo más prosaico de todas las cosas, sobre el dinero.

RODOLFO.—Error, Carlos, grave error. La moneda aislada podrá ser prosaica, pero el dinero, la riqueza, el poder que con ella se logra, ¿hay nada más poético?

CARLOS.—Bueno; la riqueza podrá ser poética; pero no el esfuerzo que se hace para adquirirla.

RODOLFO.—Pero para mí ese esfuerzo será muy breve. Pienso fundar una gran banca, con un capital de cuarenta millones, para empezar. Tom-Kins Hermanos me garantizan en seguida el pago al contado de cuatro millones en cuanto tenga reunidos dos millones. Con seis millones al contado y Tom-Kins Hermanos guardándome las espaldas, la creación de mi banca será cosa de catorce días.

CARLOS.—Pero ¿cómo te arreglarás para encontrar esos dos millones, sin los cuales Tom-Kins Hermanos no soltarán los otros cuatro?

RODOLFO.—Ya los tengo casi seguros. No creas que he estado ocioso. He aprendido de los yanquis rapidez y energía. El valetudinario conde de Ebersberg es mi padrino.

CARLOS.—¡El conde de Ebersberg! ¿Uno de nuestros más opulentos aristócratas?

RODOLFO.—El mismo; su renta al año no bajará de dos millones. Tiene colocados cerca de cuatro millones en casas de banca donde le producen el dos ó el tres por ciento. Ebersberg ha de darme los

dos millones que necesito, y espero que me los dé. Poco antes de salir de Rio Janeiro le telegrafí participándole mis propósitos y rogándole me escribiese á Hamburgo, á la estación del ferrocarril, lo que pensase de mis proyectos. Ayer, á mi llegada á Hamburgo, recogí su contestación.

CARLOS.—¿Y qué? ¿Se asocia á tus planes?

RODOLFO.—Se asocia, desde luego, pero con reservas: no concibe que un Altenberg pueda ser financiero, á lo menos aquí, en la capital, á la vista de cincuenta familias nobles con las cuales estamos emparentados. Pero hace estas objeciones tan débilmente, que creo le convenceré sin dificultad. No me gusta perder ni un minuto, y voy ahora mismo á verle. Una palabra antes que nos separemos: ¡Tengo grandes proyectos! Necesito para su ejecución de un colaborador fiel, inteligente, incondicional. ¿Puedo contar contigo?

CARLOS.—Te doy las gracias, pero perdóname que no acepte. Soy ingeniero, tengo un modesto capital de cien mil marcos, y por ahora sólo un deber: el de hacer feliz á Berta. Espero que lo lograré con mis escasos medios. Esto es todo lo que ambiciono por el momento. Lánzate en buen hora á edificar tu palacio de millones, yo me contento con mi burguesa medianía. Con mi adhesión y mi amistad puedes contar en todo momento; pero ¿para qué necesitas de mi ayuda?

RODOLFO.—Espero que esa negativa no será tu última palabra. Ahora, adiós, y excúsame con las

señoras. Cuando vuelva, os traeré resultados, resultados brillantes.

(*Vase por la puerta del centro.*)

### ESCENA VI

CARLOS; en seguida MARTA, la BARONESA y BERTA

CARLOS (*viéndole salir*).—¡Buena suerte, y que tu sueño se logre! ¡Quién sabe! Acaso la suerte quiera hacer grande al hijo con los mismos medios con que arruinó al padre. ¡La suerte las gasta así!

MARTA (*asomando la cabeza por la puerta de la izquierda*).—Perdón... ¿Conferencian ustedes todavía?

CARLOS.—No, condesa; hemos terminado.

MARTA (*entrando*).—¿Está usted solo, señor Hartig? ¿Se ha ido el barón Rodolfo?

BARONESA y BERTA (*entrando*).—¿Se ha ido Rodolfo, sin decirnos adiós?

CARLOS.—Me ha rogado les presentara á ustedes sus excusas. Tenía que despachar un importante asunto, que no podía aplazar ni un minuto.

BARONESA.—¡Cómo! ¿Asuntos importantes cuando todavía no hace una hora que llegó?

BERTA.—Y tan urgente, que ni siquiera ha tenido tiempo de cambiar de traje.

CARLOS.—Ha debido pegársele en América algo de los yanquis. Va rápida y resueltamente á lo esencial y no se entretiene en minucias de etiqueta. Me hace la impresión de una locomotora de vapor hirviente, henchida de fuerzas internas, penosamente contenidas, lanzándose con empuje irresistible hacia un fin lejano. ¡Un hombre magnífico!

BARONESA (*estrechándole la mano*).—¡Gracias, Carlos, gracias! ¡Cuánto bien me hacen sus palabras!

BERTA (*alegre*).—¿Te agrada?

CARLOS.—Si le he hecho tan buena impresión como él á mí, la futura armonía de la familia está asegurada.

BERTA (*como antes*).—¡Oh! Sobre ese punto puedes estar tranquilo. ¡La simpatía siempre es reciproca! Seguramente le habrás sido tan simpático como él á ti.

CARLOS (*besándole la mano*).—¡Siempre tan amable!

BERTA.—Y á ti, Marta, ¿que te parece nuestro Rodolfo?

MARTA (*con leve turbación*).—¿Qué te puede importar á ti mi opinión, y menos á él?

BERTA.—¡Pero no te pongas colorada por eso!

MARTA.—¡Cómo! ¿De veras? No sé por qué quieres avergonzarme.

BARONESA.—No lo tome usted á mal, querida Marta; es la primera vez desde hace mucho tiempo que Berta se siente con ganas de broma. Pero ¿no

podría usted decirnos, Carlos, adónde ha ido Rodolfo y qué asunto tan importante y urgente le ha obligado á salir?

CARLOS.—Ha ido á casa del conde Ebersberg, para ver si le convence á fin de que se asocie con dos millones á la fundación de una gran casa de banca.

BERTA y MARTA (*al mismo tiempo*).—¡Dos millones!

BARONESA.—¡Carlos, me asusta usted! ¿No es una fantasía? ¿No lo tomará Ebersberg por un loco?

CARLOS.—No tardaremos en saberlo.

### ESCENA VII

DICHOS y RODOLFO

RODOLFO (*agitado*).—¡Victoria, Carlos! ¡He triunfado, queridas! Ebersberg da los cuatro millones, y hasta acepta la presidencia del Consejo de administración. Todo sale á medida de mi deseo. La suerte es mi esclava. (*Abraza á la baronesa.*)

MARTA.—¡Ah, barón Rodolfo, no puedo decirle cuánto me conmueve verle tan alegre por esos millones y esa presidencia del Consejo de administración!

RODOLFO (*con tono de reproche*).—Usted no

sabe lo que estas palabras encierran de dicha, de dicha para todos.

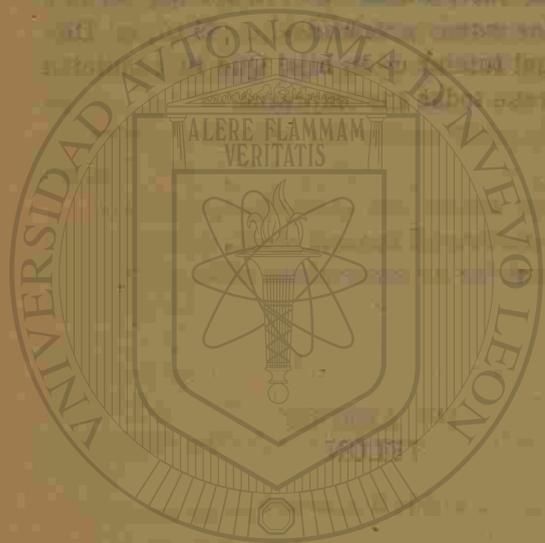
MARTA.—Soy una loca. Perdóneme usted.

BARONESA (*acercándose al retrato del difunto barón, con las manos extendidas*).—¡Sé tú, mi Dietrich, el ángel tutelar de tu hijo! Que tu bendición de padre corone todas sus empresas.

TELON

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29628



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## ACTO SEGUNDO

Despacho grande sencillamente decorado, con puertas al fondo y á la derecha. Á la izquierda una gran mesa de escribir; en el centro una mesita cuadrada, con tapete verde, y alrededor seis sillas; sobre la mesa recado de escribir y un timbre. En las paredes anuncios del Banco Europeo-Americano.

### ESCENA PRIMERA

RODOLFO, CARLOS y ROEDER

RODOLFO (*sentado á la mesa*).—Sólo un momento, Carlos, y termino. Entretanto, ahí tienes los periódicos. ¿Me dispensas?

CARLOS.—Desde luego. Estate tranquilo y haz lo que tengas que hacer. Voy á dar un vistazo á la prensa. (*Toma de la mesita verde algunos periódicos y se sienta á la derecha.*)

RODOLFO (*á Roeder*).—Dice usted...

ROEDER (*de pie ante Rodolfo*).—Que la camarilla Liebert observa para con nosotros una actitud de marcada antipatía, por no decir de hostilidad.

RODOLFO.—Es desagradable.

ROEDER.—Es inquietante.

RODOLFO.—¡Tanto como eso! No hubiera yo empleado una expresión tan fuerte.

ROEDER.—Perdóneme usted, señor barón, pero al abrirse hoy la Bolsa volvió á acentuarse el desdén por los valores brasileños. Los agentes de Liebert los rechazaban con cierta ostentación.

RODOLFO.—¿Pero usted los habrá tomado todos?

ROEDER.—Como usted me había ordenado, señor barón. He comprado por valor de otros ochocientos mil marcos.

RODOLFO.—¡Una pequeñez! Y esto habrá sido bastante para contener sus vuelos.

ROEDER.—Por lo pronto, sí.

CARLOS (*volviendo la cabeza hacia Rodolfo*).—Mira, mira lo que telegrafían de Río Janeiro al *Diario*. (*Lee*). «La Comisión de presupuestos de la Cámara de Diputados del Brasil combate el contrato de empréstito que el gobierno ha concertado con una casa de banca europeo-americana.» ¿Es verdad esto?

ROEDER.—También se ha hablado mucho de ese telegrama en la Bolsa.

RODOLFO (*riendo*).—El *Diario* está influenciado por Liebert. Este es uno de los alfilerazos que me vienen dando desde hace algún tiempo. No hay que decir que la noticia no contiene ni una palabra de verdad. (*Levantándose*). (*A Roeder*). Para la Bolsa esta tarde la misma consigna. Haga usted constar terminantemente que el telegrama del *Diario* es

inexacto y tome usted todo lo que le ofrezcan de valores brasileños.

ROEDER (*inclinándose*).—Muy bien, señor barón.

(*Vase.*)

## ESCENA II

RODOLFO y CARLOS; luego un CRIADO

RODOLFO (*acercándose á Carlos y poniéndole una mano en el hombro*).—Hoy hace precisamente tres meses que empezó á funcionar el Banco Europeo-Americano. ¿Qué dices ahora? ¿estás satisfecho del rumbo que siguen las cosas?

CARLOS (*levantándose*).—Te lo confieso francamente: al principio te observaba con indecible inquietud, con la misma ansiedad con que en la poesía de Schiller ve la hija del rey sumergirse en el agua al caballero. Hoy te contemplo tranquilamente, como á un nadador consumado que juega sin el menor peligro en un agua serena.

RODOLFO.—Está bien, Carlos, y has interpretado á maravilla mis propios sentimientos. Alegre y ligero me muevo en las aguas que me acarician. Hasta tal punto, que no me atrevo á llamar trabajo á lo que hago; es más bien una distracción.

CARLOS.—En un rincón de ese tranquilo estan-

que me parece vislumbrar un terrible pólipo, que extiende los brazos hacia ti como si quisiera ahogarte.

RODOLFO (*riendo*).—¡Bah! ¿Y qué pólipo es ese? ¿Se puede saber?

CARLOS.—El barón Liebert y su camarilla.

RODOLFO (*de pronto serio y meditabundo*).—Eres un pesimista incorregible, Carlos. ¿Por qué ha de ser Liebert mi enemigo? Es verdad que guarda una actitud poco amistosa para mis empresas; pero acaso se deba esto á que cuando empecé á desarrollar mi actividad financiera no fui á pedirle su particular protección.

CARLOS.—Acaso hiciste mal.

RODOLFO.—¡Acaso! Y aunque así fuera, aún podría arreglarse. Y después de todo, ¿qué tengo yo que temer de Liebert? Mis empresas son buenas, mis medios sólidos, el éxito indiscutible; y cuando vean que triunfo, no tendrán más remedio esos señores que deponer esa actitud huraña y tenderme la mano los primeros.

CARLOS.—Espero y deseo que así suceda. Pero, perdóname: ¿podría saber por qué me has rogado que pasase por aquí esta tarde?

RODOLFO.—Te lo voy á decir en pocas palabras. He comprado, después de largas y hábiles negociaciones, las minas de carbón de Tiefental. Hace una hora que acabamos de cerrar el trato. (*Tomando un papel de la mesa*). Aquí está la escritura de venta.

CARLOS (*ojeando la escritura y volviéndola á poner sobre la mesa*).—¡Hum! ¡Las minas de carbón de Tiefental! No se las mira precisamente como un buen negocio.

RODOLFO.—Hasta ahora no lo eran: pero en adelante lo serán. Ahora bien; yo quisiera que tú te encargases de la dirección técnica de las minas. ¿Aceptas? Te lo suplico, no digas que no. Es un cargo que dotaremos de espléndido sueldo, y además te daremos una importante participación en las ganancias, que, te lo repito, han de ser considerables.

CARLOS (*que mientras tanto ha estado paseando á grandes pasos, tiende la mano á Rodolfo*).—Lo siento mucho, Rodolfo, pero no puedo aceptar.

RODOLFO.—Rehusas una posición magnífica, que aceptarías seguramente si otro te la ofreciera, sólo porque soy yo quien te la propone. Confíesalo: eres soberbio y descastado.

CARLOS.—Te equivocas respecto á las razones que tengo para no aceptar. No puedo hoy por hoy aceptar ningún cargo, ni de ti ni de nadie. Estoy ocupado día y noche en estudios que me llevan todo el tiempo y que no puedo interrumpir.

RODOLFO.—¿Estás buscando la piedra filosofal?

CARLOS.—Algo mejor que eso. Ya sabes que hasta ahora el acero sólo podía obtenerse de un determinado mineral que es bastante raro.

RODOLFO.—No lo sabía; pero ya lo sé.

CARLOS.—Pues bien; estoy preparando un pro-

cedimiento con el cual podré obtener todo el acero que quiera de una clase cualquiera de hierro. Si mi invento resulta bien—y casi tengo la seguridad de ello—significará una revolución en una de las industrias más importantes del mundo.

RODOLFO.—Explicate.

CARLOS.—Figúrate que el acero estaría entonces tan barato como lo está hoy el hierro. El inventor de este procedimiento habría prestado á la humanidad un servicio incalculable y podría ganar millones y millones.

RODOLFO.—¡Bravo! ¡bravo! ¡Así me gusta! Parece que mi ambiente de millones te ha vuelto á ti también un poco el juicio.

CARLOS.—Te hablo muy en serio.

RODOLFO.—¡Tanto mejor! Pero prométeme que, ya que no aceptas el cargo que te ofrezco, me dejarás al menos administrar tu invento cuando lo termines.

CARLOS.—¡Cómo! ¡Claro que te lo prometo!

RODOLFO.—Ánimo, pues, y adelante, para que pronto pueda yo ofrecer á mis accionistas los productos de tu invento en forma de dividendos.

CRIADO (*de librea, trayendo una carta en una bandeja*).—Una carta para el señor barón. Espera la respuesta.

RODOLFO.—Gracias.

(*Vase el criado.*)

RODOLFO (*á Carlos*).—Con tu permiso. (*Rompiendo el sobre.*) «La señora condesa de Fregen-

heim suplica al señor Rodolfo, barón de Altenberg, se sirva aceptar la invitación para honrar su mesa esta noche.» Y debajo una posdata de otra letra. «Aceptaré usted, ¿no es verdad? Marta de...» Una letra encantadora la de la condesita, ¿verdad? (*Le entrega la carta á Carlos.*)

CARLOS.—Preciosa. Aceptarás, ¿no?

RODOLFO.—¡Ya lo creo! (*Escribiendo rápidamente.*) Marta viene á vernos tan pocas veces... ¡Creo que le infundo miedo!

CARLOS.—No podía venir con más frecuencia, ahora que tú estás en casa, sin dar lugar á murmuraciones.

RODOLFO.—Es verdad, y por mi culpa se ve privada Berta de su mejor amiga.

CARLOS.—No, eso no. Ahora es Berta la que visita á Marta, y todo está igual.

RODOLFO.—Para Berta sí, pero para mí no. (*Toca el timbre.*)

(*Entra el criado con una tarjeta en la bandeja.*)

RODOLFO (*dándole la carta*).—Aquí está la contestación. (*Tomando la tarjeta, lee.*) «Franz Messner.» ¿Quién es este hombre?

CRIADO.—Es un señor flaco como un fideo que trae unos papeles debajo del brazo. Seguramente otro inventor.

RODOLFO.—Dígale que pase.

CRIADO.—Está bien, señor barón. (*Vase.*)

## ESCENA III

DICHOS y MESSNER

MESSNER (*entra haciendo una profunda reverencia y mirando á su alrededor*).—¿El señor barón de Altenberg?

RODOLFO.—Está usted hablando con él. ¿En qué puedo servirle?

MESSNER (*señalando á Carlos con la mirada*).—¿Soy acaso importuno? Podría volver más tarde...

RODOLFO.—No, no molesta usted; estoy á su disposición.

MESSNER (*sin dejar de mirar á Carlos, titubeando*).—Preferiría esperar á que el señor barón acabase de hablar con este caballero...

CARLOS (*riendo*).—¡Ah! Comprendo. Me retiro.

RODOLFO (*deteniéndole*).—¿A dónde vas? (*A Messner*.) Este señor es de casa. Hable con entera libertad.

MESSNER (*sin dejar de mirar á Carlos con recelo*).—Venía á proponer al señor barón un negocio.

RODOLFO.—Soy todo oídos; pero le suplico sea breve.

MESSNER.—Lo seré, señor barón, lo seré. Es el caso que muy cerca de esta población hay una fuente de agua mineral purgante, dotada de ex-

traordinarias excelencias y virtudes. (*Saca del brazo un envoltorio, lo deshace y muestra un frasco*.) Aquí está el agua. ¡Un agua incomparable! Puede usted convencerse por sí mismo de sus maravillosos efectos. ¿Quiere usted tomar un traguito?

RODOLFO.—Gracias, gracias.

MESSNER (*á Carlos*).—¿Y usted, caballero? ¡Esta agua tiene una fuerza!...

CARLOS (*riendo*).—Es usted muy amable. Pero lo creo como si la probara.

MESSNER.—¿No podríamos darla á probar al criado?

RODOLFO.—No se moleste usted: somos unos convencidos. Prosiga.

MESSNER.—Á mi me gusta demostrar lo que digo; no hay nada como una demostración. Esta admirable fuente... ¿pero de veras no quieren ustedes probar el agua? Bueno: esta fuente admirable pertenece en la actualidad á un pobre diablo que no tiene medios para aprovecharse del tesoro que hay en el fondo de sus ondas. Pero si se encontrara el capital necesario para dar impulso á la fuente, el porvenir de ésta sería enorme.

RODOLFO.—¿De veras?

MESSNER (*con calor*).—Lo que le digo á usted. ¡Un porvenir espléndido! ¡El agua mineral purgante es un artículo de primera necesidad para el género humano!

RODOLFO.—Hasta ahora no me había enterado.

MESSNER (*con vehemencia*).—Tanto peor para us-

ted, señor barón; y si es así, ha llegado el momento crítico de que usted incluya el agua mineral purgante en el número de las cosas que consume diariamente. Le va en ello la salud, la vida.

RODOLFO.—¡Me asusta usted!

MESSNER (*suspirando*).—¡Oh, señor barón! Cuando se ha saboreado una vez esta higiénica bebida, no puede uno ya pasarse sin ella. No se concibe cómo se puede vivir ni ser dichoso no tomándola.

RODOLFO.—Veo que el agua mineral tiene en usted un partidario entusiasta. ¿Pero no podría usted concretar?

MESSNER.—Á eso voy, señor barón, á eso voy. (*Muy deprisa.*) En nombre de su propietario tengo el honor de proponer al Banco Europeo-Americano la venta de la fuente. El precio importa únicamente un millón.

(*Rodolfo hace ademán de volverse á la mesa-escritorio.*)

MESSNER (*muy rápido*).—Es una miseria, una verdadera miseria en relación con el valor de la fuente. Una venta anual de quinientos millones de frascos nada más asegura una ganancia líquida de cien millones de marcos por lo menos.

RODOLFO.—La dificultad está únicamente en dar salida á esos quinientos millones de frascos.

MESSNER (*con viveza*).—¿Dificultad? Se puede vender el doble, señor barón, el doble. ¡Quinientos millones de frascos es una cifra irrisoria!

RODOLFO.—Pero, veamos: ¿en qué se funda usted para hacer ese cálculo?

MESSNER.—¿Que en qué me fundo? (*Sentenciosamente.*) La tierra tiene, según la última estadística, mil cuatrocientos millones de habitantes...

RODOLFO.—Lo siento mucho, pero no tengo ahora tiempo para escuchar sus disertaciones, interesantísimas sin duda alguna...

MESSNER (*sacando un segundo paquete de un bolsillo*).—Perdone usted, señor barón. No hay ninguna prisa. Yo he tenido el atrevimiento de redactar una modesta Memoria sobre el particular. Aquí está el cálculo exacto de las ganancias líquidas. (*Despliega una hoja de papel muy ancha.*) Vea usted, señor barón: ¡cien millones de ganancia líquida en el primer año! Acompaña á este cálculo una detallada descripción de los beneficios que produce el consumo regular del agua mineral purgante...

RODOLFO.—¿Puede usted dejarme la Memoria si gusta!

MESSNER.—¡Ya lo creo, señor barón, ya lo creo! Y también el frasco. Pruebe usted el agua, señor barón. Estoy seguro que con el primer vasito...

RODOLFO.—Muchas gracias, ya la probaré...

MESSNER.—¿Cuándo puedo volver por la contestación?

RODOLFO.—No se moleste usted: se la mandaremos por escrito.

MESSNER.—Se lo recomiendo, señor barón; tome usted la cosa con interés. No quiera usted privar á

la humanidad de los beneficios de esta agua, incomparable... (Vase.)

*Se presenta en la puerta Lippini, al cual deja paso el criado. Messner y Lippini se desafían con la mirada.)*

ESCENA IV

RODOLFO, CARLOS, y LIPPINI, vestido de negro, con una roseta de muchos colores en el ojal

LIPPINI.—¿El señor barón de Altenberg?

RODOLFO.—¿En qué puedo servirle?

LIPPINI.—Una palabra, antes de hablar de mis propios asuntos. Acaba de retirarse de aquí un individuo, contra el cual quisiera poner á usted en guardia. Es un conocido tímido, que siempre trae entre manos proyectos financieros dudosos; un pájaro de cuenta, en una palabra.

RODOLFO.—¿Puedo saber á quién debo agradecer tan valioso aviso?

LIPPINI.—Perdone usted. (Le entrega una tarjeta.) Yo soy el *cavaliere* Lippini, caballero gran cruz, vicecónsul de la República de Liberia (África occidental).

RODOLFO.—¡Tanto gusto! Tome usted asiento. ¿Á qué debo el honor...?

LIPPINI.—Mi gobierno, es decir, el gobierno de

Liberia, me ha encargado de entrar en relaciones con usted á propósito de un empréstito que nuestro Estado quiere contratar aquí. Su Banco es de creación reciente, busca, como es natural, buenos negocios; pues aquí se le ofrece uno magnífico. Ustedes han empezado con el empréstito brasileño. Un comienzo brillante. Continúen ustedes dignamente con el empréstito de Liberia.

RODOLFO.—¿Pero cuánto necesita Liberia?

LIPPINI.—Una bagatela, por el momento. Más adelante acaso necesite más. Pero el primer empréstito no subiría á más de ciento sesenta millones de marcos.

RODOLFO.—¡Ciento sesenta millones! ¡Una bagatela, verdaderamente!

LIPPINI.—¡Claro! Pero se lo repito. Esto sería para empezar. Esta es la primera deuda que Liberia echa sobre sus espaldas. El Estado hasta ahora no ha debido un penique.

RODOLFO.—¿Y para qué necesita Liberia ese dinero?

LIPPINI.—Para invertirlo en beneficiosas empresas de progreso, señor barón. Construcciones de ferrocarriles y puertos, un Banco nacional, una escuela...

RODOLFO.—Ayúdeme usted á refrescar mi memoria. Liberia tiene doce mil habitantes, ¿no es eso?

LIPPINI.—Trece mil, señor barón, trece mil; y un comercio floreciente, un porvenir espléndido.

(Sacando unos papeles.) Aquí tiene usted el mapa del país, y aquí tiene también el presupuesto de los últimos diez años; superávit creciente, señor barón. Aquí están los planos de los ferrocarriles, que han de construirse gracias á ese empréstito.

RODOLFO (levantándose).—Lo siento mucho, pero no puedo quedarme con el negocio.

LIPPINI.—Reflexione usted, señor barón. ¡Un Estado completamente limpio de deudas! Y aún no le he hablado á usted de las condiciones. Condiciones favorabilísimas, sin precedentes.

RODOLFO.—Ya le digo á usted que lo siento; pero...

LIPPINI.—Una palabra. (Muy ceremonioso.) Estoy encargado por mi gobierno de manifestar á usted que, en caso de efectuarse el empréstito, sería usted agraciado con la gran cruz de la Orden del Rinoceronte y el título de general del ejército liberiano. La condecoración es una de las más hermosas que hay; se parece algo á la Orden del Elefante de Dinamarca. (Despliega un papel.)

RODOLFO.—¿Pero Liberia tiene también una gran Orden?

LIPPINI.—Todavía no. Pero el gobierno piensa fundarla con motivo del primer empréstito.

RODOLFO.—Agradezco en el alma la alta distinción con que su gobierno piensa honrarme. Pero no puedo encargarme del empréstito.

LIPPINI.—Deja usted ir un negocio como no volverá á presentársele.

RODOLFO.—Á su disposición, señor vicecónsul.  
LIPPINI.—Bueno. Como usted quiera. ¡A sus órdenes!

(Vase.)

## ESCENA V

RODOLFO, CARLOS, MESSNER y un CRIADO

MESSNER (desde la puerta).—Permitame usted, sólo un momento; tengo que...

CRIADO.—Ya le digo á usted que no puede pasar.

RODOLFO.—¿Qué ocurre? ¿Otra vez aquí?

MESSNER.—Sólo una palabra, señor barón. Es de la mayor importancia.

RODOLFO.—Bueno, pero sea breve...

(Se retira el criado.)

MESSNER (rápido).—Acaba de salir de aquí un sujeto con el cual todas las precauciones son pocas. Es un estafador internacional de primera clase. Está constantemente procesado por llevar condecoraciones que no le pertenecen. Como entre usted en relaciones con él, le engañará irremisiblemente.

RODOLFO.—Le quedo muy agradecido por su aviso. Me había figurado lo que me dice y no he querido convenir en nada con él.

MESSNER.—Ha hecho usted bien, ha hecho usted

bien. (*Mirando el frasco que continúa sobre la mesa.*)  
¿Y qué, señor barón, ha probado usted ya mi agua?

RODOLFO.—Todavía no, pero la probaré. Buenas tardes, caballero.

MESSNER.—¡Lástima! ¡Tiene tanta fuerza! Me recomiendo á usted de nuevo, señor barón. (*Vase.*)

ESCENA VI

RODOLFO y CARLOS; luego un CRIADO

RODOLFO.—Ya ves. Pues así todos los días desde hace tres meses.

CARLOS.—No puedes quejarte. Son individuos que persiguen el millón.

RODOLFO.—Pero por un camino falso.

CRIADO (*entrando*).—Los señores acaban de llegar.

RODOLFO.—Estoy á su disposición. (*Vase el criado.*) Ten la bondad de pasar á mi cuarto; allí encontrarás algunos libros interesantes. El Consejo de administración acaba de llegar para escuchar las cuentas del primer trimestre. En un cuarto de hora estaré libre, y almorzaremos juntos; ¿de acuerdo?

CARLOS.—Bueno. Cuando termines, vienes á buscarme. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII

RODOLFO, el CONDE DE EBERSBERG, el DOCTOR FAHL y cuatro CONSEJEROS de administración

RODOLFO (*saludando á los que entran*).—Buenas tardes, conde. ¿Cómo va de salud?

EBERSBERG (*muy viejo, apoyado en el bastón*).—Gracias, querido Rodolfo, gracias: estoy muy bien, perfectamente bien. ¡Ah! menos de la gota, que no deja de molestarme de cuando en cuando.

RODOLFO.—La gota, conde, no es una enfermedad, sino un privilegio.

EBERSBERG.—Muchas gracias.

RODOLFO.—Y usted, que tan á pecho toma los privilegios de clase, debía felicitarse de que en estos tiempos de democracia no le hayan arrebatado esta aristocrática preeminencia.

EBERSBERG.—No bromea usted. ¡En este punto concreto de la gota, me siento demócrata, anarquista, regicida!

(*Se sientan todos en torno á la mesa, ocupando Ebersberg el centro; á su derecha Rodolfo, á su izquierda el doctor Fahl, y en cada uno de los demás lados dos consejeros. A las primeras palabras de Rodolfo se queda dormido Ebersberg.*)

RODOLFO.—Señores, tengo que darles á ustedes

cuenta de las operaciones realizadas por el Banco Europeo-Americano en su primer trimestre de existencia, y afortunadamente puedo presentarles un cuadro de la más risueña prosperidad.

LOS CONSEJEROS (*por lo bajo*).—¡Bravo! ¡Bravo!

RODOLFO.—El dieciséis de Agosto nos constituimos, como recordaréis, en Sindicato para la fundación de un Banco; una semana después, gracias á los buenos oficios de Su Excelencia el señor conde de Ebersberg...

EBERSBERG (*despertándose*).—¿Qué dice de mí?

DOCTOR FAHL (*por lo bajo*).—Nada, nada...

(*Ebersberg mira con ojos de sorpresa y vuelve á dormirse.*)

RODOLFO.—...obtuvimos el permiso del gobierno para emitir nuestras acciones. Celebramos nuestra primera sesión, en la cual fuimos elegidos ustedes consejeros de administración y yo director del Banco, y en 1.º de Septiembre ya pudo empezar éste á funcionar con regularidad. Habíais convenido que el capital del Banco se elevase á cuarenta millones de marcos, los cuales se hallan representados por cien mil acciones de cuatrocientos marcos cada una. Habíais convenido, además, que por el pronto sólo se exigiría el pago del cuatro por cien de ciento sesenta marcos por acción, de modo que pudiéramos empezar á trabajar con un capital efectivo de diez y seis millones. Yo, por mi parte, encontré esta cantidad insuficiente, y así lo declaré, no consi-

guiendo que compartierais entonces mi opinión. Acaso hoy logre haceros rectificar. Una palabra aún sobre nuestra constitución, antes que pase á exponeros el estado actual de nuestros negocios. Los gastos de fundación ascienden á cuatro mil marcos, que se han invertido en carteles y anuncios en los periódicos: esto es todo.

CONSEJERO 1.º—¡Inaudito!

CONSEJERO 2.º—¡Admirable!

RODOLFO.—La proposición que se hizo en el seno de nuestro Sindicato de ofrecer nuestras acciones al público con una prima de cuarenta marcos chocó con la resistencia de nuestro presidente, que había suscrito por su propia cuenta veinticinco mil acciones, es decir, la cuarta parte justa del importe total, y yo soy de parecer que hemos hecho bien en rechazar la proposición.

CONSEJERO 1.º—El Sindicato ha tirado por la ventana dos millones, que podían haberse repartido entre sus miembros.

CONSEJERO 2.º—¡Dos millones! ¡Y haberlos tirado así á la calle!

CONSEJERO 3.º—Una pérdida irreparable.

EBERSBERG (*despertándose*).—¿Quién habla de tirar millones? ¿Qué pérdida es esa?

DOCTOR FAHL (*por lo bajo*).—No se alarme, conde.

RODOLFO.—No se trata de una pérdida irreparable, señores; ya ganaremos estos millones y muchos más mediante buenos negocios, y en el público

ha hecho magnífica impresión ver que empezamos con cimientos tan sólidos. Hay que tener en cuenta que las cincuenta mil acciones que, además de las veinticinco mil de nuestro honorable presidente y las veinticinco mil de los señores Tom-Kins Hermanos, quedaron para el público, han sido suscritas cuatro veces, y que hoy nuestras acciones, que se pagaban antes á ciento sesenta marcos, se cotizan á doscientos. El primer negocio de que se ha encargado nuestro Banco ha sido el empréstito brasileño. Se trata de cuatrocientos millones de marcos de renta al 5 por 100, que en unión de los señores Tom-Kins Hermanos hemos adquirido del gobierno brasileño al 96 por 100 firme y que nosotros podemos ofrecer al público al 9 y  $\frac{5}{8}$  por 100 como minimum. Descontando los gastos, esta operación nos deja una ganancia libre de  $\frac{1}{2}$  por 100, ó sean seis millones, á partir con los señores Tom-Kins Hermanos. Nos corresponden, pues, tres millones, lo que representa una amortización de más del 18 por 100 de nuestro capital.

LOS CONSEJEROS.—¡Bravo! ¡Bravo!

RODOLFO.—La segunda operación de que os voy á hablar está pendiente de vuestra aprobación. Se trata de la compra de las minas de carbón de Tiefertal.

CONSEJERO 1.º—¡Las minas de carbón de Tiefertal! ¡Ese es un negocio ruinoso!

RODOLFO (*sonriendo*).—Aquí están todos los datos. Juzgad por vosotros mismos. Las minas de

Tiefertal se encuentran en el fondo de un valle rodeado de montañas, lejos de carreteras y ferrocarriles. La producción anual de las minas durante los últimos tres años subió á un millón de toneladas. En la boca de la mina se vende la tonelada de carbón á ocho marcos. Pero el porte hasta la capital cuesta actualmente diez y seis marcos por tonelada y el precio de ésta allí sube á veinticuatro marcos, siendo así que se puede comprar el carbón de primera clase á veinte y hasta veintidós marcos. Por esta razón el carbón de Tiefertal se vende ahora con grandes pérdidas, y así se explica que sus propietarios tuvieran que suspender hace tres meses la explotación de las minas.

CONSEJERO 1.º—¿Y vamos á encargarnos nosotros de ese negocio?

RODOLFO.—Es cosa hecha, señores. El señor consejero doctor Fahl (*señalándole*), en su condición de diputado, ha sabido que en la primavera próxima se inaugurarán las obras de un ferrocarril desde la capital al litoral del Norte, el cual ha de atravesar precisamente la montaña de Tan, poniendo á Tiefertal en comunicación con el mundo. Los planos del ferrocarril están listos y en breve serán presentados al Parlamento. No hay duda que serán aprobados.

DOCTOR FAHL.—Puede darse por hecho.

RODOLFO.—En el momento en que Tiefertal tenga un ferrocarril, el arrastre de los carbones desde la mina sólo costará ocho marcos, de modo

que cada tonelada dejará una ganancia de cuatro á seis marcos, y con una explotación de un millón de toneladas tendremos un beneficio de cuatro millones de marcos como minimum. Ante una ganancia segura anual de cuatro millones de marcos, el precio de compra de doce millones que hemos pagado por las minas resulta verdaderamente risible. Os ruego, pues, deis vuestra aprobación á la escritura de venta.

CONSEJERO 1.º—Verdaderamente, ya que las cosas están así...

DOCTOR FAHL.—Es cosa hecha, y yo fui el primero en recomendar la compra de las minas en cuanto supe los proyectos del gobierno.

CONSEJERO 2.º—Entonces no queda más sino felicitarnos y felicitar al señor director por este nuevo negocio.

RODOLFO.—Una palabra todavía. Para las grandes empresas que hemos acometido, resulta demasiado pequeño nuestro capital en acciones. Propongo, pues, que exijamos el pago completo de nuestras acciones, con lo cual dispondremos de veinticuatro millones más.

CONSEJERO 1.º—¡El pago completo! ¿Para qué? ¿No es mejor hacer una nueva emisión de acciones?

CONSEJERO 2.º—Es contrario á toda prudencia exigir el pago íntegro, cuando nuestras acciones tienen un sobreprecio de cien marcos.

DOCTOR FAHL.—Es verdad. Haciendo una nueva emisión de acciones, ganamos en cada una cien

marcos. Canjeamos cada cuatro acciones antiguas por una nueva y vendemos el resto en la Bolsa. De esta manera obtendríamos un beneficio de más de diez y seis millones, que no tendremos que tirar como los otros...

RODOLFO.—Soy fundamentalmente opuesto á la emisión de nuevas acciones mientras no se agoten las antiguas. Lo demás huele á timo bursátil.

LOS CONSEJEROS.—¡Cómo! ¡Pero eso es infantil!

EBERSBERG (*levantándose y agitando la campanilla*).—¡Orden, señores, orden! (*A Rodolfo.*) ¿De qué se trata? ¿Qué ocurre?

RODOLFO.—Ocurre que necesitamos más capital en metálico, y que yo soy partidario del pago completo de las acciones antiguas, mientras los señores optan por una emisión de nuevas acciones.

EBERSBERG.—¿El pago completo? ¿Qué es eso? ¿Tengo que dar más dinero todavía?

RODOLFO.—Si usted desea conservar sus veinticinco mil acciones, tendrá que dar aún seis millones.

EBERSBERG (*con violencia*).—¿Seis millones? No doy ni un céntimo más.

RODOLFO.—Pero conde, usted puede vender una parte de sus acciones y obtener una bonita ganancia.

EBERSBERG.—Nada. Ni compro ni vendo: no hago negocios de esta índole. Ya he dado cuatro millones para la fundación de tu Banco, barón Rodolfo, pero no doy un marco más. ¡Que se haga una nueva

emisión de acciones! ¡Basta! (*Se retrepa en su silla y se queda dormido.*)

RODOLFO (*encogiéndose de hombros*).—Bueno, me someto á la mayoría. Emitiremos nuevas acciones.

TODOS LOS CONSEJEROS.—¡Bravo!

RODOLFO (*saca un paquete de su mesa-escritorio*).—Aquí tenéis vuestros vales de asistencia. (*Los reparte.*) (*A Ebersberg.*) ¡Conde!

EBERSBERG (*se incorpora y agita la campanilla*).—¡Orden, señores, orden! (*Mirando el vale de asistencia y tomándolo.*) ¡Ah! ¿Hemos terminado? (*Todos se ponen de pie.*) ¿No hay que firmar nada?

RODOLFO.—Hoy no.

EBERSBERG.—Más vale así. (*Se levanta.*) ¡Ah, esta gota! Estoy completamente molido de estar sentado. Con tantas reuniones como me hacen ustedes presidir, tengo dolor de cabeza. Se vuelve uno loco con tantos números y tantos negocios. Ea, hasta la vista. (*Vase.*)

CONSEJERO 1.º (*acercándose á Rodolfo, por lo bajo*).—Cuento con un puesto para mi sobrino en la administración de las minas, ¿no es eso?

RODOLFO.—Pero ¿tiene práctica técnica?

CONSEJERO 1.º (*sonriendo*).—No, pero la adquirirá en su empleo.

RODOLFO.—Va á ser algo difícil.

CONSEJERO 1.º.—Ya lo arreglará usted, barón; cuento con ello.

DOCTOR FAHL (*acercándose á Rodolfo, por lo bajo*).—Espero que me reservará usted unas dos mil

acciones nuevas á la par. Las necesito para algunos colegas influyentes en el Parlamento. Este obsequio contribuirá á acelerar lo del ferrocarril.

RODOLFO.—Pero ¡cómo! ¿Una cosa tan descarada?

DOCTOR FAHL.—¿Qué le llama á usted la atención? Es la manera corriente de conducir los asuntos. Cuento con las dos mil acciones.

(*Rodolfo se inclina en silencio.*)

DOCTOR FAHL (*al despedirse, por lo bajo á los dos consejeros*).—Nuestro amigo tiene escrúpulos é ingenuidades que chocarían aun en un colegial.

(*Vase.*)

## ESCENA VIII

RODOLFO y un CRIADO; en seguida CARLOS

CRIADO (*trayendo una carta en una bandeja*).—Espera contestación.

RODOLFO.—Gracias. (*Vase el criado.*) (*Rodolfo va á la puerta de la izquierda y llama.*) Ya he terminado, Carlos, ya puedes salir. (*Abre la carta, la lee rápidamente y lanza una exclamación de sorpresa.*) ¡Ah! Lee, Carlos.

CARLOS (*toma la carta y lee*).—La señora baronesa y el señor barón de Liebert suplican al señor

barón de Altenberg les dispense el honor de comer hoy con ellos.»

RODOLFO.—¿Lo ves? Ya te lo había dicho. Puesto que la montaña no ha ido á ellos, vienen á la montaña. ¡Un triunfo, Carlos!

CARLOS.—¿Pero no habías aceptado ya la invitación de la condesa de Fregenheim?

RODOLFO (*confuso*).—Es verdad, lo había olvidado. (*Pensativo*.) Es una coincidencia fatal. La invitación de Liebert no puedo, no debo rechazarla. Es él quien da el primer paso para venir á mi encuentro, y si no le atiendo, tendré en él un enemigo para toda la vida. Pero también los Fregenheim...

CARLOS.—La obligación es antes que la devoción. Acepta la invitación de Liebert.

RODOLFO (*suspirando*).—Tienes razón, Carlos; no puedo ver hoy á Marta. (*Se sienta á la mesa-escritorio y escribe*.) Pero prométeme que me excusarás con los Fregenheim con todo el calor de la amistad; de otro modo no me perdonarían nunca este desaire.

CARLOS.—No tengas cuidado: te defenderé con todo el calor de mi amistad. Pero creo que aun sin eso, uno de los jueces al menos está de tu parte.

RODOLFO (*llama*). (*Entra el criado*).—Aquí está la contestación. (*Vase el criado*). (*Saliendo con Carlos*). ¿De mi parte? ¡Si fuera verdad!

## MUTACION

Salón muy elegante en casa del barón Liebert. Puertas en el fondo y á ambos lados. Á la derecha un sofá; delante una mesita con figurillas de porcelana. Á la izquierda la chimenea y delante de ella tres sillones.

## ESCENA PRIMERA

EL BARON y la BARONESA LIEBERT

BARÓN (*lee una carta y la deja sobre el mármol de la chimenea*).—El barón de Altenberg acepta y come hoy con nosotros.

BARONESA.—Está bien, querido Nataniel.

BARÓN.—Supongo que sabrás por qué le he invitado.

BARONESA.—No tengo la menor idea de ello, querido Nataniel.

BARÓN.—Tengo mis planes con ese joven.

BARONESA.—¿De veras, querido Nataniel?

BARÓN.—Pero ¿no me preguntas cuáles planes?

BARONESA.—Me figuro que tú mismo me los dirás, si es que debo saberlos, querido Nataniel.

BARÓN.—Bueno, pues sí, debes saberlos. Creo que el barón de Altenberg sería un buen partido para nuestra Dinorah. (*Pausa. El barón mira á la baronesa, aguardando respuesta.*) ¿Qué dices á esto?

BARONESA.—Quizá tengas razón, querido Nataniel.

BARÓN (*salta, presa de impaciencia, de su asiento y se pone á dar paseos por la habitación*).—«Quizá tengas razón, querido Nataniel.» ¡Cómo lo dices! Tienes una calma verdaderamente envidiable. Llego á creer que la suerte de Dinorah te es indiferente.

BARONESA (*con tono suave*).—Te equivocas, querido Nataniel. No hay cosa que más me llegue al corazón.

BARÓN.—Pero si es así, ¿por qué no me dices qué te parece mi proyecto? Dame la razón, llévame la contra, di algo, pero no te quedes callada.

BARONESA.—Tú te acaloras, querido Nataniel, y con tu ejemplo me demuestras lo mal que haría yo en acalorarme también. ¿Qué te importa el que yo te dé la razón ó no? Al fin y al cabo, no harás mas que lo que quieras.

BARÓN (*plantándose delante de ella*).—Bueno; sin rodeos, Sara, ¿qué tienes que decir contra el barón de Altenberg?

BARONESA (*con dejadez*).—¿Pero de dónde sacas, querido Nataniel, que yo tenga algo que decir contra el barón?

BARÓN (*exaltándose*).—¡Basta de farsa! ¿Crees

que no te conozco? ¿Crees que no sé lo que quieres dar á entender con toda esa dulzura, con toda esa docilidad? ¡Esa es la máscara que os ponéis las mujeres cuando no queréis llevarnos la contra abiertamente, y sin embargo, estáis dispuestas á hacer á todo trance vuestra voluntad!

BARONESA (*sonriendo*).—Tu malicia te lleva muy lejos, querido Nataniel, y te hace ver cosas que no existen.

BARÓN (*paseando por la estancia*).—¡Está bien! ¡Está bien! Ya veo completamente claro que te pones de parte de Dinorah, que defiendes sus locuras en vez de combatirlas, como sería tu deber de madre.

BARONESA.—Tú sabes sin duda más que yo de los deberes de madre. Te ruego, pues, me adviertas si me equivoco; pero supongo que el primer deber de una madre es hacer felices á sus hijos.

BARÓN (*exaltado*).—¡Admirable lógica femenina! Tú crees hacer feliz á Dinorah dejándola que se abandone á su insensata pasión por ese desdichado pintamonas.

BARONESA (*seria*).—No creo tal cosa. Eres injusto al suponer que yo protejo esa pasión. Ya sabes que en cuanto noté la inclinación de Dinorah por ese joven me di prisa á ponerlo en la calle.

BARÓN.—¡É hiciste una gran cosa! Precisamente por haberlo alejado de ella es por lo que á Dinorah se le ha puesto en la cabeza casarse con él. ¡La hija única de Liebert casarse con un pintorcillo!

¡Es para perder el juicio! Es imposible; no puede tratarse de una inclinación seria. Tiene que ser uno de esos fantásticos caprichos con que nuestra hija acostumbra á amargarnos la existencia. Tentado me siento á dejar que el mozalbete vuelva á entrar en nuestra casa como antes. Estoy convencido que á los ocho días estaría harta de él, cuando viera que no nos oponíamos á su gusto.

BARONESA.—La prueba sería algo atrevida.

BARÓN.—¡Con el carácter de Dinorah! ¿Quién sabe? Pero estate tranquila: no haremos la prueba. Por el contrario, estoy resuelto á imponer mi voluntad sin contemplaciones.

BARONESA.—No hay que dar escándalos. No te sulfures, querido Nataniel, y escúchame. Nosotros cometimos una falta al permitir que Dinorah tomara lecciones de pintura de ese joven.

BARÓN.—Idea tuya fué.

BARONESA.—Sí, porque es la última moda que las señoritas de la buena sociedad sepan pintar. No soy la inventora de esa moda, ni creas que me gusta. Pero nosotros, que hemos dejado que Dinorah siga la moda en todo, no se lo íbamos á prohibir en esto. Vino el profesor á casa, y Dinorah se enamoró de él. Me avergüenza el mal gusto que muestran las muchachas de hoy día. Pero ¿qué remedio tiene lo que ya pasó? Dejemos en paz á Dinorah; ella misma concluirá por avergonzarse de su elección. Pero no la obligues á casarse con otro. Esa imposición podría provocar una catástrofe. Cada vez que

en estos tres meses le has presentado un pretendiente—y el barón de Altenberg hace el cuarto—no has hecho mas que empeorar las cosas.

BARÓN.—El barón de Altenberg no se parece en nada á los otros. Estoy seguro de que hará entrar en razón á la niña; y te lo repito: (*con violencia*) hay que poner término á este asunto. ¿No andan ya diciendo por ahí que la baronesita Liebert está chiflada por un pintamonas? ¡Hay que hacer callar á las malas lenguas!

BARONESA.—Está bien: pero me temo...

## ESCENA II

DICHOS y DINORAH, en traje de mañana, vestida algo excéntricamente; luego un CRIADO

DINORAH (*entrando por la puerta de la derecha, se dirige lentamente al barón y le presenta la frente apartando la vista*).—Buenas noches, papá. (*A la baronesa*.) ¿Quieres que demos una vuelta antes de comer?

BARÓN (*con violencia*).—No tendréis tiempo! Comeremos dentro de una hora, y tienes todavía que vestirme.

DINORAH (*con energía*).—Si me he de vestir para sentarme á la mesa, te suplico me consientas comer hoy en mi cuarto. No me siento bien.

BARÓN.—Es imposible, querida Dinorah; no puedes faltar hoy á la mesa.

DINORAH (*que se ha acercado entretanto á la mesa y con la cabeza baja juega con las figurillas de porcelana*).—¿Y puede saberse por qué?

BARÓN.—Tenemos invitado.

DINORAH.—Pero yo no hago falta, papá. Gracias á Dios, ya tienes á mamá para hacer los honores de la casa.

BARÓN.—Naturalmente. ¡Ya sabía que ibas á decir eso! Basta que yo diga blanco, para que tú digas negro; pero te repito que no puedes faltar hoy á la mesa.

BARONESA (*acercándose á Dinorah y abrazándola*).—¡Pero si la pobrecita está mala!

BARÓN.—¡Mala! ¡Mala! Cuando está uno bueno para dar un paseo antes de comer, lo está también para poder sentarse por una hora á la mesa.

DINORAH (*alzando la cabeza, con frialdad*).—Comprendo, papá: se trata seguramente de un nuevo candidato á mi blanca mano, al cual es preciso que me presente vestida de gala para que el señor no se lleve un desencanto, ¿no es eso?

BARÓN.—Bueno, ¿y qué? Suponte que así sea.

DINORAH (*arrojando al suelo una figurilla de porcelana en un arranque de cólera*).—¡No quiero ver á nadie, no quiero ver á nadie!

BARONESA.—Por Dios, hijita, no te impacientes. (*La abraza. Dinorah se echa en sus brazos, sollozando.*)

BARÓN (*paseándose por la estancia*).—¡Siempre has de ser la misma! ¡Un volcán en erupción! ¿No será posible hablar contigo razonablemente?

DINORAH (*con sollozos entrecortados*).—¡Á atormentarme, á afligirme, á esto le llamas tú hablar razonablemente!

BARÓN (*cogiéndole la mano, afectuosamente*).—Pero hijita, ¿por qué eres tan injusta con tus padres, que sólo han cometido la falta de quererte demasiado?

DINORAH.—¡Quererme! ¡Si me odiasen no me harían sufrir más!

BARONESA.—Eso que dices no está bien y seguramente no lo sientes. Tu corazón te dice sin duda que nosotros nos desvivimos por tu bien.

DINORAH (*desasiéndose de los brazos de la baronesa en un arranque*).—Si es así, es una desgracia que estéis tan ciegos que no veáis cuál es mi bien.

BARONESA.—Está tranquila y déjame hablar. Tienes ya veinticinco años y es tiempo de que pienses en casarte; ¿por qué te opones á lo que debe ser tu inclinación?

DINORAH.—No creo sea la inclinación de nadie el casarse con una persona que no ama ni amará nunca en la vida.

BARÓN.—¡Que no amará nunca! ¿Qué sabes tú del porvenir? La experiencia enseña que los matrimonios razonables se convierten muchas veces en matrimonios por amor.

DINORAH.—Quizá ocurra así cuando el corazón

de la mujer está libre. Pero ya sabéis cómo tengo yo el mío.

BARÓN.—Ya lo sabemos, desgraciada; tú eres la que no lo sabes. Tú te engañas á ti misma, y por puro espíritu de contradicción, te dejas arrebatar por una pasión que no existe, que no puede existir. Tomas por amor lo que no es mas que un capricho pasajero, insensato y absurdo. Pero yo tengo más experiencia y veo más claro que tú: dentro de algunos meses, por no decir algunas semanas, volverás en ti y comprenderás que ese amor tan inmenso no era sino un capricho del que te avergonzarás tú misma.

DINORAH.—¿Y de dónde sabes tú eso, papá?

BARÓN.—Porque no es posible que la baronesita de Liebert esté enamorada seriamente de un pintamonas insulso y melenudo, salido de las más bajas clases sociales.

DINORAH.—No sigas, papá: no lo insultes, no tienes derecho para ello, pues no lo conoces. Ese pintamonas, como tú lo llamas, está á mucha altura sobre tus magnates financieros, tiene un corazón y sabe lo que es amor.

BARÓN.—¡Condenada niña! ¿No ves que ese sujeto sólo va buscando tus millones al fingirte amor? Te lo podría demostrar con pruebas, te lo hubiera demostrado ya si lo consintiera la dignidad de nuestra casa: me bastaría con dar á ese intrigante una cierta indemnización para que abandonase la ciudad, y pudieras convencerte de que te tomaba

por una tonta á la que no ha amado nunca y á la que sólo hacía el amor por el dinero.

DINORAH.—Eres muy cruel, papá. ¿Tan imposible te parece que pueda yo inspirar amor á un hombre y que éste me quiera, no por mis millones, sino por mí misma? Si tuvieras razón, sería para morir de pena.

BARÓN (*con viveza*).—¡No, no he querido decir tal cosa, no he tenido esa intención! Tú eres hermosa, inteligente, amable: no hay duda que puedes ser amada por ti misma, y lo serás cuando encuentres un hombre que sea digno de ti.

DINORAH (*moviendo la cabeza*).—No, papá; entre tus magnates financieros no encontraré ninguno que me ame: esas gentes no aman. Se casan y sostienen amantes, pero no aman. (*Exaltándose.*) ¡Conozco muy bien á esos millonarios! Desde que tenía diez y seis años, desde que asistí al primer baile, los he venido observando. Por nada en el mundo consentiría en arrastrar mi vida al lado de uno de esos hombres. No me hables de esos financieros que sólo tienen una cotización de Bolsa en la cabeza y un saco de oro en el pecho. Difunden una atmósfera de aburrimiento insoportable. Su contacto es frío como el de su metal favorito. No creen mas que en el bello y consolador dogma de que dos y dos son cuatro, y sólo sienten amor por sí mismos. Su vida sólo parece tener un objeto, el de mostrar al mundo, á cada hora y á cada minuto, que poseen millones; y si muestran algún ingenio ó alguna originalidad,

es sólo en idear un nuevo método para hacer que resalte el brillo de su oro. Si compran cuadros y coleccionan antigüedades, si toman parte en las carreras de caballos y organizan cacerías, lo hacen con el único fin de gastar dinero. No se interesan por nada que no cueste muy caro. Todo el afán con que siguen la moda no les libra de sentir y comunicar á los demás un tedio de muerte. Papá, ¡si te repitiese las conversaciones que he estado condenada á oír tantas veces al lado de esos caballeros!... ¡Y hablas de un pintamonas inculto y plebeyo! ¡Qué tendrías que decir entonces de esos sacos de oro ambulantes!

BARÓN.—¡Olvidas, Dinorah, que yo pertenezco á la clase social que describes en términos tan li-sonjeros!

DINORAH.—Tú eres otra cosa, papá; ¿verdad, mamá? (*La baronesa suspira y aparta la vista.*) Pero los demás, no me hables de ellos. Vivir á su lado sería un verdadero infierno. Ya sé á qué atenerme: cambiar de traje cuatro veces al día, dar dos paseos diarios, exhibir sus joyas en comidas, reuniones, bailes y palcos de teatro, recibir visitas de personas indiferentes y visitar á personas á quienes se es indiferente, eternamente representaciones y más representaciones, y en las horas de intimidad, aburrirse al lado de un marido que piensa en su querida ó sueña con la cotización de la Bolsa... Me dan escalofríos cuando contemplo ese cuadro. ¿No sería preferible ser una obrerilla? Mi vida tendría

entonces sus sombras, pero también tendría sus días de sol. Pasaría disgustos, pero también experimentarías alegrías. Pasaría miseria, pero en cambio amaría y sería amada. No me consumiría en este desierto de mi vida actual, fría como el hielo, sin objeto, sin pena ni gloria.

BARÓN.—¡Cuánta afectación! ¡Cuánta palabrería! ¡Quisiera saber de quién has aprendido esas cosas! Seguramente que no ha sido de mí.

BARONESA.—Ni de mí tampoco, bien lo sabe Dios. ¡Esta es la influencia de ese condenado profesor de literatura que durante un año hemos soportado en casa!

DINORAH (*abriendo los brazos*).—¡Decir eso de un alma tan noble de poeta! Las horas que he pasado, sentada á sus pies, oyendo sus inspiradas palabras, serán siempre el recuerdo más luminoso de mi vida.

BARÓN.—Hablas como un libro, hija mía, mejor dicho, como un libro de versos, pero permitenos que descendamos por un momento de las nubes á la tierra. Te he dejado disertar tranquilamente, y sin embargo, hubiera bastado una palabra para cortarle los vuelos á tu inspiración. Voy á decirte esa palabra ahora: el hombre en quien esta vez he pensado para ti no pertenece á esa clase de individuos que te producen tales arrebatos poéticos. Es el barón de Altenberg.

DINORAH.—¡Altenberg! Me parece que he oído hablar de él. (*Con gesto despectivo.*) Si no recuerdo mal, es director de un Banco ó cosa así.

BARÓN (*sonriendo*).—Más le valiera no serlo. Pero eso es secundario. Altenberg es un aristócrata de la más rancia nobleza, ha tenido una educación brillantísima, la propia de un joven que se prepara á entrar en la administración del Estado, y sólo después de cumplir veintitrés ó veinticuatro años mostró inclinación á la Banca... Tu descripción de los hombres de negocios no es aplicable á él. Por lo demás, debe ser un hombre extraordinariamente simpático.

DINORAH.—¿Debe? Pero ¿no lo sabes? ¿No conoces al hombre que destinas para tu única hija?

BARÓN (*sonriendo*).—Tranquilízate. Antes de invitarle á nuestra mesa, me he informado escrupulosamente de sus condiciones. Sé acerca de él todo lo que pueda interesar al padre más circunspecto, más preocupado de la suerte de su hija. Pero en cuanto á su aspecto exterior, no hubiera tenido ningún objeto que yo me informase, ya que á ti y no á mí es á quien debe agradar.

DINORAH (*triste*).—Después de todo, sea como sea, me es igual. No quiero verlo y no lo aceptaré por esposo.

BARÓN (*enérgico*).—Le verás y le aceptarás. Lo quiero yo, que soy tu padre y tengo el deber de hacerte feliz, aunque sea á la fuerza.

DINORAH (*dirigiéndose á la baronesa y arrodillándose delante de ella*).—¡Mamá!

BARONESA (*abrazándola*).—No te aflijas, hija mía, ya sabes que tu padre te quiere.

DINORAH (*levantándose con súbita resolución*).—Si ese Altenberg es tan noble como tú dices, y no un aventurero que busque mis millones, renunciaré á mi mano.

BARÓN.—¡No! No ha nacido el hombre que rechace á la baronesita Liebert, contando con el apoyo de su padre.

DINORAH.—Ya lo veremos. Te digo que renunciaré á mi mano, si tiene un adarme de honor. Si no, peor para él.

CRIADO (*entrando*).—El comerciante en cuadros, señor Maier, acaba de llegar. Trae el Murillo que el señor barón desea ver. Lo he pasado á la galería.

BARÓN.—Está bien. Ya voy.

(*El criado abre la puerta del fondo.*)

BARÓN (*á la baronesa*).—El cuadro te gustará también ¿ti. Maier pide por él ocho mil marcos. (*Al criado al salir.*) Cuando llegue el barón de Altenberg, condúcele al salón y avisame en seguida. Y tú, Dinorah, ve á vestirme.

(*El criado se inclina en una reverencia. El barón y la baronesa salen.*)

## ESCENA III

DINORAH y el CRIADO

DINORAH.—¡Juan!

CRIADO (*que iba á retirarse, se detiene*).—¿Desea algo la señorita?

DINORAH.—Cuando llegue el barón de Altenberg, anúnciame su llegada antes de avisar á papá.

CRIADO.—Á sus órdenes, señorita. (*Vase.*)

DINORAH (*sacando una carta del bolsillo*).—¡Pobre Augusto! ¡No he tenido todavía tiempo de contestarte. (*Lee.*) «Queridísima Dinorah: No puedo vivir sin verte. Eres el sol que me alumbra, el aire que respiro, mi todo. Lejos de ti, soy como un muerto, pero sin la tranquilidad y el reposo de los muertos. Me paso el día y la noche rondando tu casa con la esperanza de vislumbrar el vuelo de tu falda, la sombra de tu cuerpo. Es necesario que te vea, es necesario. Bastará que tú quieras, para que sea así. Todo lo que tú quieres es posible. Muriéndose de nostalgia por verte, te envía miles de besos tu desgraciado Augusto.» (*Se guarda la carta.*) ¡Cuánto me quiere! En atención á eso, le perdono sus faltas de ortografía.

## ESCENA IV

DINORAH y el CRIADO; en seguida RODOLFO  
en traje de *soirée*

CRIADO.—Señorita, el señor barón de Altenberg acaba de llegar.

DINORAH.—Gracias. Dentro de algunos minutos puedes avisar á papá.

*(El criado introduce á Rodolfo y vase.)*DINORAH (*yendo al encuentro de Rodolfo, muy ligera; toda esta escena debe ser muy rápida*).—Yo soy Dinorah de Liebert.

RODOLFO.—Me considero muy dichoso de encontrarme, antes que á nadie, á la más linda portadora de este nombre.

DINORAH.—Excuse usted cumplidos. ¿Usted sabrá sin duda por qué le ha invitado papá?

RODOLFO.—Me figuro que será para conocerme por lo que se ha valido de este medio poco corriente.

DINORAH.—Si esa respuesta es sincera, se equivoca usted.

RODOLFO.—¡Señorita!

DINORAH.—Papá le ha invitado á usted para ofrecerte mi mano.

RODOLFO.—¡Ah!

DINORAH.—Ahora bien, señor barón. Yo no quiero ser su esposa.

RODOLFO.—La galantería me impide responderle que me alegro.

DINORAH.—¡Dicen que soy loca, neurasténica, qué se yo!

RODOLFO (*riendo*).—¡Algo rara!

DINORAH.—Se equivocan. Yo soy muy razonable. Si fuera una loca, me opondría á la voluntad de mi padre, daría lugar á que me desheredara y me maldijera, daría un escándalo, me escaparía de mi casa... Yo no hago nada de eso. Si mi padre insiste en casarme con usted, me resignaré á mi suerte. Pero sepa usted que yo amo á otro hombre, á un hombre que no quieren que sea mi esposo porque no es de mi clase. Si á pesar de todo, consiente usted en casarse conmigo, está bien. Le daré los millones de mi dote, pero le despreciaré á usted y le engañaré. Y si usted se propasa á hacerme un solo reproche, le echaré en cara mi dote, el precio por el cual se habrá usted vendido y vendido su honor. Ahora ya está usted prevenido, caballero; haga usted lo que guste.

RODOLFO (*mirándola compasivo*).—La compadezco á usted, señorita.

DINORAH.—¿Compadecerme? ¿Por qué?

RODOLFO.—¡Qué clase de hombre habrá visto hasta ahora, para decidirse á hablar así á un hombre! (*Con arrogancia.*) No necesita usted amenazar-

me, señorita... Yo sólo me casaré con una mujer que me ame, que temblando de alegría y de pasión caiga en mis brazos, cuando pida su mano. Tranquilícese usted, señorita. No me casaré con usted.

DINORAH (*con pasión*).—Así habla un hombre. ¡Gracias!

RODOLFO.—Verdaderamente no tiene usted por qué darme las gracias.

DINORAH.—Llegan, me voy; no olvide usted lo que hemos hablado. (*Vase por la puerta derecha.*)

## ESCENA V

RODOLFO y el BARÓN LIEBERT

BARÓN (*entrando por la puerta del fondo y yendo hacia Rodolfo con las manos tendidas*).—Bien venido, barón de Altenberg, bien venido en mi casa. (*Se sienta é indica un asiento á Rodolfo.*) Celebro conocerle á usted por fin. Antes de que tuviera el gusto de conocerle personalmente, ya me inspiraba usted las más vivas simpatías.

RODOLFO (*riendo*).—Sí, ya me las ha demostrado usted jugando á la baja con mis brasileños, señor barón.

BARÓN (*sonriendo*).—¡Eso no tiene nada que ver con mis simpatías! En negocios somos natural-

mente enemigos; pero personalmente nada se opone á que seamos los mejores amigos del mundo.

RODOLFO.—Perdone usted: pero ¿por qué hemos de ser naturalmente enemigos en los negocios?

BARÓN.—Su pregunta demuestra que es usted un financiero de nuevo cuño y que ha hecho sus estudios en América. Si se hubiera usted criado en las tradiciones financieras del viejo mundo, sabría usted que nosotros, todos los que constituimos el mundo de las finanzas en Europa, estamos obligados formalmente á atacarle á usted en formación cerrada y á aniquilarle lo más rápidamente posible.

RODOLFO.—¡Son ustedes literalmente unos antropófagos! Por lo demás, un enemigo tan amable como usted, señor barón Liebert, que tiene la atención de advertir á su víctima con toda franqueza de la suerte que le aguarda, no puede menos de hacer concebir á esta víctima algunas esperanzas. En todo caso, su franqueza me anima á suplicarle me inicie un poco en estas tradiciones financieras del antiguo mundo que tan fatales han de serme.

BARÓN.—Si usted ignora realmente por qué somos enemigos y por qué tenemos que serlo, consiento en decírselo á usted para darle una prueba de como, á pesar de mis jugadas á la baja, me es usted extraordinariamente simpático. Vea usted, joven, usted ha cometido á nuestros ojos un error inmenso: usted es un advenedizo.

RODOLFO (*riendo*).—Permitame usted, barón; el calificativo no me cuadra. Bien sabe Dios que no me

envanezco de mi linaje; pero de todas suertes, es un hecho histórico que mis antepasados tomaron parte en la primera cruzada.

BARÓN.—Verdad, querido amigo, y por cierto que en aquella ocasión sus antepasados despellejaron un poco á los míos. Pero esto no nos interesa ahora. En la Bolsa no estiman los pergaminos, sino los papeles, y como financiero su baronía es muy reciente.

RODOLFO.—Convenido. Comprendo lo que quiere decir. Pero también las baronías financieras más antiguas, aun la de usted, barón Liebert, fueron nuevas al principio, y hay que comenzar alguna vez.

BARÓN.—¡Ese es su error, error fatal! No se debe empezar y no queremos que nadie empiece. Usted olvida una circunstancia: la alta finanza constituye hoy una reducidísima aristocracia, en la cual el que llega de fuera no podrá entrar por sus propias fuerzas, en tanto nosotros tengamos poder bastante para impedirselo. Es tan imposible hacerse financiero por su propia voluntad y por sus propios medios, como hacerse príncipe. Para entrar en nuestra casta es preciso ser admitido por nosotros y recibir nuestro espaldarazo.

RODOLFO.—Muy bien. Pero ¿qué obstáculo hay para que yo reciba ese espaldarazo?

BARÓN (*sonriendo*).—Me hace usted pensar en un desconocido de la calle que llegase á presencia del más soberbio monarca de Europa y le pregun-

tase epigramáticamente sin rodeos: Señor, ¿por qué no me hacéis príncipe? Nosotros tenemos un interés supremo en que nuestra clase, nuestra casta no se haga muy numerosa. Nosotros somos en conjunto cinco ó seis grandes casas, que tienen en sus manos todos los intereses financieros del mundo. Los gobiernos dependen de nosotros, porque ningún ministro de Hacienda puede sostenerse sin contar con nuestro beneplácito, ninguna guerra puede emprenderse sin nuestra aprobación. La opinión pública nos está sometida porque mandamos en los periódicos y también, aunque menos directamente, en los Parlamentos. Nosotros sólo provocamos el alza ó la baja; y hacemos lo uno y lo otro porque nos conviene y cuando nos conviene. Nosotros somos los únicos que operamos, todos los demás especulan. Procure usted hacerse cargo de la diferencia que hay entre operar y especular. El especulador teme ó espera acontecimientos, completamente independientes de su voluntad é influencias, y cuyos efectos sólo espera explotar para sí propio; el operador, por el contrario, dirige estos acontecimientos consciente y deliberadamente, y saca de ellos infaliblemente nuevas riquezas. Ahora, vea usted, querido amigo: nosotros sólo operamos cuando estamos seguros de que ninguna potencia financiera puede combatirnos con nuestras propias armas. Esto es lo que ocurre. Nosotros, las cinco ó seis casas mundiales, nos entendemos admirablemente. Nos combatimos algunas veces en nimiedades, pero en los asuntos

importantes siempre estamos de acuerdo. Desde el momento en que dejásemos que se introdujeran entre nosotros elementos nuevos, que fuesen independientes de nosotros, que pudiesen seguir una senda propia, dejaríamos de tener en nuestras manos el cetro del poder absoluto sobre los millones del mundo, no podríamos ya operar, y descenderíamos al nivel de simples especuladores.

RODOLFO.—Lo que me está usted diciendo ahora ya hace tiempo que lo sospechaba, y tiene para mí grandísima importancia verlo confirmado por usted. Pero me parece, sin embargo, que en esta época en que predomina el espíritu de asociación no va á serles fácil á ustedes conservar su despótico poder sobre el mundo. Las sociedades por acciones representan para ustedes lo que la democracia fué para la aristocracia feudal.

BARÓN.—Lamento que se deje engañar por apariencias. La asociación de los capitales modestos podría ser peligrosa para nosotros si el capital modesto fuera independiente; pero ya nosotros cuidamos de impedir que llegue á serlo. ¿Quiénes son los que fundan las compañías por acciones? Nosotros, nuestros instrumentos. ¿Quiénes son sus directores? Nosotros y los testafierros que obedecen á una seña nuestra. Pero desde el momento en que un extraño, un desconocido, se atreve á colocarse á la cabeza de algunos millones coligados para crear un nuevo poder financiero frente al nuestro, independiente de nosotros, nosotros todos nos conjuramos para

tratarlo como á enemigo y ahogar su grandeza en germen.

RODOLFO.—¿De modo que le impiden ser rico á quien no sea una hechura de ustedes?

BARÓN.—¡Oh! Le ruego no interprete mal mis palabras; no he querido decir eso. Nosotros no le impedimos á nadie que se haga rico. Por el contrario, con los pobres no podemos entendernos para nada: nuestras simpatías están con los millonarios. Adquiera usted oro, cree usted riqueza, y le aplaudiremos con el mayor entusiasmo. Esos propietarios de minas africanas y americanas que anualmente sacan de la tierra millones y más millones, esos fabricantes ingleses, esos reyes del petróleo y esos ganaderos australianos que cada día producen nuevos valores, cuentan con todos nuestros aplausos. Pero ellos son, sin embargo, únicamente los usufructuarios de sus millones, que, apenas nacidos, entran á nuestro servicio. Sus millones son los reclutas de que se compone nuestro ejército. Pero nosotros hacemos una distinción precisa entre un hombre rico y un financiero. Millonario séalo usted en buen hora. Pero financiero, nunca. ¿Comprende usted ahora por qué nosotros somos sus enemigos, por qué le combatimos y por qué al cabo hemos de vencerle? *(Pausa.)*

RODOLFO.—Está bien, barón; me produce usted no precisamente miedo, pero sí inquietud... Preferiría que no me hiciera la guerra. ¿No habría algún medio de ingresar en su casta?

BARÓN.—Usted, como miembro de la aristocracia feudal, me comprenderá sin duda mejor que nadie, pues nuestra organización es la misma que la de la antigua nobleza de la espada. Para ser miembro de nuestra comunidad de intereses, hay que ser nuestro vasallo ó que pertenecer á nuestra casta. Nuestros vasallos son los jóvenes que se crían en nuestras oficinas y nos prestan en ellas durante muchos años un asiduo servicio, que nosotros les recompensamos haciéndoles directores de nuestros bancos ó de sociedades por acciones, agentes y representantes nuestros en las ciudades más pequeñas ó colocándolos en una ú otra forma en situación de hacerse millonarios. Estos individuos llevan una existencia brillante, imperan como señores, pero en realidad no son mas que nuestros criados y nunca dejan de estarnos sometidos. Usted, barón, no puede ser nuestro vasallo, pues usted no ha servido bajo nuestra férula, y si ahora quisiera entrar á nuestro servicio, tendría que empezar por lo más humilde. No necesita usted decirme nada, ya sé que no lo haría. Así, sólo le queda el segundo medio de ingresar en nuestra comunidad, ó sea entrando en nuestra casta. *(Cogiéndole la mano.)* Este camino está abierto para usted; es más, yo mismo se lo abro. Usted tiene talento, me es simpático. Pues bien; en nuestra casa hay un puesto libre: el puesto de un yerno. *(Rodolfo hace un rápido movimiento y retira su mano.)* En la mesa conocerá usted á mi hija; trate usted de agradarle, conquiste

usted su corazón y venga usted á pedirme su mano. Le doy por adelantado mi consentimiento.

RODOLFO.—Su amabilidad, barón, me pone en el mayor apuro, pues me es imposible ser su yerno.

BARÓN.—¡Cómo! ¿Imposible? ¿Habla usted en serio? (*Con ironía.*) ¿Le parece á usted poco antigua la nobleza de la baronesita Liebert?

RODOLFO.—Creo que por el hecho de ser banquero, debe usted suponerme libre de esos vanos prejuicios.

BARÓN.—Entonces, ¿qué es ello?

RODOLFO.—Le suplico, barón, no insista. Bástele que yo le diga, con el más profundo pesar, que no puedo...

BARÓN (*conteniéndose*).—¡Ah! ya comprendo. Habrán llegado quizá á sus oídos los indignos rumores que las malas lenguas hacen correr respecto á mi hija.

RODOLFO (*con viveza*).—No, no he oído nada desagradable sobre su hija; pero, puesto que quiere usted saberlo, estoy resuelto á no casarme mas que con la mujer que yo ame.

BARÓN (*sonriendo*).—¡Bravo! ¡Magnífico! ¡No esperaba esa respuesta! ¿Sabe usted, querido Altenberg, que es usted un hombre muy original? ¿Quiere usted casarse por amor? Pero, querido amigo, una mujer es un socio que se toma para el negocio más serio, para lo que se llama la vida. En un socio no se mira mas que si aporta á la sociedad los medios necesarios. Usted se debe conducir lo mejor posible

con su socio, hasta puede usted ser su amigo. Pero para nada necesita usted amarle. Por lo demás, si usted quiere amarle, nada se opone á ello. No seré yo quien se lo impida. Enamórese usted de Dinorah. Esto le vendrá de perlas. ¿Sabe usted que con su temperamento romántico es usted el hombre predestinado para mi hija?

RODOLFO (*con frialdad*).—Celebro verle de tan buen humor. Pero por desgracia no soy lo bastante banquero todavía para saber apreciar sus ingeniosas teorías sobre el negocio de la vida y sobre el socio que debe elegirse, y no estoy por casarme á la orden de nadie. (*Pausa.*)

BARÓN (*levantándose*).—Está bien; lo siento mucho, claro que por usted. Con su negativa se cierra usted el segundo camino, el camino natural para entrar en nuestra comunidad; y así, tendrá que continuar la guerra entre nosotros. Nuestros viejos millones marcharán en orden de batalla contra sus millones nuevos, y los vencerán en campo abierto.

RODOLFO (*levantándose*).—Este rato de conversación ha sido para mí muy instructivo y no lo olvidaré nunca. Le quedo agradecido á usted por haberme abierto nuevos y amplios horizontes. Había creído que podíamos convivir tranquilamente sin hacernos la guerra: hubiera preferido evitar esa lucha. Pero puesto que, como usted ha demostrado, es inevitable, haré todo lo posible por ser un adversario digno de usted. (*Saludando.*) Señor barón Liebert...

BARÓN (*vivamente, estrechando la mano de Rodolfo*).—Pero, barón Liebert, ¿qué le pasa? ¿Adónde va? Ya le he dicho que nuestro estado de guerra financiero no tiene nada que ver con nuestras simpatías personales. Quédese usted, comeremos juntos y charlaremos aún otras dos horitas. (*Yendo á la puerta de la izquierda y abriéndola.*) Baronessa, cuando quieras hacernos el honor...

ESCENA VI

DICHOS y la BARONESA; luego el CRIADO

BARÓN (*á la baronesa, que entra*).—Permítame que te presente á nuestro querido huésped, el barón de Altenberg.

(*Rodolfo y la baronesa se saludan.*)

BARONESA.—¿Quieren ustedes pasar á la mesa?

BARÓN.—Tenga la bondad de darle el brazo á la baronesa. (*Al criado, que aparece en la puerta de la izquierda.*) Juan, diga usted á la señorita que si sigue indispueta no se moleste por nosotros.

(*Reverencia del criado, que vase por la puerta de la izquierda.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Salón de baile en casa del barón Liebert. El primer término lo forma un gabinete muy lujoso y decorado con plantas. En medio un centro, sobre cuyo respaldo descuellan también plantas. Á la derecha una ventana, con ricas cortinas; á la izquierda una puerta abierta, por la cual se vislumbra un invernadero. En el fondo se abre una puerta, con cortinas, que da al salón de baile, espléndidamente alumbrado.

ESCENA PRIMERA

El BARÓN LIEBERT y la BARONESA. Por la puerta abierta del fondo se ven pasar de tiempo en tiempo SEÑORAS y CABALLEROS en traje de *soirée*.

BARÓN.—Estoy muy contento de que Dinorah haya consentido en tomar parte en la fiesta.

BARONESA.—¡Pobre muchacha!

BARÓN.—¿Cómo acogió tus palabras?

BARONESA.—Si te he de decir la verdad, mejor de lo que yo esperaba. Me pareció conveniente prepararla primero, y le dije: «Ese miserable no te ama, te está haciendo víctima de una farsa indigna.» Pero ella me cortó la palabra, diciéndome:

BARÓN (*vivamente, estrechando la mano de Rodolfo*).—Pero, barón Liebert, ¿qué le pasa? ¿Adónde va? Ya le he dicho que nuestro estado de guerra financiero no tiene nada que ver con nuestras simpatías personales. Quédese usted, comeremos juntos y charlaremos aún otras dos horitas. (*Yendo á la puerta de la izquierda y abriéndola.*) Baronessa, cuando quieras hacernos el honor...

ESCENA VI

DICHOS y la BARONESA; luego el CRIADO

BARÓN (*á la baronesa, que entra*).—Permíteme que te presente á nuestro querido huésped, el barón de Altenberg.

(*Rodolfo y la baronesa se saludan.*)

BARONESA.—¿Quieren ustedes pasar á la mesa?

BARÓN.—Tenga la bondad de darle el brazo á la baronesa. (*Al criado, que aparece en la puerta de la izquierda.*) Juan, diga usted á la señorita que si sigue indispuesta no se moleste por nosotros.

(*Reverencia del criado, que vase por la puerta de la izquierda.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Salón de baile en casa del barón Liebert. El primer término lo forma un gabinete muy lujoso y decorado con plantas. En medio un centro, sobre cuyo respaldo descuellan también plantas. Á la derecha una ventana, con ricas cortinas; á la izquierda una puerta abierta, por la cual se vislumbra un invernadero. En el fondo se abre una puerta, con cortinas, que da al salón de baile, espléndidamente alumbrado.

ESCENA PRIMERA

El BARÓN LIEBERT y la BARONESA. Por la puerta abierta del fondo se ven pasar de tiempo en tiempo SEÑORAS y CABALLEROS en traje de *soirée*.

BARÓN.—Estoy muy contento de que Dinorah haya consentido en tomar parte en la fiesta.

BARONESA.—¡Pobre muchacha!

BARÓN.—¿Cómo acogió tus palabras?

BARONESA.—Si te he de decir la verdad, mejor de lo que yo esperaba. Me pareció conveniente prepararla primero, y le dije: «Ese miserable no te ama, te está haciendo víctima de una farsa indigna.» Pero ella me cortó la palabra, diciéndome:

«No hablemos más de ello, mamá.» Entonces le di la primera carta, aquella en que él explica á tu agente que no podía aceptar los cuarenta mil marcos, porque las cartas de Dinorah las estima en el doble y no las daría menos de ese precio.

BARÓN.—Entonces gritaría, se lamentaría, se mesaría los cabellos, ¿no es eso?

BARONESA.—Te equivocas. Leyó la carta, se puso un poco pálida y no despegó sus labios. Yo no me atreví á interrumpir su silencio. Por último, levantó los ojos hacia mí y me dijo con una tranquilidad pasmosa: «Tengo una ilusión menos. Para el corazón, envejecer es perder ilusiones.»

BARÓN.—¿Y eso fué todo?

BARONESA.—Todo. Iba á darle la segunda carta, ya sabes, aquella que contiene la brutal confirmación del recibo de los ciento veinte mil marcos, pero ella la rechazó, diciendo: «No hace falta, mamá; ya sé que ese desgraciado es un ser vulgar y no quiero volver á acordarme de él.» Diciendo estas palabras se levantó y se dispuso á retirarse á su cuarto. Yo aventuré la pregunta de si se encontraba bastante fuerte para presentarse esta noche á nuestros invitados, y me respondió: «Ya lo creo, si eso te agrada...»

BARÓN.—Ya ves que yo tenía razón al decirte que se trataba sólo de un capricho y no de una pasión profunda. Era una fiebre romántica. La medicina que hemos empleado contra ella era amarga; pero, gracias á Dios, ha producido su efecto.

## ESCENA II

DICHOS, el BARÓN ADOLFO DIETRICHS, GUILLERMO (su hijo) y el CABALLERO DE KORTE

DIETRICHS.—¿Así se hacen los honores de la casa? ¿Viniéndose aquí al lugar más escondido para no tener que ver á los invitados?

BARÓN (*tendiendo la mano al que entra, sonriendo*).—¿Por qué llegan ustedes tan tarde? ¡No vamos á estar hasta la media noche en la meseta de la escalera esperando á los rezagados!

DIETRICHS.—Hay que hacer un verdadero viaje de exploración para darte la mano.

BARÓN.—Está el salón tan lleno y hace allí tanto calor, que nos hemos retirado á esta soledad para respirar un poco de aire fresco. Pero tienes razón: debo volver al salón y cumplir con mis deberes de dueño de la casa. (*A Guillermo y Korte, que entretanto han estado hablando con la baronesa.*) Escuchad, daremos una vuelta por el salón y volveremos á reunirnos. Puesto que estamos todos, hablaremos después de un asunto serio.

GUILLERMO.—¿Qué asunto?

BARÓN.—El del Banco Europeo-Americano.

DIETRICHS.—¡Ah!

BARÓN.—Así se ahorran ustedes el tener que venir mañana á mi despacho.

KORTE.—¡De modo que ésta es la primera *soirée* que da usted esta temporada, y la utiliza como un pretexto para una conferencia de negocios!

BARÓN.—¿Y por qué no? Yo no comprendo la distinción que puede haber entre el negocio y el recreo. Para mí, el negocio es un recreo.

GUILLERMO.—Y para mí, el recreo es un negocio. Es la diferencia que hay entre nosotros.

BARÓN.—Esta y otras muchas, amigo mío. Conque, no os vayáis sin que hayamos hablado un poco.

*(Korte ofrece el brazo á la baronesa y la conduce al salón. El barón los sigue.)*

### ESCENA III

#### EL BARÓN DIETRICHS Y GUILLERMO

GUILLERMO.—Mira, papá, mira cómo Korte procura hacerse agradable á la baronesa.

DIETRICHS.—Á la baronesa y á Dinorah.

GUILLERMO.—¡Parece que se hace ilusiones con la muchacha! ¡Que le aproveche!

DIETRICHS.—Querido Guillermo, haces mal en desear á otro buen apetito para un bocado que no te vendría mal á ti.

GUILLERMO.—¡La baronesita Dinorah! No la quiero ni regalada.

DIETRICHS.—¡Sí, porque están verdes!

GUILLERMO.—No, no es por eso. Te aseguro que es que me carga la baronesita.

DIETRICHS.—Naturalmente, porque no te dice nada, porque te muestra la misma frialdad que á todos los demás. ¡Confíesalo, le tienes miedo á Dinorah!

GUILLERMO.—¡Á Dinorah! ¡Ca! Si acaso á su mal genio.

DIETRICHS.—Y sin embargo, Dinorah es un premio al que vale la pena aspirar. No es una muñeca como las demás jóvenes. Tiene sentido, quiere que se preocupen de ella, que se esfuercen por agradarla. Korte va por buen camino, y tú deberías sentir la ambición de humillar á ese rival, de triunfar de esa beldad esquiva.

GUILLERMO.—¡Yo preocuparme por buscar una esposa! Eso es cuenta tuya, papá. Yo está bien que me interese por una amiga.

DIETRICHS.—Eres un libertino incorregible. Dinorah es la heredera más rica de Europa.

GUILLERMO.—¡Está bien, pero yo no soy tampoco un pobrecito!

DIETRICHS.—Naturalmente, y así no tienes para qué preocuparte ni de la mujer ni del dinero. ¡Viva la comodidad! ¿no es eso?

GUILLERMO.—¡Que viva! No hay nada como ella. Pero ¿quién está cantando? *(Acercándose á la*

puerta del fondo.) ¡Pues si es la Fiorini! ¡La divina Fiorini!

DIETRICH. — ¡La Fiorini! ¡Este Liebert es el diablo! ¡Hay que oír! (*Vase con Guillermo.*)

ESCENA IV

KORTE, DINORAH en lujoso traje de *soirée*, con joyas y flores. Durante toda la escena se oyen las cadencias apagadas del piano.

KORTE. — ¿Busca usted la soledad, baronesa?

DINORAH (*dejándose caer en el centro*). — Si, pero no la encuentro.

KORTE. — ¿Le molesto á usted acaso, baronesa?

DINORAH (*con ironía*). — Nada de eso, señor de Korte. Temo molestarle á usted más que usted á mí.

KORTE. — ¿Cómo puede usted pensar eso? (*Pausa. Korte se sienta en un silloncito delante de ella.*) Baronesa, su *toilette* es encantadora. ¡Un poema!

DINORAH (*con sequedad*). — Le transmitiré su juicio de usted á mi modista. Así llegará su elogio á su verdadero destino.

(*Nueva pausa.*)

KORTE. — ¿Va usted á tomar parte en el bazar de beneficencia?

DINORAH. — Aún no estoy decidida.

KORTE. — Decídase usted, baronesa; el fin que se persigue merece su apoyo. El importe de la recaudación se destina, como usted sabe, á la adquisición de un altar para la iglesia metropolitana.

DINORAH. — Si es así, no resulta muy exacta la denominación de bazar benéfico. Aunque sin embargo lo es, pero por otra razón.

KORTE. — ¿Y por cuál? ¿puede saberse?

DINORAH. — Á los caballeros que no saben de qué hablar con sus vecinas de mesa ó en las *soirées*, el bazar les facilita, durante catorce días por lo menos, un bonito tema de conversación, y ya ve usted si eso no es una verdadera obra de caridad.

KORTE (*aparte*). — ¡Diablo de muchacha!

(*Pausa.*)

DINORAH (*de pronto*). — Pero diga usted, señor de Korte, ¿usted no tiene una... vamos... una amiga... ó por lo menos no la ha tenido alguna vez?

KORTE (*sorprendido*). — ¿Una amiga? ¿Qué quiere usted decir?

DINORAH. — Sí, una de esas amigas á las cuales los caballeros de buena sociedad acostumbran á hacer la corte entre los bastidores de los teatros ó en otros lugares no menos distinguidos.

KORTE. — ¡Baronesa, por Dios!

DINORAH. — Su turbación es una prueba de su virtud. Por lo demás, no crea que le pregunto para arrancarle confidencias. Quería decir otra cosa.

¿No es verdad, señor de Korte, que estas criaturas no exigen que los hombres hagan por ellas derroches de ingenio, ni se preocupen de interesarlas y distraerlas? ¡Son ellas, por el contrario, las que divierten á los hombres! (*Hablando consigo misma.*) ¡Qué criaturas tan envidiables aquellas con las cuales no hay que poner en tortura el cerebro, á cuyo lado se puede callar y oír y reírse! Verdaderamente comprendo y disculpo á los hombres que las prefieren á nosotras.

KORTE (*picado*).—Perdone, baronesa; pero entre las damas del gran mundo hay unas más exigentes que otras.

DINORAH (*riendo*).—No me gustan las frases generales. Sea usted franco y diga claro que soy muy exigente.

KORTE.—No quería decir eso.

DINORAH.—¡Dígalo, está usted en su derecho! Soy exigente y no lo niego. Pero ese es un cumplimiento que yo hago á los hombres. *Noblesse oblige*. No en vano se les llama los reyes de la creación. (*Pausa. De pronto.*) Quiero contarle á usted una historia. ¿Ha oído usted hablar de la reina de Saba?

KORTE.—Sí, quiero recordar que era una señora bíblica algo extravagante.

DINORAH.—Efectivamente, tuvo la extravagancia de hacer un viaje de muchas leguas para conocer á un hombre que tenía fama de talentudo. ¡Era sin duda una persona muy exigente! Llegó á la corte del sabio Salomón, y éste le asignó para su

servicio, durante su estancia en Jerusalén, á su más astuto cortesano. No sé si no sería lo bastante listo ó si la fama de que venía precedida la reina le cohibía; lo cierto es que no logró quedar á la debida altura. Á las pocas palabras que cambió con la reina, ésta empezó á tomarle el pelo, dirigiéndole epigramas á los que él no sabía qué contestar; se hacía un lío y se veía en tales apuros, que al poco tiempo optó por retirarse y volverse al rey Salomón; y así lo hizo, diciéndole al rey: «Señor, envíame contra el enemigo más terrible, pero no me envíes al lado de esta endiablada mujer.» Salomón entonces nombró á otro de sus cortesanos más hábiles para ese desagradable servicio; pero á éste le fué tan mal como al primero. No acertó á decir sino tonterías en presencia de la reina, fué objeto de irrisión y tuvo que dejar el campo. De esta manera, en un solo día desfilaron ante la descontentadiza reina de Saba diez de los cortesanos de Salomón. El undécimo tuvo una idea salvadora. Se fingió mudo y se limitó á reír todo lo que decía la reina y á dirigirla por toda respuesta una expresiva é intencionada mirada. En vista de eso, echóse á reír la reina, y dijo: «No sé si tienes talento, pero puedo afirmar, al menos, que no eres tonto.»

KORTE.—Tiene mucha gracia. Pero ¿de dónde ha sacado usted esa historia?

DINORAH (*señalando á la frente*).—De aquí. (*Pausa.*) Diga usted, señor de Korte, ¿qué hubiera usted hecho si hubiese sido cortesano de Salomón?

KORTE.—Yo... hubiera hecho el amor á la reina de Saba.

DINORAH (*con frialdad*).—Dudo que la reina de Saba se hubiera divertido... Pero voy al invernadero á ver mis plantas. Las plantas son como el undécimo cortesano del rey Salomón. Distraen, aunque no hablen. ¿Y quién sabe si precisamente porque no hablan? (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V

KORTE; en seguida DIETRICHS y GUILLERMO

KORTE (*mirando salir á Dinorah*).—¡Tiene el demonio en el cuerpo! ¡Verdaderamente, cuando se han de heredar ciento veinte millones se puede uno permitir ese lujo!

(*Se oyen aplausos en el salón. Korte da un paso para dirigirse á la puerta.*)

DIETRICHS (*entrando con Guillermo*).—¡Es divina la Fiorini! ¡Qué timbre de voz! ¡Qué extensión! Pero no sabía que cantase en las casas particulares.

KORTE.—Sí, canta, pero en las casas de primer orden.

DIETRICHS.—Ya se comprende. ¿Sabe usted, por casualidad, qué le habrán pagado?

KORTE.—El barón Liebert, según he oído, le paga diez mil marcos por cada velada.

GUILLERMO.—¿Diez mil marcos? Entonces voy á llevarla á mi casa para que me cante.

KORTE.—¡Oh! Diez mil marcos es el precio para las casas donde hay señoras. La tarifa para solteros no la conozco.

GUILLERMO.—¡Es una lástima!

ESCENA VI

DICHOS y el BARÓN LIEBERT

DIETRICHS (*á Liebert*).—Hay que felicitarte por este número. Canta maravillosamente la Fiorini.

LIEBERT.—¿Os ha gustado?

GUILLERMO.—¡Soberbia!

LIEBERT.—¿Y de mi Murillo no me decís nada?

DIETRICHS.—¿Pero lo has comprado?

LIEBERT.—Naturalmente, en ochenta mil marcos.

DIETRICHS.—Mayer me lo había ofrecido. Pero era demasiado caro.

LIEBERT.—Ya me lo había dicho Mayer, y me admira que hayas dejado escapar esa joya.

DIETRICHS.—¡Joya! ¡joya! Es muy hermoso. Pero ¿quién compra hoy cuadros antiguos? Están

pasados de moda: yo he vendido todos mis cuadros antiguos y he invertido el producto en comprar obras de contemporáneos. Son los que hoy cuestan más caros.

LIEBERT.—Es verdad, pero yo me hago el razonamiento siguiente. Los antiguos maestros gozan ya de su fama hace tres siglos, los nuevos sólo desde hace diez años. Diez años pueden equivocarse, tres siglos es más difícil que se equivoquen; y así, me decido por los tres siglos. Mi cálculo es más sólido que el tuyo.

DIETRICHS.—Algo hay de verdad en eso. Pero mira, en cuanto note que los cuadros modernos bajan de precio, me deshago de ellos y me dedico á comprar cuadros antiguos.

LIEBERT.—¡Excelente! Pero dejemos estas historias de cuadros y vamos á ocuparnos un poco del Banco Europeo-Americano. (*Va á la puerta del fondo y corre la cortina.*) Es tiempo ya de que procedamos enérgicamente contra Altenberg; de lo contrario, nos va á aplastar á todos. Aun prescindiendo de la independencia con que trabaja sin contar con nosotros, que debía ser bastante para que le diéramos en los nudillos, su existencia sólo es un peligro directo para la plaza.

DIETRICHS.—¿Un peligro?

LIEBERT.—¡Indudablemente! Detrás del barón de Altenberg se oculta el capital americano, que sólo aguarda una ocasión para inmiscuirse en nuestras operaciones. Los millones brotan allí con tal

facilidad de las minas de petróleo y de plata y de los criaderos de ganado, que sus dueños los ponen en el tapete sin que se les altere un músculo de la cara. Ahora bien; ¿te sientes con ánimos para luchar con una especulación que no se preocupa de nuestros intereses y cuyo único principio de táctica es realizar atrevidos golpes de mano, poniendo en peligro la vida?

DIETRICHS.—Gracias. Para hacer eso, preferiría irme á Mónaco y jugarme el dinero á la ruleta.

LIEBERT.—¡Muy bien! Pues por eso debemos de acabar cuanto antes con Altenberg y su Banco.

DIETRICHS.—¿Cuánto crees tú que nos podrá costar eso?

LIEBERT.—Él tiene entre manos varios negocios brillantes, y tendremos que hacer algunos sacrificios si queremos estropearle estos negocios. Pero con un fondo de pérdidas de diez millones podríamos lograrlo.

DIETRICHS.—¡Diez millones! ¡Algo carillo es!

LIEBERT.—Pues no hay más remedio. Sacrificando ahora esa cantidad, nos reintegraremos luego con intereses; pero si dejamos que prospere el Banco Europeo-Americano, perderemos muchísimo más.

DIETRICHS.—Tienes razón. ¿Y cómo distribuyes esos diez millones?

LIEBERT.—Yo doy seis millones, vosotros dos tres y Korte uno. ¿Estáis conformes?

TODOS.—Conformes.

LIEBERT.—Y si la operación, por cualquier causa imprevista, nos costase más, yo pondré el resto. Ahora oid mi plan de campaña, que nos promete rápida y segura victoria. Usted, Korte, como director del Banco Nacional, es el que debe romper el fuego, retirando á Altenberg el crédito que tiene en el Banco.

KORTE.—Ya podía usted haberme encargado de un papel más lucido. ¡Piense usted qué odiosa parecerá esa medida que nada justifica y cuántas enemistades y antipatías voy á acarrear!

LIEBERT.—Eso será unos días, querido amigo; dentro de algunas semanas habremos derribado á Altenberg, y entonces dirán todos: ¡qué vista tiene ese Korte! Cuando todo el mundo creía que las cosas del Banco Europeo-Americano iban tan bien, ya él había olido á podrido.

KORTE.—Está bien; le retiraremos á Altenberg el crédito. ¿Qué más?

LIEBERT.—Ha comprado, como sabéis, en doce millones las minas de carbón de Tiefental, que habían quebrado, en la creencia de que va á construirse el ferrocarril de la costa que pasa por Tiefental. Este ferrocarril ha de seguir otro trazado, y cuando Altenberg lo sepa ya se dará por contento con deshacerse de sus minas á cualquier precio. Sus seis milloncitos se le irán como si fueran un puñado de marcos.

DIETRICH.—¡Alto ahí! Aquí el plan tiene un punto flaco. Según mis referencias, el gobierno ha

prometido ya unir el ferrocarril costero con Tiefental.

LIEBERT.—Sí, ya lo sé; pero el gobierno tendrá que tragarse su promesa. Y si no pareciera muy bien dispuesto á ello, lo que me sorprendería mucho, todo se reduciría á procurarse mayoría en la Cámara de diputados para que fuese rechazada la proposición del gobierno. De esto me encargo yo. Yo respondo de la ejecución de este punto de nuestro plan de campaña.

DIETRICH.—¡Ah! Si tú te encargas de ello, es cosa hecha.

LIEBERT.—Pero con el fracaso del asunto Tiefental no está hecho todo. Hay que malograr también el empréstito brasileño.

DIETRICH.—Ese es el punto más difícil.

KORTE.—No hay que esperar nada de las compras ficticias. Los brasileños están en buenas manos. Hay poco material flotante. Si compramos, tenemos que esconder el bulto, y á la primera demanda que se haga en la Bolsa subirán de un modo loco los valores brasileños.

LIEBERT.—Ya lo sé, joven, y (*irónico*) le felicito á usted por saberlo también. No he pensado un momento en jugar á la baja los brasileños. Se me ocurre una idea algo mejor. Debemos esparcir el rumor de complicaciones internacionales que amenazan al Brasil con una guerra, y no dudéis que bastará esto para que nadie le dé un marco á Altenberg.

GUILLERMO.—¡Magnífica idea!

DIETRICHS.—De todos modos es mucho más barato que simular ventas que podrían colocarnos en una situación comprometida.

LIEBERT.—Y ahora, vamos al último punto. Altenberg viene trabajando hasta ahora con un capital por acciones de diez y seis millones. Puesto que ha gastado ya seis millones en la compra de las minas de Tiefental; siendo así que para su participación en el empréstito brasileño de cien millones tiene presupuestados veinte millones, pues esta es la primera cláusula de su convenio con el gobierno; como además tiene invertidos por lo menos cuatro millones en los negocios corrientes de Banco y Bolsa, debe haber gastado desde que abrió su Banco al público lo menos catorce millones. Esta es una situación peligrosa para un Banco nuevo, que al primer rumor alarmante está expuesto á una avalancha de reclamaciones.

KORTE.—Altenberg no ignora que está en la boca del lobo, y trata de tomar sus precauciones. Va á emitir doscientas mil acciones nuevas con ciento sesenta marcos de pago y cien marcos de prima. Esto lo pondrá de nuevo á flote.

LIEBERT.—Sí, si el público compra las acciones. Sólo que nuestras primeras operaciones harán perder la prima á las acciones nuevas y harán fracasar también la emisión. ¡Tomemos el mayor número de acciones que podamos del Banco Europeo-Americano!

DIETRICHS.—Cuidado, barón; las acciones están en buenas manos.

LIEBERT.—En buenas manos que se abrirán para nosotros. Uno de los consejeros de administración del Banco, el diputado doctor Fahl, está con nosotros. Procura hacer méritos para que le demos una plaza de consejero en nuestro Banco de crédito, y se la daremos. Posee él solo mil acciones, que está dispuesto á cedernos con el mayor sigilo.

KORTE.—¡Bah, mil acciones!

LIEBERT.—Fijese usted; no dejará de hacer cierta impresión el que dos ó tres días seguidos, á la apertura de la Bolsa, se ofrezcan con algún ruido trescientas, hasta quinientas acciones del Banco á cualquier precio. Por lo demás, no se reduce todo á las mil acciones de Fahl; ya nos indicará él dónde podemos procurarnos otras. La cosa, pues, es muy sencilla. Adquirimos todas las acciones que podamos y las lanzamos al mercado. Para no comprometer su nueva emisión, tendrá Altenberg que comprarlas todas: á pesar de ello, la emisión fracasará por efecto de nuestras otras operaciones, el día de la liquidación no encuentra medios para comprar las acciones que le ofrecemos, y entonces, ya le tenéis con el agua al cuello.

DIETRICHS.—Y entonces, aprovecho la ocasión para brindarle un puesto importante en mi casa, pues Altenberg es un muchacho de porvenir.

KORTE.—Tendremos que hacernos la competencia, pues también yo necesito un joven así.

LIEBERT.—Ese asunto ya lo resolveréis. Ahora, ya os he expuesto mi plan de campaña. Retirarle el crédito, frustrar la construcción del ferrocarril de Tiefental, impedir el empréstito brasileño, hacer que se malogre la emisión de nuevas acciones: he aquí los actos de la comedia financiera, que ha de divertirnos estos días. Y además, para preparar el ánimo de los espectadores, baja en toda la línea.

GUILLERMO.—¿Podemos levantar la sesión? Quiero bailar un poco, si usted no se opondrá.

LIEBERT.—Baile usted hasta que no pueda más. (*A Dietrichs.*) Ahora, puesto que estamos de acuerdo, voy á hablar un poco del empréstito brasileño con el ministro de la Argentina. Le he invitado con este objeto.

#### ESCENA VII

DICHOS, el PRESIDENTE DEL CONSEJO  
y la BARONESA LIEBERT

BARONESA (*del brazo del ministro*).—Su Excelencia el presidente del Consejo quiere despedirse de ti.

PRESIDENTE.—¡Cómo! ¿Se esconde usted en el fondo de su palacio y se oculta detrás de las cortinas? Sin mi amable conductora no hubiera dado con usted. (*Besa la mano de la baronesa.*)

LIEBERT.—Es usted muy amable, Excelencia. ¡Tomarse el trabajo de buscarme! (*A Korte.*) Tenga usted la bondad, querido amigo, de decir al ministro de la Argentina que no se retire sin hablar conmigo.

(*Korte, Dietrichs, Guillermo y la baronesa se retiran, haciendo una ligera reverencia al presidente.*)

#### ESCENA VIII

EL PRESIDENTE y LIEBERT

PRESIDENTE.—Celebro mucho que nos hayamos quedado solos, querido barón, pues le confieso francamente que he venido para hablar con usted de importantes asuntos.

LIEBERT (*ofreciendo un asiento al presidente y sentándose él también*).—Ahora tenemos ocasión.

PRESIDENTE.—Le suplico me dispense si en una noche de fiesta le importuno hablándole de negocios; pero en los momentos actuales debo evitar todo paso que pueda dar lugar á hablillas, y mi presencia en esta *soirée* no ha de ser tan notada como si le visito en su despacho.

LIEBERT.—Tiene usted razón. Estoy completamente á sus órdenes.

PRESIDENTE.—Entonces, si usted me lo permite, vamos al asunto. El gobierno ha tenido hoy en la interpelación sobre el problema religioso una mayoría de dos votos.

LIEBERT.—Ya lo sé.

PRESIDENTE.—Y temo que pasado mañana, en el debate sobre los nuevos impuestos, no tengamos ni esos dos votos.

LIEBERT.—Efectivamente; ¡por desgracia, no es imposible!

PRESIDENTE.—Pero aunque no se llegue á este caso extremo, es absolutamente imposible gobernar con dos votos de mayoría.

LIEBERT.—¿Piensa usted acaso en dimitir?

PRESIDENTE.—No, pero me propongo disolver la Cámara y hacer un llamamiento al país.

LIEBERT.—¡Ah!

PRESIDENTE.—¿Qué le parece á usted mi plan?

LIEBERT.—Siempre que se revista de energía y que sus periódicos le secunden, puede tener un éxito.

PRESIDENTE.—Lo tendré, lo tendré, si usted me promete su colaboración.

LIEBERT.—¿En qué puedo servirle?

PRESIDENTE.—Ante todo, hay que provocar un alza en la Bolsa cuando yo declare que pienso disolver la Cámara.

LIEBERT.—¡Diablo! ¡Un alza! ¡Y en estos momentos en que por otros motivos preparábamos una baja en toda la línea!

PRESIDENTE (*asustado*).—¡Por Dios! Eso no puede ser: si usted responde con una baja á la disolución del Parlamento, nos causará un daño enorme. El país tomará la baja bursátil como una señal de confianza en la oposición, y ésta contará con más votos en las nuevas elecciones.

LIEBERT (*pensativo*).—No lo niego, señor Presidente; lejos de mi ánimo negarlo. Pero es una fatalidad que, precisamente ahora, se crucen de por medio grandes intereses que reclaman una baja. (*Pausa. De pronto.*) Sin embargo, acaso se pueda arreglar la cosa. ¡Pero ya sabe usted, Presidente: una mano lava la otra!

PRESIDENTE (*con viveza*).—¡Claro, claro!...

LIEBERT.—Pues bien, Presidente; usted tendrá un alza, ¡más aún! haremos que los valores suban cada vez que salga triunfante un candidato ministerial.

PRESIDENTE.—¡Bravo, bravo!

LIEBERT (*levantándose*).—Pero para esto será preciso que retire usted el proyecto de ley relativo al ferrocarril de la costa...

PRESIDENTE.—¡Retirado!

LIEBERT.—Reemplazándolo por otro en el que se asigne al proyectado ferrocarril un trazado diferente.

PRESIDENTE.—¡Otro trazado!

LIEBERT.—Sí; el ferrocarril no ha de pasar por Tiefental, sino por el lado de acá de la montaña de Tann.

PRESIDENTE (*por lo bajo*).—¡Imposible! ¡imposible!

LIEBERT.—Siento mucho, Presidente, oírle decir á usted imposible. El trazado actual del ferrocarril exige la construcción de un túnel que perfora la montaña de Tann, y que costará cuatro millones; esa suma podría economizarse haciendo que el ferrocarril costeara la montaña sin tocarla.

PRESIDENTE.—¡Pero, barón, el ferrocarril tiene precisamente por objeto poner á los bosques de la montaña de Tann en comunicación con el mar, con la capital, con el mundo! Es el cumplimiento de los sagrados deberes del Estado para con una provincia que hasta ahora estuvo olvidada.

LIEBERT.—El Estado cumplirá más tarde ese sagrado deber, dentro de diez, de quince años, cuando aumente el Tesoro; hasta entonces, que esperen el bosque de Tiefental y todos los demás bosques.

PRESIDENTE.—No, barón; pídamle usted otra cosa. Hemos dado nuestra palabra á los grandes terratenientes y á los representantes de la región. La Comisión de ferrocarriles ha aprobado la nueva línea: ¿con qué pretexto íbamos á alterarla?

LIEBERT.—¿Qué pretexto mejor que el del túnel, que cuesta cuatro millones?

PRESIDENTE.—¡Dejemos esto por el momento! Cuando se reuna la nueva Cámara ya volveremos á estudiar el asunto.

LIEBERT.—Lo siento mucho, Presidente; pero

hay que dejarlo ultimado antes que sea disuelta la Cámara.

PRESIDENTE (*dando vueltas por la habitación*).—Esa región es adicta al gobierno. Pero si la defraudamos en su ilusión de tener un ferrocarril, nos enviará cinco diputados de oposición.

LIEBERT (*riendo*).—Ya se proporcionará usted con creces esos cinco votos en otro distrito.

PRESIDENTE.—¡Y no es eso todo! En Tiefental hay desde hace tres meses y medio, desde que se suspendieron las labores de las minas de carbón, cinco mil mineros sin trabajo. Á estos obreros podría proporcionárseles trabajo en las obras del ferrocarril hasta que las minas volviesen á reanudar sus labores. Si les quitamos á estos cinco mil obreros la última esperanza de encontrar trabajo, seguramente nos acarreamos un motín; ¡y esto es lo que nos hacía falta en época de elecciones!

LIEBERT.—No se alarme usted por eso. Ya encontrará usted el medio de dar pan á esos cinco mil obreros durante el periodo electoral.

PRESIDENTE.—Se necesitaría por lo menos un millón.

LIEBERT.—Cuenta usted con él... Pero debo recordarle que ya es tiempo de que el señor de Korte obtenga su baronía.

PRESIDENTE.—Se la daremos, con el mayor gusto. Pero ¿qué vamos á hacer con esos obreros después que pasen las elecciones?

LIEBERT (*encogiéndose de hombros, irónico*).—Ya

tendrá hasta entonces el gobierno tiempo de pensarlo. Después de las elecciones, que se mueran de hambre, que emigren, que hagan lo que quieran; debe tenernos sin cuidado. Ahora, durante el período electoral, estamos en condiciones de entretenernos: aprovechemos la ocasión. Pasado el momento del peligro, ya no nos importan.

PRESIDENTE.—¿Podría usted decirme al menos por qué se opone á que se construya el ferrocarril de Tiefental?

LIEBERT.—¡Oh! ¿por qué no? El barón Dietrichs y yo hemos comprado extensos terrenos y queremos que el ferrocarril de la costa pase por nuestras posesiones.

PRESIDENTE (*suspirando*).—¡Ah! Pero si es así, pueden ustedes aguardar hasta después de las elecciones.

LIEBERT.—Presidente, tengo que insistir sobre lo que ya he dicho. La primera condición para que le prestemos á usted nuestro apoyo es que el gobierno presente inmediatamente un proyecto señalando al ferrocarril de la costa un nuevo trazado.

PRESIDENTE.—¿Y si la Cámara rechaza el proyecto?

LIEBERT (*riendo*).—Uniremos nuestros esfuerzos con los suyos para que el gobierno tenga mayoría.

PRESIDENTE (*suspirando*).—Con usted no se puede, barón. Sea, pues; presentaremos el proyecto. Y de ese modo contamos con un alza importante y

(*recalcando*) con su apoyo durante las elecciones, ¿no es eso?

LIEBERT.—Conformes. Usted tendrá su alza, un alza importante, se lo prometo; y además, contribuiremos con treinta millones á los gastos electorales. Pero no se olvidará usted de la baronía para el señor de Korte, ¿verdad?

PRESIDENTE (*levantándose*).—Claro que no, barón, claro que no. Y puesto que estamos en el capítulo de las concesiones recíprocas, ¿no podría usted hacer algo por el duque de Heiligenfeld?

LIEBERT (*en pie*).—¡Cómo! ¿Tan mal está el duque?

PRESIDENTE.—Está completamente arruinado y no podemos ver sin sentimiento que pierda su brillante posición en la sociedad.

LIEBERT.—¿Pero así están las cosas?

PRESIDENTE.—Así, barón.

LIEBERT.—Entonces tenga usted la bondad de decir al duque que puede comprar en la Belsa, mañana ó pasado mañana, un millón fin de mes. (*Recalcando.*) También puede usted decírselo á todas las personas por cuyo bien se interese. Si el duque no tiene fondos, yo se los facilitaré con el mayor gusto. Con esto podrá arreglarse por lo pronto. Y más tarde ya encontraremos para él alguna plaza de presidente ó consejero.

PRESIDENTE.—Mil gracias, querido barón; me ha quitado usted un gran peso de encima.

## ESCENA IX

## LIEBERT y el MINISTRO DE LA ARGENTINA

MINISTRO.—El señor de Korte me ha dicho que tenía usted algo que comunicarme. Esperaba que el presidente del Consejo lo dejase á usted, para ponerme á sus órdenes.

LIEBERT.—Es usted muy amable. Perdóneme usted que le haga una pregunta así, á quema ropa: ¿tiene usted ascendiente con el gobierno de su país?

MINISTRO (*sentándose*).—Usted sabe, probablemente, señor barón, que el presidente de la República es tío mío y mi cuñado ministro de Negocios Extranjeros.

LIEBERT.—Muy bien. Me han asegurado que la Argentina va á contratar otro empréstito.

MINISTRO.—Efectivamente; he recibido yo el encargo y la plenipotencia de gestionar el empréstito.

LIEBERT.—Ya lo sabía. Pues bien; yo le hago á usted el empréstito, siempre que usted pueda conseguirme lo siguiente. Entre la Argentina y el Brasil hay ciertos asuntos de fronteras que no acaban de arreglarse.

MINISTRO (*riendo*).—Ni se arreglarán nunca.

LIEBERT.—Pues yo tengo interés en que esa disconformidad se haga pública. Recomiende usted

por cable al ministro de Negocios Extranjeros que dirija al gobierno brasileño una nota de tonos amenazadores, exigiéndole la inmediata delimitación de las fronteras dudosas.

MINISTRO.—¡Pero esa nota nos acarrearía graves complicaciones!

LIEBERT.—Eso es lo que se busca precisamente. El Brasil contestará á la nota con arrogancia, quizá con bravatas. En este caso, le dirigen ustedes un ultimátum...

MINISTRO.—¡Pero eso equivaldría á declarar la guerra! ¡Y no estamos preparados!

LIEBERT.—Tampoco lo está el Brasil. Está usted tranquilo, no habrá guerra. Cuando ya estemos en el ultimátum, cuidaremos de que una tercera potencia, nuestro propio gobierno ó Inglaterra, tercié en la contienda y les reconcilie á ustedes con el Brasil.

MINISTRO.—Perdone usted, barón; pero si la Argentina se lanza ahora á propósitos belicosos, no habrá medio de evitar que fracase el empréstito.

LIEBERT.—Ya he tenido el honor de decir á usted que yo me encargo del empréstito. Por lo tanto, no tiene usted que preocuparse de este punto. ¿Puede y quiere usted acceder á mis deseos?

MINISTRO.—Puedo y quiero, ya que usted me garantiza que sólo se trata de un juego diplomático sin consecuencias serias para mi país.

LIEBERT.—Claro que se lo garantizo á usted.

## ESCENA X

DICHOS Y MAERZNER

MAERZNER (alzando la cortina y asomando la cabeza). —Perdón... no sabía... (Retira la cabeza.)

LIEBERT (alto). —¡Entre usted, querido Maerzner, va usted á saber una noticia interesante!

MAERZNER (entrando). —Si es así, no tengo por qué ser discreto. El averiguar noticias es mi profesión.

LIEBERT. —Permitame usted que le presente al señor de Maerzner, redactor-jefe del *Tagesboten*... El señor ministro de la Argentina. (Ambos se saludan.) Su Excelencia acaba de comunicarme que su gobierno se propone dirigir un ultimátum al Brasil á propósito de un litigio de fronteras. Hay una interesante guerra en puerta. Un bonito título para un artículo.

MAERZNER. —Sí. ¡Guerra en puerta! ¡Lástima que sea en América! Eso siempre le quita algo de interés. Sin embargo, la noticia es importante.

LIEBERT. —¿Y no es cierto, señor ministro, que si usted recibe la nota de su gobierno se la dará á conocer al señor de Maerzner antes que á nadie?

MINISTRO (inclinándose). —¡Cómo no!

LIEBERT (á Maerzner). —Ya ve usted que no tie-

ne un colaborador más activo que yo. Pero usted, señor ministro, cuente con mis gracias anticipadas, pues espero que tendrá al corriente de todo lo que ocurra en este incidente al *Tagesboten*.

MINISTRO (á Maerzner). —Estoy enteramente á su disposición. (A Liebert.) Barón, no dude que cumpliré mi palabra; no dudo que usted se acordará de la suya.

LIEBERT. —Espero que no lo dudará usted.

(Vase el ministro.)

## ESCENA XI

LIEBERT y MAERZNER; en seguida KORTE

LIEBERT. —Hay más noticias. Pero de Europa. (Entra Korte.) Acaba de decirme el presidente del Consejo que el gobierno retira su proyecto de ferrocarril costero, señalando á éste un nuevo trazado del que queda excluida la montaña de Tann.

MAERZNER. —¡Es sorprendente! ¡El proyecto habla caído tan bien! Tengo que interpelar ahora mismo al ministro sobre este asunto, á ver si consigo sacarle algunos detalles. (Vase.)

UNIVERSIDAD DE STEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

## ESCENA XII

LIEBERT y KORTE

KORTE.—¡Despliega usted una actividad admirable, barón Nataniel!

LIEBERT.—¡No debe ser una sorpresa para ustedes! Pero nuestro plan de campaña ha sufrido una modificación. No hay que producir una baja general en la Bolsa, pues le he prometido al presidente del Consejo una fuerte alza para la próxima disolución de la Cámara.

KORTE (*sorprendido*).—¡Ah!

LIEBERT.—Sí, y hay que notificar en seguida este cambio á Dietrichs, para que mañana á primera hora no se combatan por error nuestros agentes en la Bolsa.

## ESCENA XIII

KORTE y DINORAH en la puerta de la izquierda

DINORAH (*á Korte, que se dispone á irse*).—¡Tenga la bondad, señor de Korte!

KORTE (*volviéndose, sorprendido*).—¿Está usted aquí, baronesita?

DINORAH.—Ya lo está usted viendo. El acaso me ha obligado á ser indiscreta. Cuantas veces he querido volver del invernadero á la sala, he encontrado corrida la cortina y el gabinete ocupado por un grupo de señores que conferenciaban.

KORTE.—¿Y ha oído usted lo que hablábamos?

DINORAH.—Sin querer. Me ha parecido adivinar que esos señores tramaban un plan muy bien ideado contra alguien. ¿Contra quién, lo sabe usted?

KORTE.—Si no lo ha oído usted no debo decirselo.

DINORAH.—¡Digamelo usted! ¡Yo soy de casa!

KORTE.—Pues bien; los golpes van contra el barón de Altenberg.

DINORAH.—¡Altenberg! ¡Me lo había figurado!

KORTE.—¿Lo conoce usted, baronesa?

DINORAH.—No; es decir, muy superficialmente: le he visto una vez con papá. ¿De modo que contra él se había reunido este tribunal secreto? ¿Y cree usted que sucumbirá?

KORTE (*riendo*).—Tan seguro, como que usted es la criatura más interesante que conozco.

DINORAH (*pensativa*).—Es verdaderamente indigno combatir con tales ventajas á un enemigo desapercibido. ¿No es verdad que me tendrá usted al corriente de lo que ocurra?

KORTE.—¡Me parece, baronesa, que se interesa usted por Altenberg!

DINORAH.—Ya le digo á usted, señor de Korte, que no tengo el gusto de conocerlo.

## ESCENA XIV

Dichos y GUILLERMO

GUILLERMO (*entrando con rapidez*).—La están buscando á usted por todas partes, baronesa. ¿No quiere usted volver al salón? En este momento empieza el cotillón.

DINORAH (*aceptando el brazo de Korte*).—¡La danza en torno al becerro de oro!

KORTE.—¡Magnífico! Permitame usted adoptar la palabra, baronesa. (*A Guillermo, por lo bajo*). Indudablemente, no está en su juicio.

(*Vanse todos.*)

## TELÓN RÁPIDO

DIRECCION GENERAL DE

## ACTO CUARTO

La decoración del primer acto

## ESCENA PRIMERA

RODOLFO y una comisión de OBREROS y tres MIEMBROS

RODOLFO (*de pie. A los representantes obreros, también de pie*).—Digan ustedes á sus compañeros que les agradezco la confianza que en mí ponen y que acepto con gusto mi candidatura para diputado. Si salgo triunfante por Tiefental...

OBRERO 1.º—Su elección es segura, señor barón...

RODOLFO.—Gracias. Si mi candidatura triunfa, tendré que cumplir en el Parlamento un deber sagrado. Me dedicaré á desenmascarar ante el pueblo á la camarilla de financieros que tiene dominado al gobierno y que explota al país en provecho propio. En cuanto á lo que han hecho en vuestro distrito, es una vergüenza.

LOS OBREROS.—¡Una iniquidad!

## ESCENA XIV

Dichos y GUILLERMO

GUILLERMO (*entrando con rapidez*).—La están buscando á usted por todas partes, baronesa. ¿No quiere usted volver al salón? En este momento empieza el cotillón.

DINORAH (*aceptando el brazo de Korte*).—¡La danza en torno al becerro de oro!

KORTE.—¡Magnífico! Permitame usted adoptar la palabra, baronesa. (*A Guillermo, por lo bajo*). Indudablemente, no está en su juicio.

(*Vanse todos.*)

## TELÓN RÁPIDO

DIRECCION GENERAL DE

## ACTO CUARTO

La decoración del primer acto

## ESCENA PRIMERA

RODOLFO y una comisión de OBREROS y tres MIEMBROS

RODOLFO (*de pie. A los representantes obreros, también de pie*).—Digan ustedes á sus compañeros que les agradezco la confianza que en mí ponen y que acepto con gusto mi candidatura para diputado. Si salgo triunfante por Tiefental...

OBRERO 1.º—Su elección es segura, señor barón...

RODOLFO.—Gracias. Si mi candidatura triunfa, tendré que cumplir en el Parlamento un deber sagrado. Me dedicaré á desenmascarar ante el pueblo á la camarilla de financieros que tiene dominado al gobierno y que explota al país en provecho propio. En cuanto á lo que han hecho en vuestro distrito, es una vergüenza.

LOS OBREROS.—¡Una iniquidad!

RODOLFO.—El ferrocarril que os habían prometido, y que podía darse ya por hecho, ha sido desbaratado por la misma camarilla que lucha por aniquilarme á mí y á mis empresas. Lo más lamentable es que esa gentecilla cuenta con el apoyo del gobierno. Sin embargo, estad tranquilos y tranquilizad á vuestros representados. Yo no he comprado las minas de Tiefental para dejar que cinco mil obreros mueran de inanición. El ferrocarril que el gobierno os niega yo lo construiré con recursos particulares, y las esperanzas que en ese ferrocarril teníais puestas no quedarán defraudadas. Os reitero las gracias más efusivas por vuestros esfuerzos y os encargo saludéis de mi parte á vuestros compañeros. Yo les prometo encontrarme entre ellos antes de las elecciones para enterarme sobre el terreno de su verdadera situación y de sus necesidades. ¡Que Dios nos ayude, amigos míos, que Dios nos ayude! (*Les tiende la mano.*)

(*Vanse los obreros.*)

## ESCENA II

RODOLFO y BERTA

BERTA (*entrando por la puerta de la izquierda*).—¡Estos son tus domingos, pobre Rodolfo!

RODOLFO.—¿Qué hemos de hacerle, Berta? El

dios de las riquezas es un dios terrible: no deja á sus sacerdotes ni una hora libre.

BERTA.—¿Y va ser así siempre? Si fuera así, no comprendería que hubiese quien cifrase su dicha en ser millonario.

RODOLFO.—No siempre será así. Mientras me encuentre entre el tumulto de la lucha, no podré gustar sosiego ni reposo. Pero una vez que la lucha haya terminado...

BERTA.—¿Y cuándo será eso?

RODOLFO.—¡Oh! ¿Quién lo puede decir á punto fijo? Depende de un sin fin de circunstancias que no están en mi mano.

BERTA.—Pero dime al menos cómo van tus asuntos.

RODOLFO (*sonriendo*).—¿No pretenderás en serio que te exponga una Memoria sobre el estado del Banco Europeo-Americano?

BERTA.—¿Por qué no? Tengo que reprocharte gravemente el sistemático silencio que guardas sobre todo lo que te concierne.

RODOLFO.—Aguardo hasta el día en que pueda anunciaros mi triunfo.

BERTA (*suspirando*).—Preferiría la noticia de haberse hecho la paz.

RODOLFO (*grave*).—Yo también, Berta; pero en mi caso, la paz sólo será posible cuando haya triunfado del todo ó me hayan vencido totalmente. Es una guerra de exterminio la que me hacen.

BERTA.—¡Qué malos son esos hombres! (*Mimosa.*)

Pero Rodolfo, te lo ruego, dime en dos palabras y con toda sinceridad cómo van tus asuntos.

RODOLFO.—Eres una niña, un poco curiosa; pero no vas á entenderme si empiezo á hablarte de operaciones y especulaciones, de alzas y bajas, de pagos y firmas.

BERTA.—Te equivocas si me juzgas tan ignorante. Entiendo de estas cosas más de lo que tú te figuras. Mira, desde que eres banquero leo todos los días el artículo mercantil en el periódico.

RODOLFO.—¡Cómo te aburrirás!

BERTA.—Estás en un error; esa lectura me apasiona más que la novela más interesante. Entre las líneas de las noticias bursátiles me parece ver tu imagen. ¿No sé que cada noticia de esas te afecta á ti directamente? Me parecen esos artículos capitulos de una novela cuyo protagonista eres tú. (*Mimosa*.) Y, señor barón de Altenberg, puesto que usted tiene una opinión tan poco lisonjera de nosotras, sepa usted que no soy la única muchacha á la que las noticias de Bolsa le interesan más que que todo. Á Marta le ocurre lo mismo.

RODOLFO.—¿Á Marta? ¿Qué quieres decir?

BERTA.—Un extraño que nos escuchara abriría ojos tamaños al oír cómo Marta me saluda todos los días con la pregunta: ¿Cómo va la Bolsa? ¿Cómo va el Banco Europeo-Americano?

RODOLFO (*ocultando su emoción*).—No es posible.

BERTA.—Pues si lo es, señor desconfiado y misterioso. Tú eres tan egoísta, que no nos dejas que

tomemos parte en tus preocupaciones é inquietudes; pero nosotras sabemos todo lo que á ti te concierne. ¿Crees que no he leído que el Banco Nacional te ha retirado el crédito? El periódico ha dado mucho aire á la noticia.

RODOLFO.—¿Lo has leído? ¡Pero no habrás dicho nada á mamá!

BERTA.—¿Á mamá? No; ella no sabe nada de negocios, y no debe saber lo que podría afligirla. Pero dime, Rodolfo, ¿no ha sido ese un golpe rudo para ti?

RODOLFO.—Un golpe que hubiera podido aniquilarme. Pero he logrado pararlo.

BERTA.—¿Cómo? ¡Dímelo!

RODOLFO.—¡Á vosotras las mujeres no se os escapa nada! Pues bien; á la retirada del crédito por el Banco Nacional he contestado anunciando públicamente que pagaría sin previo aviso todas las letras y acciones que se presentaran al cobro. Sólo unos cuantos acreedores é imponentes del Banco se han aprovechado de mi ofrecimiento; la confianza ha vuelto á los ánimos, y mis adversarios pueden felicitarse de haber cometido una pifia sin necesidad. Por lo demás, tampoco en este asunto se ha dicho todavía la última palabra. La comisión obrera que acaba de salir ha venido á ofrecerme mi candidatura por el distrito de Tiefental. He aceptado. Mi triunfo es seguro. Y cuando tenga un acta, el teatro de la guerra se trasladará de la Bolsa al Parlamento. El gobierno tendrá que expiar sus connivencias con la camarilla Liebert.

## ESCENA III

DICHOS y ROEDER

ROEDER.—Perdone usted, señor barón, si soy importuno, pero me ha ordenado usted que le entregue inmediatamente los cablegramas que vengan de América.

RODOLFO.—¿Ha venido alguno?

ROEDER.—Aquí está.

RODOLFO (á Berta, rápido y alegre).—Mira cómo hemos parado otro golpe de Liebert. (Lee.) «Las hostilidades con la Argentina son evidentemente manejos de Bolsa. El incidente quedará resuelto lo más tarde dentro de ocho semanas. Aplase usted hasta entonces la firma. Disponga usted del pago de dos por ciento.—Tom-Kins.»

ROEDER (por lo bajo).—¡Magnífico, magnífico!

BERTA.—Déjame que participe de tu alegría: explícame de qué se trata.

RODOLFO.—El día 12 tenía que efectuarse la firma pública del empréstito brasileño.

BERTA.—Ya lo sé, el empréstito que tú negocias; sigue...

RODOLFO.—Entretanto, la Argentina promovió un conflicto con el Brasil por un asunto de fronteras, y bajo la impresión de este incidente, el público

tenía que retraerse de ofrecer su capital para el nuevo empréstito brasileño. Pero si fracasara el empréstito, también la emisión de nuestras nuevas acciones tenía que resentirse gravemente. Ahora bien; nuestra salvación depende del éxito de esta emisión. Ella es la que ha de ponernos á flote, la que ha de darnos los medios de hacer la guerra victoriosamente á Liebert y á sus aliados.

BERTA.—Está bien; ¿pero qué tiene que ver todo eso con este cablegrama?

RODOLFO.—Este cablegrama significa que la emisión del empréstito brasileño ha sido aplazada para una fecha en la que no puede fracasar; significa que Tom-Kins Hermanos han pagado por nosotros los veinte millones que teníamos que dar al gobierno brasileño por nuestra participación en el empréstito. Tom-Kins Hermanos nos han hecho un gran favor. Nosotros no podemos pagar estos millones mientras no saquemos nuevos recursos de nuestras nuevas acciones y de la emisión del empréstito. Ahora está ya felizmente conjurado el peligro de un fracaso del empréstito brasileño, que ha de producirnos tres millones por lo menos; no tenemos que preocuparnos de buscar los veinte millones y nuestra nueva emisión vuelve á hacerse en condiciones favorables. ¿Entiendes ahora?

BERTA.—Lo comprendo todo y quisiera besar ese cablegrama que tan buenas noticias te ha traído.

RODOLFO (á Roeder, riendo).—Mi hermana se interesa por mis negocios. Lo tenemos en la sangre!

## ESCENA IV

DICHOS y un CRIADO

CRIADO.—La señora baronesa está pronta y espera á la señorita para ir á la iglesia.

BERTA.—Ya voy.

(Vase el criado.)

## ESCENA V

RODOLFO, BERTA y ROEDER

BERTA.—Voy á librarte al fin de mi presencia. Voy á la iglesia con mamá, y le pediré á Dios que bendiga tus empresas.

RODOLFO.—¿Crees que el Todopoderoso se interesa por los negocios de Bolsa? Esto no es de su incumbencia.

BERTA.—Todo lo que puede hacer felices á los hombres es de la incumbencia de Dios, según yo creo.

RODOLFO.—¿Pero no viene Carlos á buscarte?

BERTA.—¡Carlos! No me hables de él. Se pasa los días y las noches en su laboratorio. Se ocupa

más de sus inventos que del amor. Y cuando le hago algún reproche, sale diciendo para disculparse que se trata de millones. ¡Yo le pido amor y él no me ofrece más que millones!

RODOLFO (con acento solemne).—Del oro depende todo, todo tiende hacia él.

BERTA (lo mismo).—¡Pobres de nosotras!

(Vase rápidamente.)

## ESCENA VI

RODOLFO y ROEDER

RODOLFO (paseándose por la habitación).—Este cablegrama me quita el último peso de encima. Liebert y sus aliados han sido batidos en toda la línea, querido Roeder, en toda la línea. Con la retirada del crédito por el Banco Nacional creían lanzarme un proyectil que había de aplastarme. Ahora verán que sigo tan firme como antes. El fiasco del ferrocarril de Tiefental era un golpe hábilmente dirigido. ¿Sabe usted lo que he resuelto para desviar su puntería?

ROEDER.—¿Qué, señor barón?

RODOLFO.—Voy á construir el ferrocarril por mí mismo, sin la ayuda del Estado, con el capital de nuestro Banco.

ROEDER.—¿Y el túnel de la montaña de Tann, que habrá de costar cuatro millones, que nunca han de reembolsarse?

RODOLFO.—Es verdad. Pero tómese usted un momento la molestia de seguir mis cálculos. He comprado las minas de carbón en doce millones; y si se hace el ferrocarril, producirán una ganancia líquida anual de seis millones. El negocio no puede ser más brillante. Puedo sacrificar cuatro millones para el ferrocarril, hasta seis millones, y hacerme cuenta que las minas me han costado diez y ocho millones. ¿Puede parecer cara una empresa que produce anualmente seis millones de ganancia líquida, aunque se inviertan en ella diez y seis y hasta diez y ocho millones?

ROEDER.—¡Claro que no!

RODOLFO.—Y como ahora ya no tenemos que preocuparnos de los veinte millones para el gobierno brasileño, no veo ya ningún punto negro en nuestro cielo.

ROEDER.—Perdone usted, señor barón, yo sigo viendo un punto negro.

RODOLFO.—¿Cuál?

ROEDER.—Las grandes ofertas de nuestras acciones que hace la camarilla Liebert.

RODOLFO.—¿Y á eso llama usted un punto negro? ¡Yo le llamo un desquite! El asunto es sencillísimo. Nosotros tomamos todo lo que la camarilla Liebert ofrezca en el mercado, ¿no es eso?

ROEDER.—Así es.

RODOLFO.—Tenga la bondad de decirme cuántas acciones llevamos compradas á los Liebert.

ROEDER (*saca del bolsillo un libro de memorias y lo hojea*).—Cinco mil, ocho mil, veinticinco mil... (*A Rodolfo.*) Treinta mil.

RODOLFO.—¡Bravo! Vea usted ahora. De nuestro Banco sólo hay en total cien mil acciones. De éstas, Tom-Kins Hermanos tienen veinticinco mil, Ebersberg veinticinco mil; unas y otras están en buenas manos.

ROEDER.—¡En buenas manos! Y si Ebersberg...

RODOLFO.—¡Ebersberg! ¡Antes se vendrá abajo el cielo que él descienda á estos negocios! Consideraría seguramente como una ofensa el que yo le propusiese siquiera la compra de sus acciones. Ya una vez le indiqué se deshiciese de una parte de sus acciones y se reembolsase el resto. Y me interrumpió diciendo: «Un caballero no hace negocios de esa clase». No; por este lado puedo estar tranquilo. Quedan en total cincuenta mil acciones disponibles. Ya sabe usted que de ellas, veinticinco mil están en América, distribuidas en pequeñas fracciones que Liebert no puede comprar hasta que se cumpla el plazo de entrega de las diez mil acciones que estaban aquí en poder de personas que no nos merecían plena confianza, y que nos apresuramos á comprar cuando sus tenedores, alarmados por los manejos de Liebert, las lanzaron al mercado. Con ellas asciende á treinta y cinco mil el total de las acciones. Quedan aún quince

mil. De éstas, el Consejo de administración tiene diez mil, y cinco mil están en manos del público. Supongamos un imposible: supongamos que Liebert pueda reunir doce mil de estas quince mil. Á nosotros nos han comprado treinta mil. ¿De dónde van á sacar las diez y ocho mil que faltan?

ROEDER.—¡Es verdad!

RODOLFO.—¡Ah, amigo mío! Se está representando una comedia como nunca se ha visto en la Bolsa. El día 15 tienen que entregarnos las treinta mil acciones. Nos las han comprado en 240.220.210 marcos. Ya veremos el día 15. Tendrán que pagarme dos mil marcos por acción: de lo contrario, no hacemos nada. Dos mil marcos. Por sus compras ficticias, tan estúpidas como malignas, van á tener que pagarme una multa de cuarenta ó cuarenta y cinco millones por lo menos. Á nuestra caja no le vendrá mal este refuerzo y ellos tendrán de qué acordarse.

ROEDER.—Sí; si es seguro que las treinta mil acciones que tienen que facilitarnos sólo pueden adquirirlas de nosotros, podemos cantar victoria. ¿Pero y si las tuviesen ya en su poder?

RODOLFO.—Señor Roeder, ¿cree usted en milagros?

ROEDER.—Hace ya tiempo que no creo en ellos, señor barón.

RODOLFO.—Entonces ¿puede usted decirme cómo de quince mil acciones disponibles pueden hacerse treinta mil sin un milagro?

ROEDER.—Efectivamente, no puede ser, señor barón, pues si Liebert, mediante un milagro, digámoslo así, nos pudiese presentar las treinta mil acciones, estábamos perdidos, porque no podríamos tomarlas. Tenemos en caja diez mil acciones de nuestro Banco y unos dos mil marcos en metálico, esto es todo.

RODOLFO.—Ya lo sé, ya lo sé, pero eso no me preocupa. Nuestro capital de acciones, nuestros depósitos se hallan invertidos en el empréstito brasileño y en el negocio de Tiefental. Pero estos asuntos pueden darse ya casi por hechos, y la emisión de nuevas acciones ha de producirnos cincuenta y dos millones.

ROEDER.—Si resulta bien.

RODOLFO.—Ya verá usted si resulta y cómo resulta, después de haber divertido á la Bolsa el día 15 con los chismorreos de la camarilla Liebert. Y entonces volveremos á nadar en millones. Será una cosa magnífica, querido Roeder.

ROEDER (*poniéndose en pie*).—¿Tiene que darme alguna orden, señor barón?

RODOLFO.—Por ahora no; vaya usted con Dios y disfrute del domingo.

ROEDER (*inclinándose*).—¡Gracias, señor barón! (*Aparte al irse.*) Que el diablo me lleve si las cosas van tan bien como él se figura. (*Vase.*)

## ESCENA VII

RODOLFO, solo

RODOLFO (*hablando consigo mismo, mientras hace cuentas con el lápiz sobre el papel*).—Doce millones, mas veinte millones, mas cuatro, pongamos seis, hacen treinta y ocho millones. ¡Magnífico! ¡magnífico! (*Paseándose por la habitación.*) En esta primera campaña, vencemos, no cabe duda, ya he vencido. Pero ¿qué pasará después? ¿Volverán á empezar de nuevo la guerra? ¡Después de haber desembrollado los presentes negocios, tendré que emprender otros nuevos, pues no puedo dejar ociosos mis millones! Son como el alma en pena de la leyenda: hay que tenerlos siempre ocupados; si uno no les da trabajo para que se entretengan, se lo tragan á uno. Y en cada nuevo negocio tendré que dar otra vez la batalla al enemigo. ¡Guerra y siempre guerra! ¡siempre que miro al porvenir! (*Pausa.*) ¡Ah! vosotros, príncipes de la hacienda, cometéis una injusticia, una tremenda injusticia, combatiendo así á los que luchan. Incurris en el mismo error que la aristocracia. Ésta tuvo merecido por su intransigencia su 1789, vosotros también tendréis por la misma razón vuestro año fatídico. (*Pausa.*) Y, por Dios, que me gustará ser vuestro Mirabeau.

## ESCENA

RODOLFO y MARTA

MARTA (*abre la puerta, vuelve la cabeza al entrar y habla con alguien de fuera*).—Bien, la esperaré. No puede tardar. (*Entrando del todo y viendo á Rodolfo, perpleja.*) ¡Ah, está usted aquí, barón!... no me lo habían advertido. (*Hace ademán de irse.*)

RODOLFO (*yendo hacia ella*).—¿Y el que esté yo aquí es un motivo para que usted se vaya? ¿Tan odiosa le es á usted mi presencia, condesa Marta?

MARTA (*como antes*).—Nada de eso... pero... si me encontrase Berta sola con usted... habría de extrañarle...

RODOLFO (*con tristeza*).—Si usted lo manda, condesa, me retiro á mi despacho y la dejo á usted en tranquila posesión de la sala. Pero sería usted muy cruel si me lo ordenase. ¡Tengo tan pocas veces la suerte de verla! y ahora que la casualidad me dispensa la dicha de traerla á mi lado...

MARTA (*con viveza*).—¿Y quién tiene la culpa de que usted no me vea, sino usted mismo? Cualquiera diría que es que no quiere verme.

RODOLFO.—¿Que no quiero? ¿En qué se funda usted para decir eso?

MARTA.—Mamá le invita á usted á comer con nosotros, acepta usted... luego se excusa... no nos

hace usted ni siquiera una visita... no viene nunca por casa... parece que evita usted expresamente nuestra presencia.

RODOLFO.—¡Oh, condesa, si usted supiera qué vida tan ajetreada llevo! No tengo ni un minuto para mí mismo, apenas si tengo tiempo de saludar una vez y de prisa, durante el día, á mi madre y á mi hermana. Estoy haciendo frente á una crisis, para salir con bien, de la cual necesito de toda mi presencia de espíritu, de toda mi voluntad, de todas mis energías. Compadézcame usted, condesa, y no me reproche mi descortesía.

MARTA.—No puedo compadecerle, ya que usted lo ha querido así. Usted busca la dicha en negocios de Bolsa, más aún, la encuentra en ellos. No tiene usted razón para quejarse de que el objeto de su dicha exija demasiado de usted.

RODOLFO.—No pronuncie usted la palabra dicha, condesa, no viene bien en este caso. Tiene usted razón; he buscado la dicha en esta actividad que me absorbe por completo, pero se equivoca usted si cree que la he encontrado. ¡No soy feliz, Marta! Lo que hace cuatro años me llevó á atravesar el Océano, lo que hace medio año me trajo de nuevo á Europa, fué sólo la conciencia del deber, el imperativo categórico. Tenía que velar por mi madre y por mi hermana, tenía que sustituir á mi padre en nuestra casa. Este deber para con los míos, puedo decirlo, está cumplido ya.

MARTA.—¡Bravo!

RODOLFO.—No merezco ningún aplauso por ello; no he hecho mas que cumplir con mi deber. El otro sentimiento que me dominaba era una ambición especial, el afán de ser poderoso, de tener millones á mi disposición para dominar con ellos á los hombres. También este sentimiento está satisfecho hasta cierto punto. He visto á hombres de alta posición encorvarse ante mí; las más austeras virtudes me han susurrado al oído el precio por el cual se cambiarían con entusiasmo en vicios; he tenido en mi mano los intereses, y puedo decirlo, los destinos de miles de criaturas. Claro que no he gozado tranquilamente de este poder: he sido combatido. Querían arrebatármelo, y esto despertó en mí un nuevo sentimiento, el deseo de luchar. Manejar millones á mi antojo no me distraía ya, pero seguía apegado á ellos porque querían arrebatármelos. Cuando se lucha, se quiere triunfar. Es un instinto que el hombre comparte con los animales superiores. Ahora vea usted; estos han sido hasta hace poco los móviles de mi conducta: sentimiento del deber, ambición, deseo de lucha. Tres sentimientos poderosos, cada uno de los cuales basta por sí solo, como la experiencia enseña, para llenar un corazón, una vida, pero... no un corazón joven, no una vida en su juventud. Los tres juntos no han podido colmar mi corazón. Y ahora comprendo que sólo hay un sentimiento lo bastante grande, lo bastante amplio, para colmar mi corazón del todo, y este sentimiento es el amor.

MARTA (*disimulando su emoción, con fingida ironía*).—¿El amor? ¿Saben algo de él en la Bolsa?

RODOLFO (*acercándose á Marta y mirándola á los ojos*).—Usted no quiere hacerme daño deliberadamente, Marta, lo leo en sus ojos. (*Marta retrocede, confusa.*) ¿Por qué, entonces, esa burla cruel? Si, también los financieros concebimos el amor. Desde que volví á Europa he hecho una observación curiosa. Cuando me siento delante de mis libros y de mis papeles surge de pronto de entre las columnas de guarismos una imagen de mujer. Esta imagen era borrosa al principio y no podía distinguir sus facciones. Pero poco á poco se fué haciendo más clara, más precisa, y desde hace algunas semanas ya puedo darle un nombre. Esta imagen fascinadora se ha apoderado de toda mi alma, la veo día y noche, la encuentro en cada libro que abro, riase usted Marta, la encuentro en las cotizaciones de Bolsa que consulto febrilmente, y estos papeles, cuya prosa le aterra á usted, son por el encanto de esa imagen más poéticos que si fuesen tomos de versos con cantos de oro.

MARTA.—¿Y se puede saber cómo se llama la afortunada cuya imagen le sonríe en las cotizaciones de la Bolsa?

RODOLFO (*cogiéndole la mano*).—Sí... Se llama Marta.

MARTA (*apartando la mano, con voz trémula*).—Usted quiere burlarse de mi, Rodolfo.

RODOLFO (*con pasión*).—¿Cómo podría atrever-

me á ello? Lo que le refiero á usted es la historia de mi vida en las últimas semanas. Al principio, la inquietud de los negocios no me había dejado oír la voz de mi corazón. Pero esta vez se ha hecho tan clara, que los gritos de la Bolsa y el tintineo del oro no pueden ya ahogarla y constantemente me repite un nombre, el suyo, Marta. No puedo comenzar ninguna carta de negocios sin que sienta la tentación de escribir: «¡Mi querida, mi adorada Marta!» ¡Siento la tentación de abandonar este desierto de mi despacho y huir hacia un bosque solitario y tranquilo contigo, Marta, unido á ti, cogido á tu mano, con mis ojos en los tuyos... (*La atrae á sí apasionadamente.*)

MARTA (*lanza un débil grito y cae en sus brazos*).—¡Rodolfo! ¡Mi Rodolfo! ¡Yo también te amo! ¡Te amo desde hace mucho tiempo! ¡Desde que tengo uso de razón! ¡Desde que era una chiquilla!

RODOLFO (*abrazándola*).—¡Amor mío!

MARTA.—Pero no creía que me amases. Nunca me lo dijiste, nunca te preocupaste de mí.

RODOLFO.—Acaso hice mal en no decirte antes lo que mi corazón sentía, pero no quería confesarte «Marta, te amo» hasta triunfar en esta lucha que estoy sosteniendo. Tampoco hoy te lo hubiera dicho si una casualidad que bendigo no te hubiera traído aquí. Á solas contigo, no he podido resistir el impulso de estrecharte contra mi corazón y decirte lo que eres para mí. (*La abraza.*)

MARTA.—¡Oh, Rodolfo! ¿Cómo has podido callar

tanto tiempo? ¡Yo no hubiera podido, si hubieras sido otro.

RODOLFO.—Cuando supe que te amaba, mi vida tomó otro rumbo. Ya sabía por qué luchaba, por qué combatía. Yo me decía: «Los millones que conquiste serán para Marta, servirán para rodear de un marco de oro su existencia.» Estaba satisfecho de mí, pues tú eres el objeto de mis afanes. Y esperaba con inmensa nostalgia el día en que, arreglados todos mis asuntos, pudiera decirte: «Marta, te amo, sé mía, te traigo muchos millones y mi corazón, que te estima más que á todos los millones del mundo.»

MARTA.—¡Ah! ¡Qué feliz soy al oírte hablar así! Pero sé completamente mío, como yo soy tuya. Deja esos condenados negocios que hasta ahora te han alejado de mí, deja esa sed de millones que no nos hacen falta: ¿no nos tenemos el uno al otro? ¿no es ésta bastante dicha y bastante riqueza?

RODOLFO.—¡La única dicha, la única riqueza! ¡Oh, qué feliz sería si pudiera volar contigo, libre y ligero como una golondrina, lejos de aquí, lejos de todo lo que pudiera recordarme que soy un hombre de negocios! (*Grave, casi triste.*) Pero ya lo ves, querida mía, no puede ser. Miles de hombres me han confiado su fortuna, he aceptado el deber de aumentarla ó al menos de conservarla intacta. Esta fortuna correría peligro, acaso se perdiera, si yo abandonase ahora mi Banco. Y no es esto solo. Ya te he dicho que estoy empeñado en una lucha ruda y que quiero vencer. La sangre de los Alten-

berg se despierta en mí cuando pienso en luchar. Tengo que vencer. No podría abandonar la liza sin haber vencido ó sin haber sido aniquilado. (*Con pasión.*) Pero deja que esta lucha se decida, deja que mis asuntos, hoy algo comprometidos, se despejen: entonces no tardaré un momento en arrojar lejos, lejos de mí este botín de millones para entregarme por completo á ti, á mi amor. Antes de saber que te amaba no sabía lo que quería. Tú me has enseñado dónde está mi dicha. ¡Qué pequeño y qué mezquino me parece ahora todo lo que hasta aquí me ha apasionado! Que los otros se afanen por el oro, yo no quiero saber nada de él. Marta es mía, y ésta es una dicha mayor que la que pudieran darme todos los millones del mundo.

MARTA.—¡Qué feliz soy, Rodolfo, qué indeciblemente feliz!

## ESCENA IX

DICHOS y BERTA

BERTA (*se detiene en la puerta, sorprendida.*)  
—¡Ah! (*Marta y Rodolfo se separan avergonzados. Rodolfo se retira por la puerta de la derecha. Marta lanza un débil grito y cae sollozando en sus brazos.*)  
¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede?

MARTA.—¡Ah, Berta, Rodolfo me ama!

BERTA.—Está bien; pero creo que no es para desesperarse.

MARTA.—¡Oh, no! ¡Si yo también le amo!

BERTA.—¿Qué me dices?

MARTA.—No sé cómo ha pasado, pero nos lo hemos confesado todo el uno al otro.

BERTA.—¡Terrible! ¿Y tu ángel de la guardia qué hacía mientras tanto?

MARTA (*acongojada*).—¡No te burles de mí, Berta! ¡No seas mala conmigo!

BERTA (*abrazándola*).—¡Qué niña eres! Tu pecado es el mío. Por lo demás, tranquilízate, hace ya mucho tiempo que tu amor á Rodolfo no era un secreto para mí.

MARTA (*asustada*).—¡Cómo! ¿Se lo habrás dicho acaso? (*Se oculta el rostro con las manos.*)

BERTA (*apartándole las manos y besándola en la frente*).—Yo soy mujer antes que hermana. ¡Iba á hacer tan negra traición á una de mi sexo! No debemos allanarles tanto el camino á los reyes de la creación... Es conveniente que se tomen un poco de trabajo para averiguar nuestros secretos.

MARTA.—¡Qué buena eres y cuánto sabes! Te amo doblemente.

BERTA.—Y así debe ser. Como amiga y como futura cuñada...

MARTA.—¡Chis!... Si Rodolfo te oyese...

## ESCENA X

DICHAS y un CRIADO; luego RODOLFO y DINORAH en elegantísimo traje de calle con lujoso abrigo

CRIADO.—¿No está aquí el señor barón?

BERTA.—Espere. (*Va á la puerta de la derecha y la abre.*)—Rodolfo, haz el favor.

RODOLFO (*volviendo á la sala*).—¿Qué quieres?

CRIADO.—Una señora desea hablar al señor barón.

RODOLFO.—¿Á mí? ¿Una mujer?

CRIADO.—Una señorita elegantísima, que es la primera vez que viene.

MARTA.—¡Oh, oh! ¿conque vienen á visitarle á usted señoritas elegantísimas?

RODOLFO.—¡Ya celosa! ¿Y usted? Puesto que Berta lo sabe todo, no hay que disimular en su presencia, ¿verdad?

BERTA (*alegre*).—¿Para qué?

RODOLFO (*al criado*).—¿Cuál es el nombre de esa señorita?

CRIADO.—No ha querido decírmelo.

MARTA.—¡Qué misteriosa!

RODOLFO.—Para demostraros que yo no tengo secretos de esta índole, voy á recibir delante de vosotras á la misteriosa visitante... Hágala pasar.

(Vase el criado. Dinorah entra con premura.) ¿Es posible? ¿Usted, baronesa?

DINORAH.—Yo misma. No he querido decir mi nombre para no dar que hablar á la servidumbre. (Mirando á su alrededor.) Está usted en una compañía encantadora.

RODOLFO (señalando hacia ellas).—Mi hermana y una amiga.

DINORAH (mirando á Berta).—¡Ah! Usted es la hermana. Tiene usted los mismos ojos, la misma expresión en la cara que su hermano. (A Rodolfo.) Tiene usted una hermana muy guapa, barón. (A Berta.) Usted también debe ser lista y enérgica. Tiene usted voluntad y temple, lo veo en su cara. Acaso haya adquirido usted ambas cualidades por el trato con su hermano. Siempre he deseado una amiga como usted y nunca la he encontrado. Hemos de ser amigas. (Le tiende la mano. Berta retrocede un paso.) ¡Ah, me olvidaba! No me conoce usted: soy Dinorah de Liebert. (Berta se inclina y le tiende la mano titubeando.) Seguramente le parecerá raro, acaso chocante, que una señorita venga sola á visitar á un caballero. Pero usted debe pasar por ello, si hemos de ser amigas. Tengo por costumbre no preocuparme de lo que la gente diga. Hago lo que mi corazón me ordena, y estoy convencida de que obro bien, aunque pueda pecar contra el decoro. Pero ahora, señoras mías, les ruego me dejen á solas con el señor barón. He venido para participarle cosas que sólo á él le afectan. Cuando puedan

ustedes volver ya las llamaré, y charlaremos todavía un ratito. Por el momento tendremos que decirnos adiós.

(Marta y Berta, visiblemente desconcertadas y volviendo la cabeza, vanse por la puerta de la derecha.)

## ESCENA XI

RODOLFO y DINORAH

DINORAH (siguiendo con la vista á las jóvenes).—Tiene usted una hermana encantadora.

RODOLFO (inclinándose).—Es usted muy amable, baronesa.

DINORAH.—¿Y quién era la otra?

RODOLFO (turbado).—Una amiga de mi hermana, la condesa de Fregenheim.

DINORAH (pensativa).—Me suena ese nombre. Es muy guapa.

RODOLFO (riendo).—¿Lo cree usted así?

DINORAH (mirándole con fijeza).—¿Y usted, barón?...

RODOLFO (tranquilo).—Yo... también.

DINORAH (como hablando consigo misma).—Sí, es muy guapa; pero no de mi gusto. Una rubia pasiva, probablemente sentimental. Si yo fuera hombre, podría admirar á una criatura así como se

admira una obra de arte, pero no podría amarla nunca. ¿Qué piensa usted de esto, barón?

RODOLFO.—Perdóneme, baronesa, pero hemos tocado un punto muy singular: me parece que es un sueño que tenga yo el honor de estar cambiando impresiones en mi casa y á una hora tan intempestiva con la baronesa de Liebert acerca de si son preferibles las rubias ó las morenas.

DINORAH.—Muchas gracias. Me recuerda usted con su exquisita cortesía que no he venido para eso á su casa. (*Sentándose.*) Pues bien, barón, he venido para decirle que en su lucha financiera contra mi padre tiene en mí una aliada.

RODOLFO.—¡Ah!

DINORAH.—¿Encuentra usted insignificante la ayuda que puede prestarle su nueva aliada?

RODOLFO.—No interprete usted mal mi exclamación de sorpresa. Me preguntaba únicamente, con el natural asombro, á qué debo esta inesperada ayuda.

DINORAH.—Usted lucha heroicamente, y esto despierta en mí el más vivo interés. ¡La lucha es una actitud tan gallarda en un hombre!

RODOLFO.—¿Se trata, pues, de un interés puramente estético?

DINORAH.—¿Desea usted y espera otro?

RODOLFO.—¡Dios me libre!

DINORAH.—Su contestación no es muy galante.

RODOLFO.—Responde á lo que ha ocurrido entre nosotros.

DINORAH (*pesarosa*).—Tiene usted razón en recordármelo. He sido verdaderamente brutal con usted.

RODOLFO.—Fué usted franca, y se lo agradezco.

DINORAH (*como antes*).—Pero yo obraba bajo una mala impresión. Era víctima de un error de mi corazón. Y acaso haya usted sido también víctima de este error funesto. Si mi padre le hace la guerra, es en gran parte ó exclusivamente porque usted no se ha avenido á satisfacer cierta pretensión suya. Y usted no accedió á ella porque se la expuso de un modo brutal, ¿no es cierto?

RODOLFO (*confuso*).—Sin embargo, baronesa, su padre procede así por otras razones.

DINORAH.—No, no; yo sé lo que digo. Yo soy la culpable de todo antes que nadie, y esto me impone el deber de remediar en lo posible el daño que por mí se le está haciendo. He descargado una tormenta sobre su cabeza, y quiero ser el pararrayos que le libre á usted de sus efectos.

RODOLFO.—Se lo agradezco á usted en el alma, baronesa; pero, verdaderamente... su bondad me sonroja. Yo me considero bastante fuerte para triunfar de mis enemigos con mis propias fuerzas y sin alianzas clandestinas.

DINORAH.—Así deben ser los hombres, arrogantes y seguros de sí mismos. Pero permítame usted que no me dé por vencida ante su desaire. El enemigo que tiene usted enfrente no participa de sus escrúpulos, y no se desdeña de apelar á la guerra

de minas en vez de luchar en campo abierto. Esta mañana he sabido algo que debe ser para usted de la mayor importancia.

RODOLFO.—Sin embargo, baronesa, le repito...

DINORAH.—Quiero ayudarle á usted contra su voluntad. Concluirá usted por darme las gracias. Mi padre hacía jugadas á la baja sobre sus acciones. Ha sacado á la venta treinta mil; y usted ha aceptado en la creencia de que no podría entregárselas.

RODOLFO.—Está usted admirablemente informada.

DINORAH.—¿No es verdad? Pues bien, barón, sus cuentas están equivocadas. Mi padre puede entregar las treinta mil acciones.

RODOLFO (*dando un salto*).—¡Imposible!

DINORAH.—Y según lo que he podido averiguar, y que la turbación de usted me confirma, va á ser éste un golpe mortal para usted. He venido para advertirselo, acaso pueda usted parar aún este polpe. (*Sacando un papel.*) Mi padre ha comprado mil acciones al doctor Fahl.

RODOLFO.—No me sorprende. Pero no son mas que mil.

DINORAH (*por lo bajo*).—Es que ha comprado dos mil á otros consejeros.

RODOLFO.—No son mas que tres mil.

DINORAH.—Y se propone comprar veinticinco mil á Tom-Kins Hermanos, de Nueva York.

RODOLFO.—¡Á Tom-Kins Hermanos!

DINORAH.—Sí, aunque tuviera que pagarlas á cuatrocientos marcos ó más. Se trata de aniquilarle á usted de una vez.

RODOLFO.—¡Ah! ¡Pero así será más grande mi triunfo! (*Besando la mano de Dinorah.*) Baronesa, le doy á usted las gracias. Estoy avergonzado, pero no puedo negar que acaba usted de prestarme un gran favor. Por esta parte no había previsto nada. Ahora espero poder defenderme. ¡Gracias, muchas gracias!

DINORAH (*riendo*).—¿De modo, que no le es á usted odiosa esta traición?

RODOLFO.—¿Por qué emplea usted esa palabra tan fuerte?

DINORAH.—No creo necesario engañarme á mí misma. Se suele decir que agrada la traición, pero que el traidor nunca es amable.

RODOLFO.—¡Usted misma me ha prohibido amar al traidor en este caso!

DINORAH.—Es verdad, pero á usted le ha sido extraordinariamente fácil el obedecerme.

RODOLFO.—No podía serme difícil, ya que usted me prohibía tan terminantemente amarla, y me daba las gracias con tan inolvidable emoción por mi promesa de obedecer sus órdenes.

DINORAH.—No tengo derecho para quejarme, pero se muestra usted muy cruel conmigo al recordarme aquella escena. Yo hago todo lo posible por olvidarla. ¿No podría usted poner también algo de su parte para dárla al olvido?

## ESCENA XII

RODOLFO, DINORAH y CARLOS

CARLOS (*entrando rápidamente*).—¡Abrázame, Rodolfo, te traigo una buena noticia! (*Mirando á Dinorah.*) ¡Ah, perdón, no me habían advertido!...

RODOLFO (*hablando consigo mismo*).—¡Ah! ¡Mi salvador! (*Alto.*) Tú llegas siempre bien. (*Presentando.*) Mi futuro cuñado el señor Carlos Hartig... La baronesa de Liebert.

CARLOS (*sorprendido*).—¿Baronesa de Liebert?

DINORAH (*con amargura*).—Si, diga usted en voz alta lo que en secreto ha pensado sin duda al oír mi nombre: la hija del enemigo mortal de Altenberg, que por todos los medios busca la ruina del barón de Altenberg.

CARLOS.—Su presencia en esta casa, el tono de su voz, me demuestra que no comparte usted los sentimientos de su padre. (*Dinorah suspirando y mirando á Rodolfo. Éste esquivo su mirada.*) Y así, seguramente, se alegrará usted cuando sepa lo que venía á decir al barón. (*Sacando del bolsillo una barrita de metal.*) ¿Ve este trozo de metal?

DINORAH (*acercándose con curiosidad*).—¿Qué es eso?

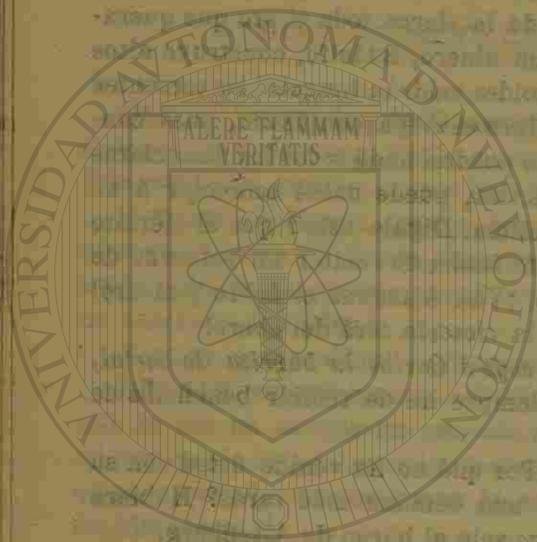
CARLOS.—Esto es un trozo del acero más fino,

obtenido del hierro más malo, que hasta ahora no servía para nada. (*A Rodolfo.*) ¡Mi invento ha tenido un éxito magnífico! Esta barrita de metal es en nuestras manos una varita mágica, con la cual podemos sacar de la tierra todo el oro que queramos. Ahora busca dinero, Rodolfo, construye altos hornos: de sus moldes saldrán inagotables torrentes de oro. Todo peligro está ya conjurado, pues contra mi invento no pueden nada todos los financieros del mundo. Señorita, puede usted anunciar á su padre la gran noticia. Dígale usted que el ejército de oro de Rodolfo acaba de recibir un refuerzo de tropas de acero. ¡Van á luchar el acero y el oro! ¡En esta lucha, la victoria será del acero!

RODOLFO (*le coge á Carlos la barrita de metal, conmovido*).—¡Siempre he de recibir beneficios de tu mano!

DINORAH.—¿Por qué no ha venido usted con su famoso invento una semana más tarde? Hubiera querido salvar yo sola al barón de Altenberg.

TELON



## ACTO QUINTO

La misma decoración que en el primer cuadro del acto segundo

### ESCENA PRIMERA

CARLOS y RODOLFO

CARLOS.—No tomes á mal mi impaciencia. ¡Pero tu pasividad es para mí un enigma, querido Rodolfo!

RODOLFO (*muy nervioso y agitado durante toda la escena*).—¡Ah, no me atormentes tú también! ¡Sólo esto me faltaba!

CARLOS.—Creo que nada está tan lejos de mi ánimo como causarte molestia. Pero no me gustan los enigmas. Desde hace diez días mi invento está ultimado; entre los profesionales ha causado enorme sensación, los periódicos le dedican columnas y columnas, recibo constantemente ofertas, poniendo á mi disposición millones para explotar mi invento... Sólo tú permaneces indiferente é impasible.

RODOLFO.—¡Indiferente! ¡Impasible! ¿Cómo puedes creerlo?

CARLOS.—Hasta ahora, no sé que hayas dado ningún paso para preparar la explotación de mi invento.

RODOLFO.—Es verdad, pero no es por indiferencia por lo que no hago nada. Soy un prisionero, estoy atado de pies y manos, y espero hoy mi liberación. Hoy se ha de decidir mi suerte.

CARLOS.—¿Tu suerte? Explicate.

RODOLFO.—Liebert ha vendido (*lee*) treinta mil acciones de nuestro Banco, y yo he comprado las treinta mil. Hoy es el día de la liquidación. Si él no puede cederme las treinta mil acciones tendrá que comprármelas á mi; y en ese caso, ya puedes figurarte á qué precio se las voy á vender.

CARLOS.—¿Pero no podrá entregártelas?

RODOLFO.—¡No! Ha intentado adquirir bajo cuerda veinticinco mil acciones, que se encuentran en poder de Tom-Kins Hermanos. ¡Ah! Si lo lograra, podría considerarme en estos momentos como un hombre perdido. (*Pausa.*) Pero gracias al aviso de esa extraña criatura, la hija de Liebert, he podido desbaratar su plan. He enviado por cable á Tom-Kins Hermanos una relación detallada del asunto, le he hecho ver que sus veinticinco mil acciones ganan más si Liebert tiene que pagarnos una enorme diferencia que si las paga á cuatrocientos marcos, y Tom-Kins Hermanos han comprendido que tenía yo razón. Anteayer recibí de ellos este cable-

grama. Míralo. Representa nada menos que mi salvación de una ruina segura. (*Saca un papel de la mesa y se lo enseña á Carlos.*)

CARLOS (*leyendo*).—«No vendemos las veinticinco mil acciones. Comuníquenos inmediatamente lo que haya ocurrido.» Ahora empiezo á comprender.

RODOLFO.—Hasta hoy no he podido hacer nada, pues te lo repito, estaba como paralizado. Todos mis recursos disponibles, el capital de acciones, los fondos de los imponentes del Banco, están invertidos en las minas de Tiefental y en el empréstito brasileño, y la camarilla Liebert ha logrado quitarme el crédito. Estoy completamente arruinado. Los millones que Liebert tiene que pagarme hoy me pondrán de nuevo á flote. Dentro de catorce días se pondrá á la firma nuestra nueva emisión de acciones; pronto también quedará firmado el empréstito brasileño, y entonces volveré á ser dueño de mi voluntad y podré consagrar todas mis energías á la explotación de tu invento. ¿Comprendes ahora el motivo de mi inacción? ¿Y comprendes también por qué este día ha de ser decisivo para mí?

CARLOS (*pensativo*).—Sí, pero te lo confieso: no había creído que tu situación fuera tan crítica.

RODOLFO.—¿Que si era crítica? He cometido un error enorme al consentir, contra toda mi voluntad, en la emisión de nuevas acciones en vez de insistir en el pago completo de las antiguas. Todas las contrariedades con que he tenido que luchar hasta hoy

son consecuencia de ese error, que pudo haberme arrastrado á la ruina. Pero felizmente la crisis toca á su fin. Hoy al mediodía habrá ya pasado.

## ESCENA II

DICHOS y ROEDER

ROEDER (*entrando*).—¡Perdone usted, señor barón!

RODOLFO (*con inquietud*).—¡Ah! ¿va usted ahora á la Bolsa, querido Roeder?

ROEDER.—Sí, señor barón.

RODOLFO.—Ya conoce usted la situación, no tengo que explicarle lo que el día de hoy significa para nosotros. Va usted á obtener un triunfo, como se registran muy pocos en los anales de la Bolsa. Liebert está en nuestras manos. Usted va á ser hoy el héroe de la Bolsa, el blanco de todas las miradas. Espero que sabrá usted mantenerse á la altura de la situación.

ROEDER.—Confíe usted en mí, señor barón.

RODOLFO.—Está bien; pero debo prevenirle á usted contra los rumores y chismorreos á que se está expuesto en estas situaciones excepcionales. Los agentes de Liebert no tendrán más remedio que pagarnos las acciones que tienen que entregarnos, al tipo de dos mil marcos.

ROEDER.—¡Dos mil marcos!

RODOLFO.—Dos mil marcos. ¡Ni un marco menos!

ROEDER.—Según eso, las treinta mil acciones que hemos adquirido á doscientos veinte marcos unas con otras, representan una diferencia de más de cincuenta y tres millones.

RODOLFO.—No del todo, pues Liebert y su camarilla tienen cuatro ó cinco mil acciones, que han de entregarnos. Pero la diferencia pasará siempre de cuarenta millones, y estos cuarenta millones tendrán que pagarlos al contado.

CARLOS.—No tengo derecho á mezclarme en tus asuntos, pero me parece que no debías extremar demasiado las cosas.

RODOLFO.—¡Nada de piedad! Que sepa Liebert con quién tiene que habérselas. Sólo un golpe enérgico puede quitarle las ganas de luchar, sólo un golpe enérgico puede asegurarme el triunfo y la paz. Así, pues, Roeder, ya lo sabe usted: aténgase al tipo de los dos mil marcos.

ROEDER.—Seguiré exactamente sus indicaciones, señor barón.

RODOLFO.—Vaya usted con Dios, y no olvide que hasta que este asunto se resuelva estaré como sobre ascuas. Téngame al corriente de lo que ocurra, al minuto, de todo, hasta del menor incidente. Acaso dentro de media hora vaya yo mismo á la Bolsa.

ROEDER.—Está bien, señor barón.

## ESCENA III

RODOLFO, CARLOS y un CRIADO; luego EBERSBERG

CRIADO.—Su Excelencia el señor conde de Ebersberg.

RODOLFO.—¡Ebersberg! ¿Qué querrá? Dígale que pase.

(*Vase el criado.*)

CARLOS.—No quiero serte importuno. Ya sé los móviles de tu conducta, y esperaré á que pase la crisis.

RODOLFO (*acompañándole hasta la puerta*).—Gracias, Carlos, gracias. Te espero después del cierre de la Bolsa. Debes ser el primero que me abraza por mi triunfo.

CARLOS.—¡Y que lo haré con entusiasmo!

(*Entra Ebersberg. Carlos le deja pasar y vase.*)

RODOLFO (*saliendo á su encuentro y tendiéndole la mano*).—¡Es usted muy amable al venir sin ningún motivo oficial, señor conde!

EBERSBERG (*confuso*).—Hum... hum... Sí, barón... pasaba por aquí, y he querido preguntarte por la salud de tu señora madre. (*Se sienta.*) Va bien, ¿no es eso, querido Rodolfo?

RODOLFO.—Sí, gracias. Nunca ha estado más animada.

EBERSBERG.—Me alegro, me alegro. (*Pausa.*) Pero mira, Rodolfo, se me ocurre una cosa: mi visita no deja de tener cierto carácter oficial.

RODOLFO (*riendo*).—Entonces tengo que retirarle las gracias por su amabilidad.

EBERSBERG (*distráido*).—Gracias... gracias... esos son cumplidos... no me gustan mucho los cumplidos. (*Como recordando.*) Pero hablábamos de otra cosa, ¿no es eso, Rodolfo?

RODOLFO.—Sí, hablábamos del carácter oficial de su visita.

EBERSBERG.—¡Ah, es verdad! Ya caigo. Pues eso es lo que me trae por aquí.

RODOLFO.—Pero aún no ha dicho usted el qué.

EBERSBERG.—¡Ah! Es verdad. Creía habérselo dicho. Pues bien, mira: voy á decírtelo...

RODOLFO (*nervioso*).—Del modo más breve, que es el mejor, ¿no es eso, conde?

EBERSBERG.—Exacto, barón, exacto. (*Reflexionando.*) Pues sí (*como recordando de pronto*), esto es. Ya caigo. He venido para anunciarte mi dimisión del cargo de presidente de tu Banco... ta... ta... ¿cómo se llama tu Banco?

RODOLFO.—No es necesario que, en estas circunstancias, se quiebre usted la cabeza para recordar el nombre del Banco. Pero ¿puedo saber las razones que han determinado su inesperada resolución?

EBERSBERG (*titubeando*).—Hum... hay muchas razones. En primer lugar, soy viejo...

RODOLFO.—Si, tiene usted hoy seis semanas más que hace seis semanas.

EBERSBERG (*riendo estúpidamente*).—¿Qué dices?

RODOLFO (*impaciente*).—Nada, nada, conde. ¿Y es ese el único motivo?

EBERSBERG.—No, no es el único. He reflexionado sobre nuestra situación.

RODOLFO (*por lo bajo*).—¡No es posible!

EBERSBERG.—Y he venido á sacar la conclusión de que no está bien, debido á la posición que ocupo, que me mezcle en asuntos de Bolsa. Mis sobrinos me están dando la carga desde hace muchos días...

RODOLFO.—¡Ah! ¡Sus sobrinos! Son ellos los que han reflexionado sobre la situación.

EBERSBERG.—Y dicen bien. Yo siempre he creído que un caballero no debía meterse en esos negocios. Y ya recordarás que traté de disuadirte para que no siguieras por este camino; ¿no te acuerdas?

RODOLFO.—Sí, tiene usted muy buena memoria. (*Paseando por la habitación y parándose de cuando en cuando delante de Ebersberg.*) No puedo negarme á aceptar su dimisión, pero le ruego encarecidamente la aplace hasta dentro de catorce días.

EBERSBERG (*perplejo*).—No comprendo... ¿por qué ese aplazamiento?... ¿Qué más da hoy que dentro de dos semanas?

RODOLFO.—Precisamente porque da lo mismo, le ruego que espere hasta entonces. Su dimisión en

estos instantes, á los pocos días de haberse hecho la emisión de nuevas acciones, produciría un efecto pésimo. Siga usted en la presidencia hasta la fecha que le indico. Cuando se haya resuelto esta crisis, yo seré el primero en aconsejarle á usted se dedique á gozar de un descanso bien merecido. (*Cogiéndole las manos.*) Accede usted, ¿no es verdad? ¿Hasta dentro de catorce días?

EBERSBERG (*intranquilo, revolviéndose en la silla*).—No puede ser, Rodolfo, no puede ser. Mis sobrinos no me dejan; no estarán contentos hasta que no me retire de los negocios. No debo ocuparme más de asuntos financieros. No han parado hasta conseguir que vendiera las acciones que tenía de tu Banco.

RODOLFO (*dando un grito*).—¡Cómo! ¿Ha hecho usted eso?

EBERSBERG (*asustado*).—Sí, pero no te alarmes. No he perdido nada; al contrario, he ganado, y bastante.

RODOLFO.—¿Ha vendido usted todas sus acciones? ¿Las veinticinco mil?

EBERSBERG.—Sí, veinticinco mil: esas eran. Y según mis sobrinos, he salido ganando más de dos millones.

RODOLFO.—¡Horrible! (*Se deja caer sobre una silla; tras una pausa, se levanta de un salto.*) Conde Ebersberg, me ha matado usted, me ha lanzado al abismo. Usted tiene la culpa de que yo quede arruinado, deshonorado... ¿Era eso lo que usted quería?

EBERSBERG (*con tono quejumbroso*).—¡Pero, querido Rodolfo!

RODOLFO (*en el colmo de la excitación*).—No, no es posible que lo quisiera usted. Usted debe ayudarme á reparar la enorme falta que ha cometido. Le han dado á usted seis millones por sus acciones, ¿no es cierto?

EBERSBERG.—Sí, creo que seis millones.

RODOLFO.—¿Cuándo ha cobrado ese dinero?

EBERSBERG.—Creo que ayer ó anteayer.

RODOLFO.—Usted debe tener esa cantidad á su disposición, ¿no es cierto?

EBERSBERG.—Sí, pero...

RODOLFO.—Deme usted esos seis millones, démelos usted en seguida, sólo por unos días; ganará usted otros dos millones, recogerá ocho millones en vez de esos seis millones, pero démelos inmediatamente. Tengo que volver á comprar hoy mismo esas veinticinco mil acciones que usted ha vendido y no tengo el dinero necesario. No perdamos ni un segundo... Escribame aquí mismo, en seguida, un cheque por valor de seis millones... (*le presenta con prisa febril papel y una pluma estilográfica*) aquí...

EBERSBERG (*con tono lastimero, casi llorando*).—¡Ah, Dios mío! No puedo...

RODOLFO (*furioso*).—No tiene usted más remedio, conde; debe usted hacerlo, si no quiere ser mi asesino...

EBERSBERG (*como antes*).—En cuanto vendí las

acciones, mis sobrinos me declararon incapacitado.

RODOLFO (*lanzando un grito*).—¡Oh!... ¿También eso? Pero ¿cómo? ¿Sin proceso?

EBERSBERG.—Sí... por una orden provisional; no he tenido más remedio que... dar mi consentimiento...

RODOLFO (*rompiendo en un risa sardónica*).—¡Me han vencido! ¡Me han vencido del todo! (*Se deja caer en un silla, de espaldas á la puerta, y se cubre el rostro con las manos.*)

EBERSBERG (*escurriéndose por la puerta*).—Lo mejor que puedo hacer es largarme. (*Se va.*)

#### ESCENA IV

RODOLFO; luego DINORAH

RODOLFO (*deja caer las manos y permanece un instante con la mirada fija en el vacío*).—¡Perdido, todo perdido! (*Pausa. Se abre la puerta y aparece Dinorah; viste de negro y sencilla; está muy pálida.*) (*Rodolfo dando un salto.*) Pero oiga usted, conde... (*Se vuelve de pronto y ve á Dinorah.*) ¡Ah! ¡Usted!

DINORAH (*acercándose lentamente*).—Veo que llego demasiado tarde. El estado en que le encuentro, me indica que lo sabe usted todo. (*Rodolfo se deja caer de nuevo, abatido, en la silla.*) Los míos

son muy listos, aún más listos que yo. Usted ha tenido desconfianza y no ha querido decirme nada de lo que ocurría. Hace una media hora que he sabido lo que han tratado con Ebersberg: ya acaso no sirva de nada avisarle á usted. (*Rodolfo hace con la cabeza un gesto negativo.*) (*Dinorah acercándose á él y poniéndole una mano en el hombro.*) Ahora hay que salvarle á usted, barón...

RODOLFO.—¿Salvarme á mí? Ya no podría usted...

DINORAH (*misteriosa*).—Yo no, pero usted...

RODOLFO (*dando un salto, violento*).—Baronesa, se lo suplico, nada de epigramas ni de alardes de ingenio. Ahora, no. Hoy no me es posible ser respetuoso, ni siquiera cortés. Hay momentos en los cuales deja uno de ser un hombre civilizado para convertirse en el salvaje primitivo. Rompe uno con las formas y con el buen tono; se olvida de toda la urbanidad que ha aprendido, todo se ve color de sangre. Querría uno matar. Estoy en uno de esos momentos, téngalo usted en cuenta, baronesa.

DINORAH.—No pierda usted el juicio. Vuelva en sí. Sea usted lo que fué siempre. No está todo perdido.

RODOLFO.—No veo salvación.

DINORAH.—Sin embargo, la hay; estoy delante de usted. (*Se sienta á la mesa y revuelve mecánicamente los papeles. Con los ojos bajos y á media voz.*) Puesto que usted no quiere verla, debo yo mostrársela, pues ya le dije hace unos días que tengo el

deber de salvarlo. (*Pequeña pausa.*) Ya sabe usted por qué le acosan, por qué le hacen la guerra. Aún es tiempo de suprimir la causa de esta hostilidad. Suprimida la causa, cesarán los efectos.

RODOLFO.—Hable usted claro, baronesa; estoy pendiente de sus labios.

DINORAH.—¿Quiere usted que le hable con mayor claridad? Ya ve usted que no retrocedo ante este sacrificio sobrehumano. Venga usted ahora mismo, Rodolfo, así como está usted, venga usted conmigo á ver á mi padre, y (*con voz apagada*) pídale usted mi mano.

RODOLFO (*muy conmovido*).—¡Oh, baronesa!

DINORAH (*con amargura*).—Oiga usted una palabra, Rodolfo, tan sólo una palabra. Olvide usted, si le es posible, que se trata de mí. Piense usted en usted mismo. Debe usted hacerlo por usted, no por mí. Es el único medio de salvarse; por eso se lo aconsejo á usted: si hubiese otro, se lo aconsejaría lo mismo; si pudiera salvarle á usted otra mujer, le diría: vaya usted y pida su mano. Por desgracia, soy yo quien puede salvarle, y no tengo más remedio que decirle: pida usted mi mano. (*Con emoción.*) Más adelante, cuando el recuerdo de estas luchas, de estos peligros, se haya desvanecido, acaso sienta usted interés por conocerme mejor y más de cerca, y entonces... ¡quién sabe!... (*Pausa.*)

RODOLFO.—El camino de salvación que usted me muestra está cerrado para mí.

DINORAH (*con angustia*).—¿Qué dice usted?

RODOLFO.—No soy libre... (*Dinorah lanza un grito.*) Amo á otra.

DINORAH.—¿Á la condesa de Fregenheim?... (*Rodolfo hace un gesto afirmativo con la cabeza.*) Lo había sospechado, pero no lo creía. ¡Ay de mí! ¡Ay de usted! (*Se deja caer en un sillón.*)

ESCENA V

RODOLFO, DINORAH y ROEDER

ROEDER (*entrando muy agitado*).—Señor barón, una horrible sorpresa: ¡ofrecen las acciones!

RODOLFO (*con voz sorda*).—Ya lo sé.

ROEDER.—¿Qué hacer ahora? Treinta mil acciones á doscientos veinte son seis millones seiscientos mil marcos. No tenemos en caja esa cantidad. Mañana tendremos que pagarla.

RODOLFO.—No podremos.

ROEDER.—¡Horrible! Tendremos que declararnos en quiebra.

RODOLFO.—Vea usted al corredor, procure usted llegar á un arreglo. Digale que nos deje hasta fin de mes. Ganar tiempo ahora es ganarlo todo.

ROEDER.—Pero ya he dicho que aceptamos las acciones. ¿Y si no quieren aguardarnos hasta fin de mes?

RODOLFO.—Entonces tendremos que anunciar la suspensión de pagos.

ROEDER.—Está bien, señor barón. (*Aparte al salir.*) ¡Y decía que iba á tener un triunfo! (*Vase.*)

ESCENA VI

RODOLFO y DINORAH

DINORAH (*acercándose á Rodolfo*).—¿Tiene usted todavía esperanzas?

RODOLFO (*sombrio*).—Es cosa instintiva; siempre se tiene esperanza, aun contra toda razón.

DINORAH.—Es verdad. Acaso no se haya perdido todo. Mi destino es ser desgraciada. Acaso el suyo sea mejor. Corro al lado de mi padre. Probaré si como hija única consigo que detenga su mano antes de descargar sobre usted el golpe que ha de aniquilarle.

RODOLFO (*con admiración*).—¡También esta humillación! ¿Usted pidiendo gracia para mí? ¡No lo hará usted!

DINORAH.—Lo haré, porque debo hacerlo.

RODOLFO.—Se lo prohibo á usted.

DINORAH (*con altivez*).—No estoy acostumbrada á recibir órdenes sino de mi corazón. (*Vase.*)

## ESCENA VII

RODOLFO; luego un CRIADO

RODOLFO (*sentado, con la mirada perdida, después de un breve silencio*).—Vencido, arruinado, aniquilado, he aquí el desenlace. (*Pausa.*) En vez del triunfo, que parecía seguro, ahora, en el último momento... ¡horrible! (*Pausa.*)

CRIADO (*entra titubeando por la puerta del fondo*).—Perdone el señor barón; ahí están unos imponentes del Banco, que quieren retirar sus fondos y el cajero no puede dárselos. Empiezan á dar voces y á alborotar.

RODOLFO.—Apacigüe usted á la gente, dígales que vuelvan mañana. (*El criado permanece inmóvil, con la cabeza baja.*) (*Impaciente.*) ¿No ha oído usted? Váyase. (*El criado, encogiéndose de hombros, se va con paso vacilante.*) ¡Hasta dónde he llegado! ¿Qué pecado es el mío? ¿Qué he hecho para merecer esto? ¿Qué quiere hacer con nosotros el destino? ¿Es una culpa querer defender de la ruina á mi familia? ¿Son las riquezas de los príncipes de la Banca una cosa sagrada que no se puede tocar sin exponerse á los rayos de los dioses? ¿Es que tienen éstos millones la maldición de los Nibelungos y son la perdición de los que los adquieren? (*Levantándose y paseán-*

*dose con violencia.*) Es para tomar venganza con el puñal en la mano de los infames que á sangre fría han preparado y causado mi ruina. Sería una locura, pero sería honroso. (*Se oye tras los bastidores un gran alboroto, en el que suenan distintamente las palabras «ladrón», «bandido», «nuestro dinero».*) (*Rodolfo deteniéndose y escuchando.*) ¿Qué ruido es ese? ¡Ladrón! ¡bandido! Es por mí. ¡Ah! ¡Los miserables! (*El tumulto crece.*) (*Con abatimiento.*) ¡Los miserables!... No. Están en su derecho. Tienen razón para decir que yo les he quitado su dinero. (*Ocultando el rostro entre las manos.*) Que lo soporte quien pueda. (*Se oye entre bastidores ruido de pedradas y de cristales rotos. El ruido aumenta.*)

## ESCENA VIII

RODOLFO y un CRIADO

CRIADO (*entrando conmovido*). ¡Señor barón, señor barón!

RODOLFO.—¿Qué quiere usted? ¿Qué pasa?

CRIADO (*con voz entrecortada*).—¡Un motín! La calle está llena de gente, lanzan gritos amenazadores. (*Se repite entre bastidores el ruido de pedradas y de cristales rotos.*) Escuche el señor barón. Apedrean las ventanas, quieren echar la casa abajo. ¿Qué hacemos?

RODOLFO.—Cierre usted la puerta.

CRIADO.—Ya lo he hecho, pero quieren derribarla.

RODOLFO.—¡Ay de quien se atreva! ¿Dónde están los nuestros?

CRIADO.—¿Los señores empleados?

RODOLFO.—Sí.

CRIADO.—Se escurrieron en cuanto empezó el tumulto. Los de la caja los primeros: no queda nadie en las oficinas.

RODOLFO.—¡Ah, los cobardes! (*Se oyen gritos de «¡echemos la casa abajo!», «¡a colgar al bandido!»*) ¿Hay armas en la casa?

CRIADO.—¿Armas aquí? ¿Para qué? Sin embargo, aquí está el revólver que el señor barón trajo de América, y que está siempre ahí, en el gabinete (*señalando la puerta de la derecha*) del señor, sobre la mesa.

RODOLFO.—Está bien. Veremos si se atreven á derribar la puerta.

(*Se oyen fuertes llamadas.*)

CRIADO.—Ya empiezan de nuevo.

(*Redoblan las llamadas.*)

UNA VOZ.—En nombre de la ley, abrid.

RODOLFO.—¿Qué es eso? Vaya y vea quién es.

(*Vase el criado.*)

## ESCENA IX

RODOLFO, el COMISARIO DE POLICIA, de paisano,  
y dos POLICÍAS, también de paisano

COMISARIO (*entrando*).—¿El señor barón de Altenberg?

RODOLFO.—Yo soy. ¿Quién es usted?

COMISARIO.—El comisario de policía del distrito.

RODOLFO.—¿Qué desea usted?

COMISARIO.—No ignora usted seguramente que delante de esta casa se encuentra reunida una multitud amenazadora. Vengo para protegerle á usted.

RODOLFO.—Está bien, señor comisario. Muchas gracias. Cumpla usted con su deber. Disuelva usted esos grupos. Restablezca usted el orden.

COMISARIO.—Ya lo haré, señor barón, ya lo haré; pero para evitar choques con la multitud, que, por el estado de exaltación en que ésta se encuentra, pudieran tener graves consecuencias, sería más sencillo que usted se confiara á nuestra protección y se sirviese acompañarnos.

RODOLFO.—¡Ah! ¿Es eso lo que usted quiere? Entonces le doy á usted las gracias, pero permítame que no acepte. No necesito que nadie me proteja. Me basto yo solo para defenderme. Al primero

que se atreva á penetrar aquí le levanto la tapa de los sesos.

COMISARIO.—Veo que tengo que proteger á usted contra usted mismo. Lo que acaba usted de decir es, y perdóneme usted, una locura. Cuando recobre su sangre fría, usted mismo lo comprenderá así. (*Acercándosele.*) Haga el favor, señor barón: venga con nosotros.

RODOLFO (*retrocediendo un paso*).—No, no, muchas gracias. Cumpla usted su deber en la calle. En mi casa, yo soy quien debe cuidar de ella.

COMISARIO.—No quería ser tan explícito, pero puesto que usted me obliga á ello, (*con frialdad*) señor barón, tengo la orden de detenerle; le ruego me siga inmediatamente.

RODOLFO (*lanzando un débil grito*).—¡Ah! ¡Detenerme á mí!

COMISARIO (*benévolo*).—Tiene usted enemigos. Son imponentes de su Banco los que han obtenido la orden de detenerle á usted. Tengo la convicción de que se trata de un error, que usted explicará en seguida.

RODOLFO.—¡Déjeme ver la orden, señor comisario!

COMISARIO.—¡Aquí está!

RODOLFO (*leyendo por encima*).—¡Estafa! ¡Abuso de confianza! ¡Sospecha de fuga! (*Deja caer el papel. Después de una pausa*) Permitame usted entrar un momento en mi cuarto, en seguida estoy á sus órdenes. (*Con amargura.*) ¡Oh! No tema usted

nada: no intentaré escaparme. (*Abre la puerta de la derecha.*) Puede usted cerciorarse por sí mismo: mi cuarto no tiene ninguna salida.

(*El comisario se inclina. Rodolfo vase por la puerta de la derecha.*)

## ESCENA X

EL COMISARIO, AGENTES, CARLOS, BERTA y MARTA;  
luego ROEDER

CARLOS (*entrando precipitadamente, con Berta y Marta*).—¿Dónde está Rodolfo? Necesito verle.

COMISARIO (*cortándole el paso, mientras los agentes hacen lo mismo con Berta y Marta*).—Perdone usted, no puede ser ahora.

CARLOS.—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted aquí?

COMISARIO.—Soy el comisario de policía del distrito. ¿Y usted quién es?

(*Se oye una detonación en el gabinete de la derecha.*)

CARLOS (*lanzando un grito*).—¿Qué es eso? ¡Por Dios! ¡Déjeme! (*Se desase del comisario y se precipita en el gabinete de la derecha.*)

(*Entra Roeder y se detiene sorprendido en la puerta.*)

BERTA.—Expliquenos usted, señor comisario, por favor...

COMISARIO.—Perdóneme, pero el momento no es á propósito...

CARLOS (*aparece muy pálido en la puerta de la derecha*).—¡Dios mío! ¡Dios mío!

MARTA.—(*lanzando un grito*).—¡Ha muerto!

ROEDER (*por lo bajo*).—¡Muerto! Ha sido un mal financiero hasta el fin. Los financieros se fugan, pero no se matan. (*Vase.*)

CARLOS (*casi sin voz*).—Señor comisario, vea usted lo sucedido. (*El comisario abre la puerta de la derecha, lanza una mirada al interior y retrocede asustado.*) Disperse usted los grupos. Dígales que yo, Carlos Hartig, cuyo nombre conoce hoy todo el mundo, (*el comisario se inclina*) salgo responsable de todas las deudas del Banco. Nadie perderá ni un penique. Nadie tendrá derecho á ultrajar la memoria del desgraciado barón de Altenberg.

(*El comisario vase con sus agentes.*)

## ESCENA XI

CARLOS, BERTA y MARTA; luego DINORAH

CARLOS (*se acerca á las jóvenes*).—¡Ah, Berta! ¿cómo puedo esperar verte feliz después de esta catástrofe?

BERTA (*arrojándose en sus brazos*).—No te aflijas por mí: yo ya te tengo á ti; ¿pero y Marta? (*Señalando á ella.*)

MARTA (*abriendo los ojos y pasándose la mano por la frente*).—¡Dios mío! ¡Cómo me arde la frente! (*Mirando á su alrededor y acordándose de pronto.*) ¡Ah, Rodolfo! ¡Muerto! ¡No le veré más! ¿Qué haré yo en el mundo? (*Berta la abraza: cae sollozando en sus brazos.*)

DINORAH (*entrando rápida y agitada*).—¿Estáis todos aquí? ¿Dónde está el barón? Traigo la salvación.

CARLOS (*apartándose de ella, casi sin voz*).—¡Es demasiado tarde!

DINORAH (*con extremada inquietud*).—Nada de ambigüedades, voy á perder el juicio; prefiero la verdad, por espantosa que sea. Se habrá... (*Carlos hace un signo afirmativo con la cabeza.*) (*Dinorah dejándose caer en una silla y golpeándose el pecho con el puño.*) Entonces, todo ha terminado.

BERTA (*con dureza*).—Laméntese usted. Esa es la obra de su padre.

CARLOS (*más suavemente*).—La desgracia de su padre.

DINORAH (*sollozando*).—¡Mi desgracia! (*Pausa.*) Él era la luz de mi vida, y ahora me aguarda una noche infinita. Soy viuda sin haber sido su prometida. ¡No haya celos entre nosotras! Ya sé que él la amaba á usted, á usted sola. (*Solloza.*) Concédame siquiera el derecho de honrar su memoria y

de ser su amiga. No me atrevo á decir su consoladora.

*(Marta le tiende la mano en silencio.)*

CARLOS.—Dejemos esta casa, donde habita la desesperación. ¡Su aire me sofoca! Tenemos que cumplir con el difícil deber de consolar á una madre.

BERTA *(mirando á Marta)*.—¡Que es también la madre de Marta!

CARLOS.—Y luego al trabajo. El trabajo será mi consuelo. *(Alzando la voz.)* Y acaso mi venganza.

TELÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRARY OF THE  
FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION  
WASHINGTON, D. C.

TEC  
K